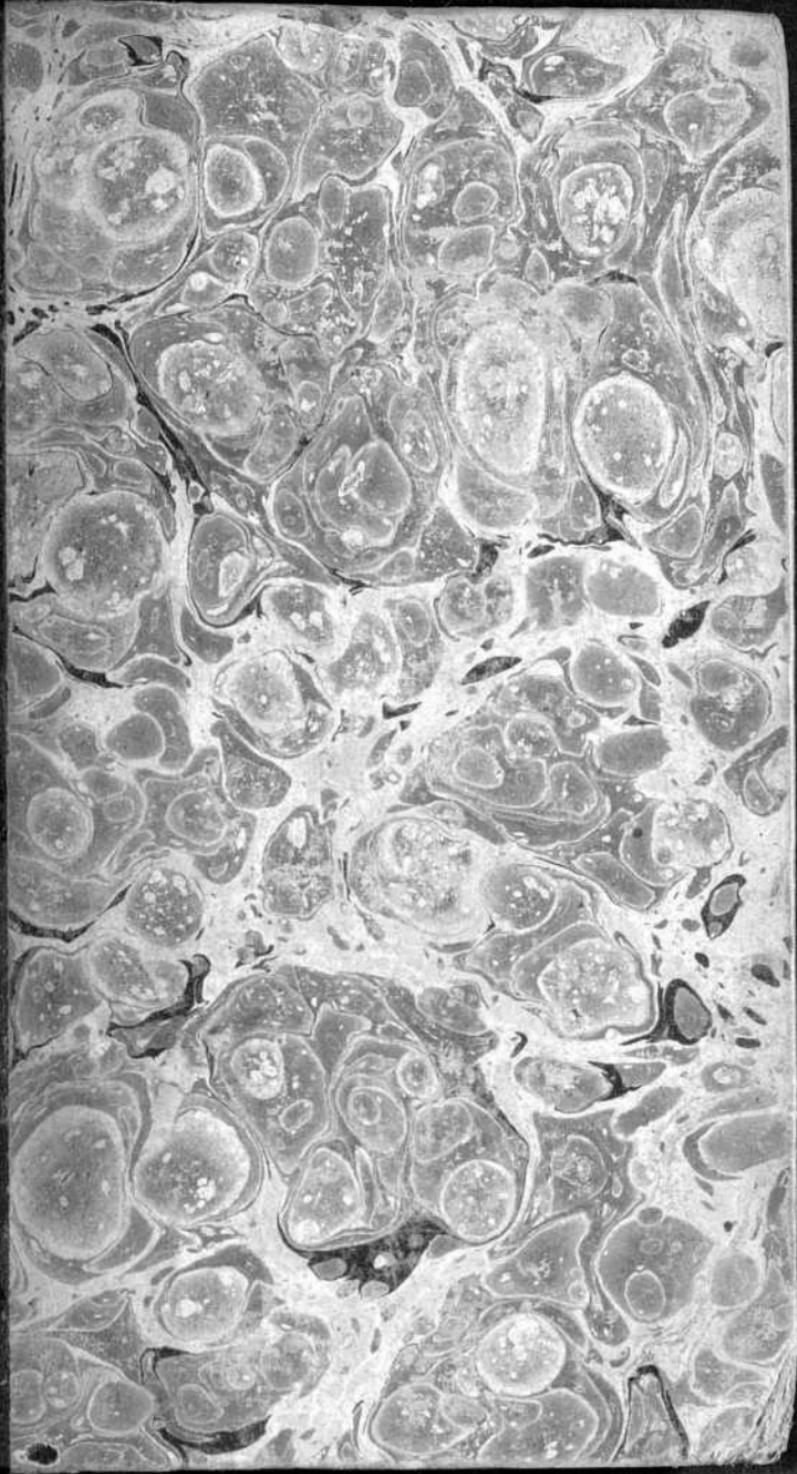


III



Nº.
3344

1904

LIBRERIA DE

150 de Cartagena.

4177(III)





REVOLUCION DE INGLATERRA.



HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE INGLATERRA,

POR MR. GUIZOT,

MINISTRO FRANCÉS.

PUESTA EN CASTELLANO

Por D. Fernando Putsch.

TOMO TERCERO.



Barcelona.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO OLIVA,

Editor y propietario del DICCIONARIO HISTORICO ó BIOGRAFIA UN-
VERSAL DE HOMBRES CÉLEBRES.

1837.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE TEXAS

POR W. G. LIND

NEW YORK

1847

NEW YORK



Handwritten note in cursive script, likely a library or collection stamp, running vertically along the right edge of the page.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE INGLATERRA.

LIBRO VIII.

Reunion de Ware. — Cromwell reprime á los agitadores y despues se reconcilia con ellos. — El parlamento dirige al rey cuatro bills, condiciones preliminares de la paz. — El rey los rehusa y trata en secreto con los Escoceses. — El parlamento vota que no tendrá jamás ninguna relacion con el rey. — Descontento general y reaccion en favor del rey. — Embarazo de los Independientes y de Cromwell. — Esplosion de la segunda guerra civil. — Campaña de Fairfax en el Este y alrededores de Lóndres, de Cromwell en el Oeste y de Lamberto en el Norte. — Sitio de Colchester. — Los Escoceses entran en Inglaterra. — Cromwell marcha contra ellos. — Batallas de Preston, Wigan y Warrington. — Cromwell en Escocia. — Los presbiterianos recobran su ascendiente en Lóndres. — El parlamento vuelve á empezar sus tratos con el rey. — Tratados de Newport. — Vicisitudes en el estado. — El ejército hace arrebatat al rey de la isla de Wight. — Es conducido al castillo de Hurst, y despues á Windsor. — Ultimo esfuerzo de los presbiterianos en su favor. — El ejército

marcha sobre Londres.—Espurgo de la cámara de los comunes.—Proceso y muerte del rey.—Abolicion de la dignidad real.

(1647-1649.)

Los comisarios del parlamento y oficiales de la guarnicion de Hamptoncourt esperaban que fuese el rey á cenar á la hora acostumbrada : admirados de no verle, entraron en su aposento, y solo encontraron tres cartas de su mano , dirigidas una á lord Montaque , presidente de la comision , la otra al coronel Whalley , y la tercera al presidente de la cámara de los lores. En esta el rey daba por motivo de su fuga los complots de los agitadores , y su derecho de vivir libre y con seguridad como otro cualquier ciudadano. El solo objeto de las otras dos era atestiguar á Montaque y Whalley su satisfaccion por su comportamiento, y decirles lo que debian hacer de sus caballos , perros , cuadros y pequeños muebles que habia dejado en su aposento. Nada decia en ellas del camino que pensaba seguir , ni lugar de su retiro.

Grande turbacion causó en Westminster esta noticia , y tanto mas , quanto al momento de recibirla de Hamptoncourt , llegó tambien una carta de Vindsor , escrita á media noche por Cromwell , que se apresuraba igualmente á anunciarlo. El fué quien lo supo aun antes que las cámaras , y quizás antes de marchar el rey ; porque corrió la voz de que en efecto el 11 se habia relajado la vigilancia de la guarni-

cion de Hamptoncourt, que se habian retirado centinelas de los puestos que se acostumbraban á guardar. No se tardó en recibir cartas de Hammond, quien informaba á las cámaras de la llegada del rey, protestando su obediencia en el servicio y pidiendo instrucciones. Con todo no se desvanecieron todos los temores: Cromwell tenia tambien cartas de Hammond, pues todos los adictos al parlamento creian deber instruirle y consultarle en toda ocasion: de lo que dió cuenta á todas las cámaras con una alegría, de la que se admiraron los menos desconfiados: síntoma alarmante de algun acontecimiento ó esperanza que en vano intentaban penetrar.

Apenas habian transcurrido dos dias, cuando inspiró mayores sustos á sus enemigos. El 15 de noviembre era el dia señalado en el condado de Hertfort para la primera reunion del ejército que se habia de tener en Ware con el objeto de poner fin á sus disensiones. Cromwell fué allá con Fairfax, acompañados de los mas adictos oficiales. Siete regimientos solamente estaban convocados en aquel lugar, los que habia menos exaltados y cuya disciplina era mas fácil restablecer. Lo contaba todo con su submission para intimidar, ó con su ejemplo para sosegar á los mas furiosos. Pero al llegar al llano de Ware, los generales se encontraron con nueve regimientos en vez de los siete convocados; eran de la caballería de Harrison é infantería de Robert Lilburne, que habian venido sin orden y en tropel con la mas violenta fermentacion. El último habia separado á todos sus oficiales de subteniente arriba á escepcion del capitan Bray que los mandaba; los

soldados llevaban todos en el sombrero un ejemplar de la *Concesion al pueblo* con esta inscripcion: « Libertad de Inglaterra; derechos de los soldados » A cada instante, y como si una voz comun los guiase, resonaban sus gritos por la llanura: Rainsborough, Ewers, Scott, el mismo John Lilburne, autorizado nada menos que por los comunes con motivo de su salud para salir de la Torre cada mañana, los recorria á caballo, de batallon en batallon, atizando á los mas animosos, tratando de débiles á los moderados, repitiendo por do quier que ya que tenian la espada en las manos, estaban obligados en conciencia á servirse de ella para asegurar del todo y para siempre la libertad en aquel pais. En medio de este tumulto, Fairfax, Cromwell, y su estado mayor se adelantaron hácia los pacíficos regimientos; y les fué leida en nombre del consejo general de oficiales una proclama enérgica, que reprendia á los nuevos agitadores, sus sediciosas amenazas, los peligros que iba á correr el ejército; reasumia las pruebas de afecto y fidelidad que les habian dado sus gefes, los triunfos que habian obtenido bajo su mando; y prometia en fin sostener en el parlamento la voluntad de los soldados, ya fuese en pro de ellos mismos, ya en bien de la patria, si ellos á su vez firmaban la obligacion de volver á entrar en las leyes de la disciplina, y de respetar además las órdenes de sus oficiales. Siete regimientos oyeron esta lectura con aclamaciones de gozo. Fairfax se adelantó hácia el de Harrison. Apenas la caballería escuchó su voz y promesas, cuando los individuos se arrancaron de sus sombreros la *Concesion al pueblo*,

y gritaron que les habian engañado, que querian vivir y morir con su general. El regimiento de Lilburne quedaba solo, pero siempre rebelde y violentamente agitado; ya empezaban á contestar á Fairfax con gritos sediciosos; Cromwell se adelanta: «Quitaos al momento de vuestros sombreros este papel, dijo él á los soldados»; ellos se niegan; éntrase bruscamente por entre las filas, señala y manda prender á catorce de los mas sediciosos; en el mismo llano se forma un consejo de guerra, tres soldados son condenados á muerte: «Que se saquen suertes, manda el consejo, y que sea fusilado uno al instante.» Tocó la suerte á Richard Arnell, fogoso agitador; la ejecucion se hizo al instante, al frente del regimiento: y se condujo presos á los otros dos condenados y á sus once compañeros. El mayor Scott y el capitan Bray fueron igualmente arrestados; profundo silencio reinaba en la llanura; todos los batallones marcharon á su antiguo acantonamiento; las otras reuniones se verificaron sin murmullo, y el ejército entero volvió á entrar bajo el mando de sus gefes.

No dudaba con todo Cromwell del peligro de este triunfo: cuando lo vino á anunciar á los comunes, entre las gracias que le dieron la mayor parte de los que temian á los agitadores, los gefes presbiterianos no disimularon su frialdad, ni los republicanos su cólera: los primeros sospechaban de todas las acciones de Cromwell fuese cual fuese su resultado, y los segundos miraban su conducta en la reunion de Ware como una nueva prueba de su traicion. Ludlow se opuso en la cámara á la votacion de las gra-

cias; Saltmarsh acudió desde lo mas remoto de su condado, y por orden espresa de Dios, segun dijo, para anunciar á los generales que el Señor les abandonaba ya que habian aprisionado á sus santos; en fin pasados algunos instantes de estupor, una muchedumbre de oficiales, sub-oficiales y soldados, casi todos los mas pequeños revolucionarios de los regimientos, vinieron á declarar á Cromwell y á Ireton, que ningun rigor, ningun ataque los apartaria de sus designios, que estaban resueltos á deshacerse del rey; á establecer una república; que á riesgo de perderlo todo dividirian el ejército, que arrastrarian á lo menos las dos terceras partes, y continuarian solos la empresa, antes que dejarse engañar. Cromwell no habia intentado reducirlos á tal estremo, quiso con un grande ejemplo cortar el curso que dirigia al ejército á la anarquía; por lo demas conocia el poder de los fanáticos, y solo deseaba reconciliarse con ellos. Sin pronunciarse por la república, dijo á cuantos le venian á ver mucho mal del rey, reconoció que tenian motivo en no esperar nada bueno, convino en que la gloria mundana le habia hecho olvidarse de sí mismo por un momento, que no habia sabido distinguir bastantemente la obra del Señor, ni confiado únicamente en sus santos; se humilló delante de ellos, y reclamó el socorro de sus oraciones para alcanzar del cielo su perdón. Los populares oradores, Hugh Peters entre otros, entusiasta, intrigante y charlatan, se encargó de esparcir por todas partes sus deseos y confesion. Hizo al mismo tiempo risueñas promesas á los soldados encarcelados. Solamente insistió con tono

firme en mantener el ejército en la mas severa disciplina, único medio de alcanzar victoria y salvacion. Mucho crédito se dió á sus palabras, siempre apasionadas y poderosas; algunos otros menos crédulos conocian cuan necesario era su genio, y dudaban al mismo tiempo sin poderse resolver á creer que se habia arrepentido. La mayor parte confesaban que los agitadores se habian precipitado y llevado demasiado adelante, que los soldados debian á los oficiales mas sumision y respeto. Rainsborough, Scott, Ewers, convinieron ellos mismos en que habian hecho mal, y prometieron mas prudencia en lo sucesivo. Numerosa reunion tuvo en fin lugar en el cuartel general (diciembre de 1647): oficiales agitadores y predicadores estuvieron juntos diez horas conversando y orando; los intereses generales dejaron sin disipar los odios y desconfianzas, se decidió que los prisioneros serian puestos en libertad, que el capitan Bray volveria á su regimiento, que se suplicaria á las cámaras volbiesen á Rainsborough el empleo de vice-almirante que le acababan de quitar; y con una solemne comida se celebró esta reconciliacion cuyo precio era la ruina del rey.

Durante estos acontecimientos llega al cuartel general sir John Berkley, á quien Carlos, instruido del resultado de la reunion de Ware, se apresuró á enviar á felicitar á los generales por su victoria y recordarles lo que habian prometido. Llevando cartas no solamente del rey, si que tambien de Hammond para Fairfax, Ireton y Cromwell: Berkley con todo no se juzgaba enteramente en seguridad; habia encontrado en el camino al corneta Joyce, quien se

admiró de su confianza ; y le habia dicho que los agitadores lejos de temer nada habian atraido á los generales y se preparaban para formar causa al rey. Así que llegó á Windsor estaba ya reunido el consejo de oficiales ; se presenta y entrega sus cartas al general. Se le mandó salir inmediatamente. Vuelto á llamar pasada media hora : « Somos el ejército del parlamento , le dijo Fairfax con tono severo , nada tenemos que responder á las proposiciones de S. M. , á él solo le toca juzgarlas. » Berkley miró á Cromwell , luego á Ireton ; y apenas le saludaron con desdeñosa sonrisa. Se retiró altamente admirado ; pasóse el dia sin que pudiese obtener ninguna esplicacion ; por la tarde en fin el comandante Watson , oficial que tenia con él las mas íntimas relaciones , le mandó á decir que se encontrase con él á media noche en cierto cercado , detrás del meson de la Jarretiere , donde estaria él. Berkley supo lo que habia sucedido y en que espíritu estaba el ejército : « Es tal , le dijo Watson , que aventuro mi vida viniendo aquí , porque este mismo medio dia Ireton acaba de hacer dos proposiciones , la una de enviaros preso á Lóndres , y la otra de prohibir so pena de muerte que nadie hable con vos. El rey pues si aprecia la vida que huya sin retardo , si acaso puede. — ¿ Me aconsejais á lo menos , preguntó Berkley , que haga pasar á Cromwell y á Ireton las cartas que para ello me ha dado el rey ? — Y sin falta , porque de otro modo sospecharian que os he descubierto sus deseos. »

Como lo habia previsto Watson , Berkley no obtuvo de los dos generales ni entrevista ni contesta-

cion : « Haré yo cuanto pueda, le mandó solamente á decir Cromwell, para servir aun al rey ; pero no espere que yo me pierda por su amor. » Sir John se apresuró á comunicar estas noticias al rey, instándole á que no perdiese momento en huir. Cárlos quizá lo hubiera podido verificar ; un buque enviado por la reina, navegaba, segun decian, hacia algunos dias por las cercanías de la Isla. Con todo una nueva intriga reanimó sus esperanzas : despues de una viva discusion en los comunes, acababan las cámaras de votar que se le presentasen cuatro proposiciones en forma de bills, y que si las aceptaba seria admitido, como mil veces él lo habia pedido, á tratar en persona con el parlamento. La primera era que el mando de las fuerzas de mar y tierra por el espacio de veinte años perteneceria á las cámaras, con el poder de conservarlo mas tiempo si lo exigia la seguridad del reino ; segunda, que el rey revocaria todas sus declaraciones, proclamas, y otros actos publicados contra las cámaras, tachándolas de ilegales y revoltosas ; tercero, que anularia todas las cartas de pago firmadas desde su salida de Lóndres ; cuarto, finalmente, que las cámaras tendrian derecho de reunirse siempre que les pareciese conveniente. Cárlos, á pesar de su destreza, no tenia ningun deseo de sancionar estos bills y de reconocer así la legitimidad de la guerra que él habia ocasionado ; pero sabia que los comisarios escoceses las habian combatido con energía, que manifestaban al mismo tiempo un amargo resentimiento por el desprecio que hacian las cámaras de sus representaciones ; acababa de recibir de ellos al tiempo mis-

mo que las cartas de Berkley una secreta invitacion de rehusar tan ofensivas proposiciones, prometiéndole dirigirse ellos mismos á la isla de Wight para tratar con él en nombre de la Escocia, bajo mejores condiciones. « Es preciso esperar, dijo á Berkley cuando estuvo de vuelta, quiero probar fortuna con los Escoceses antes de dejar el reino; si me veian fuera de las manos del ejército, exigirian mas. »

Los lores Lauderdale, Lowden y Lanerk llegaron en efecto al castillo de Carisbrooke casi al mismo tiempo que lord Denbigh y sus cinco colegas comisionados de Westminster. Las negociaciones entabladas antes en Hamptoncourt, se renovaron inmediatamente entre ellos y el rey, con gran secreto, porque solo habian venido, segun decian, para protestar en sus manos de las intenciones del parlamento. En dos dias quedó el tratado concluido, redactado, firmado, y escondido en un jardin de la isla, esperando el momento de poder manifestarse sin peligro. En él se prometia al rey la intervencion de un ejército escocés para restablecerle en sus justos derechos, bajo la condicion de que confirmaria por tres años el régimen presbiteriano en Inglaterra, aunque dispensado de conformarse él y los suyos, y que en aquel término la asamblea de los teólogos consultada, arreglaria definitivamente de concierto con las dos cámaras la constitucion de la iglesia. Muchas estipulaciones en provecho de la Escocia, y de las que debia ofenderse altamente el honor inglés acompañaban esta general concesion. Se convino, entre otras cosas, que con el apoyo del

ejército escocés se sublevarian los caballeros en todo el reino; que Ormond volveria á tomar en Irlanda el mando del partido realista; que el rey en fin luego de rehusadas las cuatro proposiciones, se evadiria de la isla para la frontera de Escocia, pasando á Berwick ú otra cualquiera plaza, para esperar en libertad el momento de obrar.

De otra suerte convenidos, Cárlos hizo decir á los comisionados del parlamento, que estaba pronto á darles su respuesta. Habia resuelto, como tres años antes en las negociaciones de Oxford, remitir la sellada, temiendo que instruidos de su negativa, y quizá de sus proyectos, no tomasen contra él medidas que todo lo desbaratarian. Pero lord Denbigh rehusó obstinadamente llevar de aquel modo el mensaje real. «El parlamento nos ha encargado, dijo él, llevarle no todo lo que nos quiera dar S. M. sino la aprobacion ó no admision de los cuatro bills.» Fué preciso ceder, y leer la contestacion en alta voz. Cárlos rehúsa absolutamente las proposiciones, y pide poder tratar personalmente, sin quedar obligado á nada. Los comisionados se retiraron, tuvieron una corta conferencia con Hammond, y volvieron á marchar para Westminster; algunas horas despues de su marcha, mientras hablaba el rey con Berkley y Ashburnham de los medios de evasion preparados para aquella noche, las puertas del castillo se cerraron, fué negada la entrada á todos los extranjeros, fueron dobladas las guardias, y casi todos los servidores del rey, Berkley y Ashburnham los primeros, tuvieron orden de abandonar inmediatamente la isla.

Encolerizóse sensiblemente Cárlos; hizo llamar á Hammond: « Porque me tratais de este modo? Donde están vuestras órdenes? Es tu corazon quien te hace obrar así? » Hammond, que no tenia órdenes formales, calló y se sobrecogió: habló en fin de la contestacion de S. M. á las proposiciones del parlamento. « No me habeis prometido bajo vuestro honor, le dijo el rey, que en ningun caso obrariais con ventaja contra mí? — *Hammond.* Yo, nada le prometido. — *El rey.* Venís lleno de renitencias y subterfugios; me concederéis hablar con uno de mis capellanes? Vos sois de los de la libertad de conciencia, segun decís, ¿ no la puedo tener yo? — *Hammond.* No os lo puedo conceder. — *El rey.* No me tratais ni como judío ni como á cristiano. — *Hammond.* Os hablaré cuando os encontréis mejor dispuesto. — *El rey.* Muy bien he dormido la última noche. — *Hammond.* Me he portado muy políticamente con vos. — *El rey.* Porqué no haceis lo mismo ahora? — *Hammond.* Señor, sois demasiado elevado. — *El rey.* Solo puede tener de ello la culpa mi zapatero, y ya no quiero que levante los talones de mis zapatos. » Repitió dos ó tres veces esta misma frase paseándose por el aposento; despues volviéndose hácia Hammond: « Tendré libertad de salir para tomar el aire? — *Hammond.* No, yo no os lo puedo conceder. — *El rey.* Vos no me lo podeis conceder? con qué, estoy preso? Esta es la fe que me debéis? Estos son vuestros juramentos? Responded. » Hammond salió sumamente turbado, y con las lágrimas en los ojos, pero no cambió nada de sus disposiciones.

En esto los comisionados del parlamento llegaron á Westminster; apenas habian dado cuenta de su viaje y resultados, cuando un miembro hasta entonces desconocido, sir Tomas Wroth, se levantó en la cámara de los comunes (3 enero de 1648). « Señor presidente, dijo, Bedlam está preparado para los locos, y el Jopheth para los reyes (1); el nuestro obra de modo que Bedlam es el lugar único que le conviene; pido humildemente que las cámaras no se dirijan jamás á él, y arreglen sin su consentimiento los negocios públicos. Poco importa la forma de gobierno que ellas establezcan, mientras no tengamos ni diablós ni reyes. » Ireton apoyó al momento al preopinante. « El rey, dijo él, al rehusar los cuatro bills, ha rehusado á su pueblo seguridad y proteccion; á nosotros toca dejar de obedecerle y arreglar sin él el estado. » Admirados de tan imprevisto ataque, irritados ellos mismos de la negativa del rey, los presbiterianos aparecieron un instante embarazados y tímidos; muchos con todo protestaron contra tal medida: « Adoptarla, dijo Maynard, es disolver mientras subsista en nosotros el parlamento; cuando los reyes han rehusado recibir sus peticiones y escuchar sus súplicas, se han considerado siempre tales actos como la mayor violacion de sus privilegios, porque era disolverlo de hecho sin pronunciar su disolucion: y nosotros pues si decidimos no recibir ningun otro mensaje del rey, y que no le dirijamos ninguno, ¿ que va-

(1) Lo mismo que infierno, Jopheth es una palabra hebrea que señala por lo comun una cosa abominable.

mos á hacer sino declarar que no pertenecemos ya al parlamento?» La discusion se alargó y acaloró; los presbiterianos recobraron su confianza; la cámara de antemano, bastante indispuesta con ellos, se mostraba turbada; Cromwell se levanta: « Señor presidente, dijo, el rey es hombre de mucho talento, pero tan disimulado y falso, que no hay que fiar en él. Mientras que protesta su amor hácia la paz, trata á escondidas con los comisionados de Escocia, á fin de abismar á la nacion en una nueva guerra. Llegó la hora en que el parlamento debe solo gobernar y salvar el reino; los hombres que derramando su sangre os han defendido de tantos peligros, os defenderán aun con el mismo valor y fidelidad. No les induzcáis á pensar, despreciando el velar por vuestra seguridad y la del reino (que es la suya), que se les hace traicion y entrega al poder de los enemigos que han vencido por vosotros; temed que la desesperacion no les obligue á procurar salvarse abandonándoos á vosotros mismos. Cuan fatal os seria una tal resolucion, tiemblo de pronunciarlo, y os lo dejo juzgar á vosotros mismos; » y volvió á sentarse empuñando su espada. Ninguno habló mas; la mocion adoptada sobre la marcha, fué transmitida al otro dia á la cámara alta. Un momento los lores parecieron titubear; el debate duraba mucho: dos declaraciones llegaron del ejército; una dirigida á los comunes, llena de felicitaciones á par que de amenazas contra sus enemigos; la otra á los lores, suave y moderada, pidiendo que cesasen los rumores que corrian sobre el peligro de la patria, y prometiendo sostenerla con todos sus dere-

chos. Los débiles, ó parecieron asustados ó asegurados segun sus intenciones; la discusion dejó de estar indecisa, y al momento del voto definitivo, los lores Warwick y Manchester protestaron ser contra la adopcion.

Viva y temible protesta estalló como en venganza por todo el reino: «Quedan ya justificadas, gritaban los caballeros, aquellas acusaciones, aquellas predicciones, tratadas tantas veces de quimeras ó calumnias», y por todas partes un sin número de gentes maldecian con ellos tan detestable traicion. Antes que el rey hubiese podido contestar á la declaracion de las cámaras, aparecieron muchas contestaciones, hijas de espontáneo celo de simples ciudadanos. Jamás tantas conspiraciones realistas, jamás tantas y tan violentas sátiras habian circulado por Westminster. En la misma isla de Wight, el capitán Burley, oficial retirado de marina, hizo de repente batir la caja en las calles de Newport, y acaudillando una porcion de trabajadores, niños y mugeres, se puso en marcha á su frente para sacar al rey de prision. La tentativa quedó burlada al momento, y Burley ahorcado como por haber querido hacer la guerra al rey y al parlamento. Sin embargo, las mismas disposiciones, los mismos deseos agitaban los condados, aun los mas enemigos de la causa real; y hasta en las puertas de Westminster, los soldados reformados del ejército de Essex, se paseaban tumultuosamente gritando: *¡Viva el rey!* deteniendo los coches para obligar á los que transitaban á beber á su salud. Indignábanse los republicanos al ver de esta suerte turbada su victoria: en

vano recibian felicitaciones de algunos condados; en vano los comunes proclamaban sus deseos de reformar las leyes civiles, y hacer menos difícil la justicia; en vano suspendian ellos mismos sus privilegios en materia de deudas y persecuciones: estas importantes mejoras solo eran vivamente deseadas y apreciadas de su mismo partido, y de algunos espíritus superiores; las unas chocaban con las preocupaciones del pueblo, y las otras con su ignorancia. Fué preciso suplir la popularidad con la tiranía. Se continuaron las persecuciones ya empezadas contra los miembros de las dos cámaras y magistrados de la Cité, presuntos autores ó conmovedores de los movimientos presbiterianos y realistas: todo aquel que habia hecho armas contra el parlamento fué desterrado de Lóndres, prohibiéndole acercarse á la distancia de menos de veinte millas; se ordenó una revista general de jueces de paz del reino, á fin de desempear á aquellos cuyos sentimientos fuesen sospechosos; se decretó que ningun delincuente, ninguno que hubiese tomado parte, ni aun que hubiese acusado de alguna conspiración contra el parlamento, no podria ser elegido lord-corregidor, ó fiel de fechos, ó miembro del consejo comun de la Cité, ni tampoco concurrir á la eleccion de sus oficiales; y la misma prohibicion fué dada al momento, tocante á las funciones de jurados y eleccion de miembros de los comunes. La comision encargada de reprimir la libertad de imprenta, tendria reunion todos los dias, y se puso á su disposicion una cantidad, para recompensar al que descubriese un escrito subversivo. Finalmente el ejército pasó otra

vez por Londres con gran tren de guerra, y se destacaron tres mil hombres para acuartelarlos en lo interior de la ciudad, cerca de Whitehall y la Torre.

Los fanáticos de bárbaro corazón, la mayor parte del partido, aplaudia estas medidas, manifiesta prueba de su fuerza y que redoblaban su ardor. Solo Cromwell se inquietaba por concurrir en ello, no por escrúpulo, ni porque dudase en hacerlo todo para salir airoso; pero á despecho de sus resoluciones contra el rey, así las esperanzas como las pretensiones de los republicanos le parecian insensatas; creía que en todos los condados, los principales tenientes, los ricos labradores, casi todos los hombres notables, se retiraban de los negocios públicos, abandonaban las comisiones administrativas, las magistraturas locales, y pasaban el poder á manos de gente de inferior condicion, los que procurando enriquecerse, eran capaces de ejercerle con vigor, pero poco aptos para conservarle. No podia creer que la Inglaterra consintiese ser de esta suerte gobernada por mucho tiempo, y que nada durable se podia cimentar con la legal persecucion de tan considerable número de ciudadanos, y que la discordia y anarquía, creciendo aun mas cada dia en el parlamento, y su imperio, no fuesen fatales á los mismos vencedores. Su infatigable imaginacion buscaba algun medio para poner un término, y señalar á lo menos en aquel obscuro caos el mas seguro y pronto camino para llegar á la grandeza. Convidó un dia á comer á los principales independientes, y presbiterianos, tanto eclesiásticos como seculares, y les manifestó la necesidad de conciliarse, ó bien

dejar sus quejas haciendo causa comun , para hacer cara á los nuevos peligros , que era fácil prever. El humor de los presbiterianos era harto altanero y sus pretensiones teológicas demasiado exclusivas para prestarse á tales combinaciones. La conferencia no tuvo resultado. Cromwell reunió otra , de algunos políticos , la mayor parte generales como él y republicanos. Era preciso , dijo , que buscasen de concierto cual era el gobierno que convenia mejor á la Inglaterra ; pues eran ellos á quienes tocaba arreglarlo ; pero en su interior solo pretendia indagar con quienes se podria tratar y lo que podria esperar ó temer. Ludlow , Vane , Hutchinson , Sidney , Haslerig , se declararon abiertamente contra toda especie de monarquía , como reprobada por la biblia , la razon , y la esperiencia. Los generales fueron mas reservados ; segun ellos , era buena la república , aunque dudoso su éxito ; era mejor no obligarse , consultar el estado de los negocios , para lo que se necesitaba tiempo , y obedecer siempre las direcciones de la Providencia. Los republicanos insistieron en que se esplicasen sin rodeos. La discusion se acaloraba ; Ludlow , entre otros , precisaba á Cromwell á pronunciarse , porque , decia , querian todos conocer á sus amigos. Cromwell se eludia , se chancaba , y viéndose mas y mas acosado , escapó en fin con una chanza ; llegóse á la puerta del cuarto en que le instaban , y se salió saltando de él , y arrojando á la cabeza de Ludlow una almohada que este le devolvió con igual frescura.

Entretanto adelantaba el peligro ; el número y atrevimiento de los mal contentos iba en aumento

cada día, no solamente en el Oeste y el Norte, si que tambien en los alrededores de Lóndres; en los condados de Mitdlessex, Essex, Sarrey Kent, ya en la mesa de algun gentilhombre, ya en los paseos, doquier donde los caballeros se podian concertar y tratar, las peticiones, conspiraciones é insurrecciones realistas se manifestaban abiertamente. En Cantorbery, el día de Navidad, cuando el corregidor quiso hacer observar la ordenanza que prohibia la fiesta, un violento tumulto se levantó á los gritos de *¡Dios, el rey Cárlos, y pais de Kent!*; el arsenal de la ciudad fué derribado, atacadas las casas de muchos parlamentarios, bastante maltratadas las autoridades municipales, y si al pronto no hubiesen llegado algunas tropas, los paisanos del alrededor ya se disponian á sostener la sedicion. En Lóndres, un domingo, á la hora del sermon, unos aprendices jugaban á bolas en Moorfields; una patrulla de milicias los quiso sacar de allí; ellos se resistieron, y dispersaron á los milicianos: pronto fueron ellos mismos dispersados tambien por una partida de caballería, y se esparcieron por la Cité, llamando en su ayuda á sus compañeros y á los marineros del Támesis: numerosas bandadas acudieron de todos los cuarteles; se reunieron por la noche, sorprendieron dos puertas de la ciudad, tendieron escombros por las calles, y tambor batiente atacaron la habitacion del lord-corregidor, á los gritos de *¡Dios y el rey Cárlos!* se apoderaron de un cañon, despues de un almacen de armas, y á la aurora eran al parecer dueños de la Cité. Un consejo de guerra estuvo reunido toda la noche: de-

seaban atacarles ; pero se dudaba si serian bastantes los dos batallones que estaban de guarnicion en Londres , ó si era menester aguardar refuerzos. Fairfax y Cromwell fueron de parecer que se les atacase inmediatamente ; el suceso no quedó incierto ; cerca las doce ya , no se oia por las calles sino el paso regular de los soldados que volvian á sus cuarteles. Con todo no por haber huido el pueblo estaba vencido , cada dia algun inesperado acontecimiento redoblaba su cólera y aumentaba sus ánimos : los miembros presbiterianos , y alderman de la Cité , llamados por los comunes á comparecer ante la cámara alta , obstinadamente rehusaron conocer su jurisdiccion , arrodillarse , ni quitarse el sombrero , ni escuchar la lectura de sus cargos ; y cada vez que habian comparecido en Westminster , la multitud cuando salian les recibia con aclamaciones. Se prohibieron las juntas ; se dió á los comisionados administrativos de cada condado el derecho de arrestar y encarcelar á todo malévolo , aunque solo fuese por sospechas ; la fermentacion con todo crecia con mas rapidez que la tiranía : en Norwich , Bury-Saint-Edmunds , Thetford , Stowmarket , y en muchos otros lugares , por el menor motivo se batia el tambor , los habitantes se armaban , y no siempre se libraban las tropas con amenazantes paseos. Muy pronto tuvieron otros temores que los de las asonadas de los paisanos. Al mediodía del pais de Galles , en el condado de Pembroke , los coroneles Poyer y Powel , y el mayor general Langhorn , distinguidos oficiales que habian hecho su fortuna en el ejército del parlamento , se separaron de él , enarbolaron el estan-

darte real , y sostenidos con la insurreccion de los caballeros del alrededor , vieron toda la provincia en pocos dias declarada á su favor. Casi al mismo tiempo se habia reunido el parlamento de Escocia; Hamilton y los realistas , bajo el nombre y apariencias de moderados presbiterianos , habian prevalecido en las elecciones ; en vano Argyle y la mas ardorosa porcion del clero se esforzaban en atisbar sus pasos ; en vano comisionados enviados de Inglaterra repartian en Edimburgo dinero y amenazas : circunspecto , humilde en su lenguaje con los fanáticos , pero decidido en su interior á favor del rey , el parlamento votó inmediatamente que se formase una comision revestida del poder ejecutivo , y el levantamiento de un ejército de cuarenta mil hombres , encargado de defender contra los republicanos y sectarios al pacto y á la dignidad real. Los caballeros del norte de Inglaterra solo esperaban para decidirse esta señal ; habia mas de un mes que sus principales gefes , Langdale , Glenham , Musgrave , tanto en público como á escondidas , concertaban con Hamilton su plan de insurreccion. En Irlanda , lord Inchiquin , presidente de la provincia de Munster , y hasta entonces el mas firme apoyo del parlamento contra los insurgentes , siguió tambien esta vez las banderas del rey. Finalmente , al saberse en Londres estas noticias , en las cámaras y la Cité , levantaron los presbiterianos la cabeza : para encubrir sus esperanzas , hablaban mucho de sus temores. Un tal John Everard vino á asegurar bajo juramento al consejo comun que la noche antecedente estando él en su cama en la posada de la Jarretiere en

Windsor habia oido en el aposento vecino al suyo á muchos oficiales, entre ellos al cuartel-maestre general Grosvenor y al coronel Ewers, prometerse mutuamente que así que los escoceses pondrian un pie en el reino, el ejército entraria en la Cité, desarmaria á todos los ciudadanos, exigiria un millon de libras esterlinas, so pena de saqueo, y obligaria además á todos los hombres de buenos sentimientos á alistarse en sus regimientos. Segun decia Everard, sabia ya Ireton estos designios. Inmediatamente se dirigió y envió una peticion á las cámaras; el consejo comun pedia que la Cité fuese puesta en posesion de sus cadenas que le habian sido quitadas á consecuencia de la última sedicion; que el ejército alejase su cuartel general; que todas las fuerzas de Londres y los arrabales fuesen puestas al mando de Skippon. Estas demandas fueron otorgadas al instante; y al otro dia, 28 abril, despues de una discusion de la que no tenemos ningun fragmento, los comunes votaron: 1º. Que no alterarian nada de la ley fundamental del reino con un rey, lores, y comunes. 2º. Que las proposiciones ofrecidas al rey en Hamptoncourt serian la base de las medidas que era menester adoptar para restablecer la tranquilidad pública. 3º. Que á pesar de la votacion del 3 enero precedente, que prohibia toda direccion al rey, todo miembro seria libre de proponer lo que le pareceria exigir la tranquilidad del pais.

Tres semanas antes ya Cromwell habia previsto y procurado atajar aquel revés: en nombre de los gefes del ejército y del partido, habia hecho ofrecer al consejo comun volver á la Cité el mando de su mi-

licia, de la Torre, y poner en libertad á los presos aldermanes, mientras ella se obligase á no hacer nada en favor de los escoceses en su próxima invasion; pero fueron rehusadas sus ofertas. Obligado á renunciar á toda especie de conciliacion, cuando vió tomar ánimo á los presbiterianos en la Cité, y crédito en el parlamento, le vinieron deseos de arriesgar un golpe decisivo. Dirigióse al cuartel general, hizo convocar un consejo de oficiales, y haciendo correr la voz de que el ejército marchaba hácia Londres, espulsó á todos sus adversarios de la cámara; y finalmente en nombre de la pública salvacion y de los hombres de bien tomó posesion del poder. Por un momento fué adoptada esta proposicion: con todo, un ataque descubierto contra los derechos del parlamento, tanto tiempo ídolo y dueño del país, admiró á los mas atrevidos, y temblaban. Fairfax que empezaba á inquietarse vivamente desechó las instancias del teniente general, que queria dar órdenes inmediatamente; el proyecto fué abandonado. Tras de este doble descontento, sospechoso á unos por sus tentativas de conveniencia, á otros por la violacion de sus deseos, incapaz Cromwell de suportar la inaccion y la duda, resolvió dejar inmediatamente á Londres, combatir á los insurgentes del Oeste, y recobrar con la guerra el ascendiente que se le iba escapando. Poco le costó obtener de las cámaras esta mision; mientras hacian sus preparativos las tropas que le debian acompañar, se quejaba un día con Ludlow de su situacion, explicando lo que habia hecho por la causa comun, los peligros y odios que habia despreciado, tachan-

do de ingratos á los de su partido. Ludlow acogió sus quejas, le manifestó á su turno cuantos motivos y pretextos habia dado para desconfiar de él; le precisó á poner coto á sus intrigas y miras ambiciosas, y bajo esta condicion le prometia el sincero apoyo de los republicanos: quedó hechizado, de la dócil atencion con que habia oido sus consejos. Pocos dias despues al frente de cinco regimientos se puso en marcha Cromwell hácia el pais de Gales; y casi á las puertas de Lóndres tuvo una entrevista con los ministros presbiterianos, de la que se retiraron satisfechos.

Apenas hubo marchado, cuando la guerra que iba á buscar estalló por todas partes al rededor del parlamento: los caballeros se habian propuesto no intentar nada, antes de entrar en el reino los escoceses, pero cada dia, en cualquier lugar, los deseos del pueblo, una favorable ocasion, una inesperada circunstancia, necesaria al parecer, precipitaba la insurreccion. Los habitantes del condado de Essex pidieron abrir una negociacion con el rey y ejército licenciado, despues de haberles pagado el prest. A su ejemplo, siete ú ochocientos hombres de compañías francas, arrendadores del condado de Surrey, se dirigieron á Lóndres, llevando igual peticion; pero su estilo era mas altanero: querian que el rey fuese conducido á Whitehall, subiendo de nuevo al trono con la esplendidez de sus pasados; llegados á Westminster, al atravesar los corredores y salas, algunos de ellos dirigiéndose á los soldados: « ¿Podeis permanecer, les dijeron, guardando esta manada de villanos? » Los soldados respondieron con calor

á estos agravios ; la disputa se fué haciendo mas grave ; la guardia fué desarmada y un soldado herido. Sobrevino un refuerzo de tropas , y atacados á su vez los peticionarios , perseguidos de corredor en corredor , de sala en sala , de calle en calle , solo huyeron despues de obstinada resistencia y dejando á las puertas del parlamento cinco ó seis muertos. Con estas noticias los realistas del condado de Kent , que preparaban tambien una peticion , se organizaron en diferentes cuerpos de á pie y á caballo , eligieron oficiales en lugares distintos , tomaron por general á lord Goring , conde de Norwich , ocuparon Sandwich , Douvres , y otros muchos fuertes , y reunidos en Rochester en número de mas de siete mil , se prometieron irian juntos y armados á llevar su peticion al parlamento. Desde que bajo este pretexto se enarbó el estandarte de la rebelion , otros tambien lo enarbolaron sin tomarse el trabajo de manifestar su parecer ni deseos. Sir Cárlos Lucas en el condado de Essex , lord Capel en el de Hertford , Sir Gilbert Biron en los alrededores de Nottingham , reclutaban abiertamente para el ejército del rey. Se supo que en el Norte para abrir paso á los escoceses al reino , Langdale y Musgrave , sorprendieron y se apoderaron el uno de Berwick , y el otro de Carlisle. Alguna fermentacion apareció tambien en la armada estacionada en las Dunas ; Rainsborough , vice-almirante , partió inmediatamente para contenerles ; pero los marineros rehusaron conocerle , embarcaron á todos los oficiales en una chalupa , los dejaron en tierra , y se declararon por el rey , sin ningun gefe de mayor título que contra-

maestre : hicieron vela para Holanda, donde el duque de York , quien habia logrado fugarse de Saint-James , y muy luego el príncipe de Galles, tomaron el mando. En Lóndres mismo tenian lugar muchas conspiraciones , circulaban proclamas realistas ; armadas cuadrillas traspasaban la ciudad para reunirse á algun cuerpo de insurgentes ; la casa del conde de Holland , la del jóven duque de Buckingham , estaban á todas horas llenas de malcontentos que iban á saber el dia y hora y en que lugar debian estallar las sediciones. Por do quier en fin la insurreccion como indomable incendio hervia , se propagaba , abrumaba mas y mas á Westminster ; y todos los esfuerzos del comisionado de Derby-House , donde dominaban los independientes , toda la habilidad de Vane y Saint-John en provocar denuncias y descubrir tramas , no impedian que el grito de *Dios y el rey Carlos* resonase sin cesar en los mismos oídos del parlamento.

Los mismos presbiterianos se asustaron : los escoceses , su mas firme apoyo , no acababan de llegar ; veian cercano el momento de caer en poder de los caballeros , solos dueños del movimiento , y quienes despreciaban sus instituciones y dogmas como cualquier otro ; maldecian indistintamente las cámaras , pedian las leyes y rey de la vieja Inglaterra , despreciaban con insulto los austeros rigores del nuevo culto , se entregaban á juegos prohibidos , celebraban fiestas suprimidas , y volvian á levantar los caidos árboles de mayo. Se recibió por Hammond la noticia de que no pudo el rey escaparse , y los mas moderados temblaban al pensar , que podía

presentarse á las puertas de Lóndres, á la cabeza de muchos millares de insurgentes: odios de partido, deseos de paz, temores de lo venidero, todo cedió á tan inminente peligro. Para quitar á la rebelion su mas especioso pretexto, se votó que empezarian nuevos tratados, y la Cité obtuvo el entero desquite de su alderman. Skippon tomó el mando de la milicia, el coronel West el de la Torre, del que le habia separado Fairfax; una órden contra la herejía y la blasfemia, que en ciertos casos llegaba á la pena de muerte, manifestó la vuelta al poder de los presbiterianos. Al propio tiempo fué rehusada toda concesion hácia los caballeros; se desterró de nuevo de Lóndres bajo las mas severas penas á los papistas y malhechores; los bienes de los delincuentes fueron destinados al pago de las deudas contraidas con los amigos de la buena causa; se apresuró la venta de los bienes de la iglesia; partieron refuerzos para la guarnicion de Carisbrooke; el consejo comun, despues de haber recibido comunicaciones que para él fueron « como un rayo de luz que hie-re al través de las nubes », protestó solemnemente que estaba resuelto á vivir y morir con el parlamento. Finalmente Fairfax tuvo órden de dirigirse inmediatamente contra las hordas que infestaban los alrededores de Lóndres; Lamberto de dirigirse á los condados del Norte para contener á lo menos la insurreccion que habian hecho estallar Langdale y Musgrave, esperando á los escoceses; y por una inaudita violencia, sin duda para probar la sinceridad de sus rigores, los comunes votaron que no pudiéndose escusar los rebeldes con la pre-

sencia del rey , no les seria dado cuartel.

Tres dias despues de su salida de Windsor , Fairfax alcanzó y batió en Maidstone , el principal cuerpo de los insurgentes ; en vano se esforzaron en evitar el encuentro , obligados á llegar á las manos , sostuvieron en las calles de la ciudad , un largo y sangriento combate. Siempre poseidos del mas ardiente fanatismo , aguerridos ya , aborreciendo á los caballeros , despreciando su séquito , los soldados de Fairfax arrostraban encolerizados una guerra cuyo peligro les parecia una afrenta. Recorrieron á marchas forzadas el condado de Kent , dispersando cada dia alguna partida ú ocupando alguna plaza , fieros para con el pais , pero exactos en la disciplina , no dando á los realistas ni refugio ni descanso. Goring llegó con todo á reunir tres ó cuatro mil hombres , y apareció á su frente en Blackheath , casi á las puertas de Lóndres , con la esperanza que estallaria una revolucion al acercarse él , ó que á lo menos recibiria bajo mano algunos refuerzos. Escribió al mismo tiempo al consejo comun , pidiendo permiso de traspasar la ciudad para reunirse con los suyos en el condado de Essex. El consejo , en vez de responderle , envió sin abrirla su carta á los comunes , pronto , decia él , á arreglar su conducta con su voluntad. A esta noticia el desórden y desaliento se apoderó de los caballeros , desertaron á bandadas , y Goring tuvo bastante que hacer para reunir siete ú ochocientos hombres y pasar por el Támesis en Greenwich , que le siguiéron al condado de Essex. Allí encontró todavía fuerte y animada la insurreccion al cargo de sir Cárlos Lucas. Lord Capel se les

reunió con algunos caballeros del condado de Hertford; se dirigieron juntos á Colchester, un poco alentados, proyectando descansar tres ó cuatro dias y recorrer en seguida los condados de Suffolk y Norfolk levantando á los realistas á su paso, y volver á Lóndres por el condado de Cambridge, á la cabeza de numeroso ejército. Pero apenas habian entrado en la ciudad, cuando apareció Fairfax bajo sus muros, y la puso en grande aprieto. Quince dias de campaña habian sido suficientes para acorralar en una ciudad casi indefensa los restos de una insurreccion que circuía á Lóndres por todas partes. Probó de reanimarse en algunos puntos de los condados de Rutland, Northampton, Lincoln, Sussex. En el mismo centro de la Cité, á la vista del parlamento, los lores Holland, Peterborough y Buckingham tomaron las armas, y seguidos de cerca mil caballeros salieron de la ciudad, proclamando que no tenian ningun deseo de sacrificar al rey las libertades públicas, y que sólo querian restituírle sus legales derechos. Como permaneciesen aun al rededor de Lóndres, sir Michel Livesey, destacado contra ellos del cuartel general, los atacó bruscamente, hirió muchos oficiales, entre ellos al jóven sir Francisco Villiers, hermano del duque de Buckingham, y reforzado al otro dia con el regimiento del coronel Scroop, los persiguió sin descanso hasta el condado de Huntington, donde cansados de huir se dispersaron por todas partes, dejando á lord Holland herido en poder de los enemigos. En el Este y en el Sur tampoco tuvieron mejor éxito las tentativas. Se recibieron cartas de Cromwell, quien prometia que

dentro quince días el castillo de Pembroke, baluarte de los insurgentes del Oeste, estaría en su poder. En el Norte Lambertó, si bien que con inferiores fuerzas, sostenía con valor contra los caballeros de Langdale el honor y autoridad del parlamento. Colchester finalmente, á pesar de la indomable resistencia de los sitiados, que no temian ningun peligro ni asalto, apretado por el hambre, no se pudo sostener mucho tiempo contra Fairfax, dejándolo libre de ningun otro cuidado.

Recobrados de su primera turbacion, seguros de no caer ya en manos de los caballeros, los presbiterianos comenzaron á inquietarse por los republicanos, el ejército y la paz. Las peticiones con que se solicitaba, siempre numerosas aunque menos altas, tuvieron mejor acogida. Quedó revocada la proscripcion de los once miembros, y se les brindó á ocupar de nuevo sus asientos. Se habló de presentar nuevas proposiciones al rey, menos duras que las antecedentes; se mostraron dispuestos á entrar en negociaciones con él, si de antemano consentia:

- 1º. A revocar todas sus proclamas contra las cámaras.
- 2º. A abandonar por diez años las fuerzas de mar y tierra.
- 3º. A establecer por tres años en la iglesia el régimen presbiteriano.

Una comision especial fué encargada de examinar lo que era menester practicar para este fin, en que tiempo, que lugar, y en que forma convendria tratar. Alguien preguntó si incontinenti deberia dirigirse el rey á Windsor; y sobre una peticion de la Cité, los lores votaron que las conferencias se debian abrir en Lóndres. El 30 de junio finalmente, la votacion que habia pro-

hibido todo trato con el rey fué oficialmente revocada, y tres dias despues una positiva mocion tuvo lugar en la cámara de los comunes para que se le ofreciese sin dilacion un nuevo tratado.

Los independientes habian de tal suerte recobrado su confianza, que orgullosos por los triunfos de sus soldados, rehusaron violentamente la mocion: «En ningun tiempo, en ningun lugar, dijo Scott, no conviene tratar con un príncipe tan pérfido y tan vengativo; siempre será ó demasiado pronto, ó demasiado tarde. Todos los que han sacado la espada contra el rey deben quemar la vaina; toda paz con él arruinaria á la gente de bien.» Los presbiterianos no tomaron la defensa del rey, pero se levantaron contra aquella pretendida gente de bien, á los que en efecto debia arruinar la paz, porque la guerra hacia su fortuna. «El pueblo, dijeron ellos, á quien la guerra ha arruinado, no quiere servir mas de pasto á este suelo en el que solo se alimentan las salamandras; no quiere alimentar con su sangre y sudor esta sanguiuela que se llama ejército, y que solo habia tomado para su servicio.» Se preguntó en qué lugar se abririan las negociaciones: Los presbiterianos querian en Lóndres, ó algun castillo vecino: los independientes en la isla de Wight, donde Carlos estaba en su poder. «Si tratais en medio de Lóndres, decia Scott, quien os garantiza que la Cité no haga ella misma la paz con este sañudo rey; entregando vuestras cabezas en sacrificio, como los Samaritanos entregaron los setenta hijos de Achab? Si el rey se establece en algun castillo vecino, que seguridad os puede dar su palabra de permanecer

en él todo el tiempo de las negociaciones? El rey ha sido veinte veces perjuro; no debeis confiar en él.» Muchos se levantaron, entre otros Vane, en apoyo de esta asercion. «Yo soy, dijo, despues Simon de Ewees, de muy contrario parecer; yo creo no solamente que la cámara debe confiar en el rey, si que tambien debe hacerlo; señor presidente, si ignoráis cual es vuestra situacion, permitidme os instruya en pocas palabras: vuestra plata se acaba, el oro está agotado, vuestros vasallos revoltados, vosotros mismos despreciados, vuestros amigos los escoeses furiosos contra vosotros, la amistad de la Cité y del reino ya no la poseeis; os doy tiempo para pensar si estais seguros, y si debeis probarlo todo para salir con honor.» Los independientes volvieron á gritar; pero muchos miembros, agenos de pasiones personales y acostumbrados á dirigirse segun el tiempo y las circunstancias hácia uno ú otro lado, aprobaron en silencio las palabras de Simon; se votó que era necesario tratar: solamente la cámara persistió, contra la voluntad de los lores, en exigir del rey la adopcion de los tres bills, y nada se convino acerca del lugar en que se abririan las negociaciones.

Se discutia con el Consejo comun como se podrian tener en Lóndres, sin peligrar el rey ni el parlamento, cuando llegó la noticia de que los escoeses acababan de entrar en el reino (8 julio) y que Lamberto iba retirándose de ellos. A pesar de las amenazas de Argyle y de las fogosas peroratas de una parte del clero, Hamilton llegó por fin á poner en marcha un ejército. No correspondia á la

verdad , á las primeras proposiciones del parlamento ; en vez de cuarenta mil hombres , apenas se contaban catorce mil ; la corte de Francia habia prometido municiones y armas , y nada se habia recibido ; el príncipe de Galles debia pasar á Escocia para tomar el mando , y se quedó en Holanda ; los caballeros Langdale y Musgrave no se habian reunido á sus aliados , porque rehusaron jurar el pacto , y Hamilton no habria podido sin perderse con su propio partido mezclar sus soldados con semejantes infieles ; formaban pues un cuerpo separado , que parecia obrar solo por su cuenta , y siempre alejado de los escoceses . Finalmente los preparativos de Hamilton , con tantos obstáculos interpuestos , no estaban terminados , ni completos sus regimientos , ni en buen estado su artillería , cuando la prematura esplosion de la insurreccion realista en Inglaterra vino á obligarle á apresurar su marcha : salió de Escocia mal provisto , inquieto , perseguido por las invectivas de una infinidad de fanáticos que profetizaban la ruina de un ejército , empleado , decian ellos , en poner en posesion de sus derechos al rey antes que Cristo.

No menos conmovió á la Inglaterra la noticia de la invasion : nada parecia poderse oponer : Fairfax estaba aun detenido delante Colchester ; Cromwell en Pembroke ; apenas comprimida la insurreccion podia estallar de nuevo . Sumamente embarazados estaban los presbiterianos ; el mismo pueblo , aunque en buena disposicion con ellos , habia recobrado su antigua aversion á los escoceses , hablaba de ellos con insulto , se acordaba de que habian de an-

temano vendido el rey que querian ahora librar ; quiso en fin que antes de todo se arrojase del reino á aquellos ambiciosos y falsos contrarios. Los comunes los declararon enemigos públicos , y traidor al que los llamaba ; noventa se opusieron á ello sin calor ni ánimo : se llevó á la cámara alta. Los lores votaron que era necesario apresurar las negociaciones con el rey , y esta vez obtuvieron los presbiterianos de los comunes que no insistirian estos en los tres bills que habian querido hacer preliminar de todo tratado. Sin inquietarse por estas vicisitudes de la fortuna mudable entre los partidos , el comisionado de Derby-house, siempre en poder de los independientes , enviaba á Lamberto dinero y refuerzos , mandaba á Cromwell que enviase al Norte todas las tropas de que podia disponer, y se dirigiese allí el mismo así que estaria libre ; los mismos gefes republicanos humillaban su desconfianza ante su talento , le escribian bajo mano que nada temiese, que obrase con vigor , y contase con ellos , cualquiera que fuese su opinion.

Cromwell no habia esperado para obrar ni órdenes ni promesas: un mes hacia que, informado quizá por Argyle del estado y movimientos del ejército escocés, habia mandado á Lamberto de irse retirando así que apareciesen , evitando toda accion , pues pronto estaria el allí para sostenerle. El castillo de Pembroke capituló efectivamente tres dias despues de la invasion ; y al otro dia partió Cromwell á la cabeza de cinco ó seis mil hombres , mal calzados, mal vestidos , pero orgullosos por sus triunfos , irritados por los peligros , confiados en su gefe , des-

deñando á sus enemigos , deseosos de pelear y seguros de la victoria : « Enviadme zapatos para mis pobres fatigados soldados , escribia al comisionado de Derby-house, han de hacer una muy larga marcha. » Pasó en efecto al instante del Oeste al Este, y desde luego del Sur al Norte; y con inaudita rapidez cruzó toda la Inglaterra , sembrando protestas por todo el camino , aplicado á disipar dudas y sospechas , ganándose el corazon de los mas fanáticos , y la simpatía de sus soldados. A los 13 días de marcha , su caballería , que habia enviado adelante se habia ya reunido á la de Lamberto , y él mismo se le reunió el 7 agosto, en Knaresborough , en el condado de York, los dos cuerpos formaban juntos de nueve á diez mil hombres. En esto se habian adelantado los escoceses por el camino del Oeste , atravesando los condados de Cumberland , Westmoreland y Lancaster; pero dudosos , hacian largos altos , diseminados en una línea de siete ú ocho leguas , turbados por disensiones religiosas , políticas y militares , y en completa ignorancia de los deseos y movimientos enemigos. De repente Langdale , que marchaba con los insurgentes ingleses en la izquierda de la vanguardia , hizo decir á Hamilton que Cromwell se acercaba , que sabia de cierto que su intencion era empeñar el combate: « Imposible , respondió el duque , no tiene tiempo de haber llegado ; si Cromwell está tan cerca será con muy poca fuerza , no haya miedo que nos ataque. » Llevó su cuartel general á Preston. Pronto le vino nuevo mensaje , los caballeros de Langdale estaban ya en frente de Cromwell ; Langdale prometia mantenerse firme , su po-

sicion era buena , su gente muy animada , solo le faltaba algun refuerzo , mil hombres á lo menos , y daria á todo el ejército tiempo de reunirse para derrotar al enemigo. Hamilton prometió el refuerzo : Langdale se batió cuatro horas ; segun el mismo decia , jamás Cromwell habia sufrido tan obstinada resistencia. Pero no llegó ningun socorro : fué preciso ceder ; dejando huir en libertad á los ingleses vencidos , Cromwell marchó en derechura á los escoceses que pasaban apresuradamente el rio Ribble , para poner entre ellos aquel obstáculo : ya la mayor parte de los regimientos estaban en la ribera izquierda ; dos brigadas de infanteria y el mismo Hamilton con algunos escuadrones quedaron en la derecha para cubrir la retirada ; Cromwell los arrolla al momento , pasa el rio con ellos , y dando apenas á sus tropas un momento de descanso , emprendió al otro dia al amanecer la persecucion de aquel ejército , que siempre marchando hácia el Sud , continuaba retirándose de su movimiento de invasion. Le alcanzó el mismo dia en Wigan y dispersó completamente la retaguardia. El orgullo por las dos victorias , la esperanza de un triunfo decisivo , la misma impaciencia del cansancio , redoblaban á cada hora el ardor de sus soldados ; la persecucion empezó al otro dia mas apresurada y ardorosa aun que el antecedente. Irritados á su vez de verse de aquella suerte perseguidos por un enemigo inferior , y hallando cerca Warrington un ventajoso desfiladero , hicieron cara los escoceses y allí se trabó una tercera batalla , mas reñida y mortífera que las dos precedentes , pero con el mismo éxito. Los ingleses ocuparon

el desfiladero, y despues, en Warrington mismo, un puente sobre el Mersey que querian cortar los escoceses para poder respirar un momento. Tumultuoso descaecimiento se apoderó del ejército escocés: un consejo de guerra reconoció que sin municiones la infantería no podia resistir; y se rindió toda. Hamilton al frente de la caballería, procuró ganar el pais de Galles para reanimar la insurreccion realista, despues cambiando de repente sus ideas, se dirigió hácia el Norte con la esperanza de poder entrar de nuevo en Escocia. Por do quier donde pasaba se levantaban armados los paisanos, y los magistrados le pedian que capitulase; en Utoxeter, condado de Strafford, al rumor de que meditaba escapar con algunos oficiales, su misma caballería se amotinó, ya Lamberto y lord Grey de Grooby, destacados en su persecucion, estaban cerca de alcanzarle: demasiado débil su corazon para sufrir tal revés de fortuna, dejó á sus soldados huir por donde les acomodase, él mismo aceptó las condiciones que quiso Lamberto ofrecerle; fué enviado prisionero al castillo de Nottingham; y con quince dias de campaña, no viendo Cromwell en toda la Inglaterra ni restos siquiera del ejército escocés, se puso en marcha para la Escocia, para invadirla á su vez, y quitar de este modo á los presbiterianos todo medio de obrar y de salvacion.

Con todo, quanto mayor es el peligro, los partidos lejos de abatirse, se exaltan y dan sus mas fuertes golpes. Antes que estas grandes novedades llegasen á Westminster, desde que vieron á Cromwell en movimiento contra los escoceses, los presbiterianos

comprendieron que su victoria los arruinaría, y que su derrota ó una pronta paz podía solo salvarles : dirigieron pues hácia uno y otro fin sus mayores esfuerzos. Hollis que á pesar del llamamiento de los once miembros , continuó hasta entonces á vivir en Francia , por la parte de Normandía , vino á ocupar otra vez su silla en los comunes. Huntington , simple mayor en el regimiento de Cromwell , denunció públicamente en una memoria dirigida á la cámara alta las intrigas del teniente general , sus promesas al rey , despues sus perfidias , la audacia de su ambicion , el desprecio con que miraba á las cámaras , leyes, deberes, y derechos comunes de los hombres, sus perniciosos principios , amenazantes designios, que tan pronto se descubrian al través de su hipocresía , tan pronto se manifestaban abiertamente en sus conversaciones familiares. Los lores mandaron leer aquella memoria, y Huntington lo afirmó con juramento. Se propuso presentarla tambien á los comunes , pero tal terror infundia el nombre de Cromwell que nadie quiso presentarla. La envió envuelta y cerrada al presidente , quien no dijo nada á la cámara; probó de remitirla al ugier, que rehusó recibirla. Los lores la transmitieron oficialmente á los comunes; lord Wharton el mas íntimo confidente de Cromwell , siguió á los enviados, hizo advertir al presidente del motivo de su mensaje , y no fueron introducidos. Los independientes gritaban con indignacion , era , decian ellos , una criminal felonía atacar de esta suerte á un ausente que quizás en aquella hora libraba á su pais de invasion estrangera; muchos presbiterianos se acallaron con este ar-

gumento. Era preciso pues renunciar á la esperanza de perder de esta suerte al teniente general, y Huntington tuvo que contentarse con mandar imprimir sus asertos. Los pasos dirigidos á obtener la paz tuvieron mejor éxito; en vano los gefes independientes, Vane y Saint John sobre todo, se valian de todas sus artimañas para diferir los debates; en vano otros mas groseros, Scott, Venn, Harvey, Weaner, se entregaban en contra de sus adversarios á los mas fogosos actos; sus mismas violencias, la anarquía creciendo mas y mas, la arrogancia de los soldados, el imperioso tono de las proclamas, las peticiones, aunque pacíficas, demostraban á la cámara su propia decadencia: todo hacia desear la paz escepto entre los que estaban del todo entregados al encono de las facciones. « Señor presidente, dijo un dia Redyard, á fuerza de estar sentados aquí hemos llegado á una hermosa situacion; el reino entero se ha constituido en parlamento; el ejército nos ha mandado por mucho tiempo lo que debíamos hacer, y nos lo quiere enseñar aun; la Cité, la provincia, los oficiales reformados, nos vienen á demostrar cada dia lo que deberíamos hacer: ¿y porqué? Porque nosotros mismos no lo sabemos; » y la mayor parte opinaba con él que solo la paz los podia librar de tan vergonzoso estado. Resolvióse en fin, se votó que se abririan inmediatamente nuevas relaciones con el rey, se aprobó para hacer callar á los independientes que tendria lugar en la misma isla de Wight, y encargóse á tres comisionados, de llevar al rey la formal proposicion, preguntándole en que lugar de la isla queria

permanecer durante el tratado, y que consejeros deseaba tener á su lado.

Los independientes no se engañaron, era un irrevocable revés. Sintiendo cercana la crisis; y mas asustados por el triunfo que por sus amenazas, la mayoría pasó decididamente á sus enemigos. Ludlow se dirigió inmediatamente al cuartel general aun delante de Colchester: « Se procura, dijo á Fairfax, hacer traicion á la causa por la que tanta sangre se ha derramado; se quiere hacer la paz á todo precio; prisionero el rey no se juzgará obligado por lo que prometa; los mismos que mas acceden á la proposicion tienen menos deseos de cumplir; emplear su nombre y autoridad en destruir el ejército este es solo su objeto: el ejército ha conquistado el poder, es preciso que se sirva de él para impedir su propia ruina y la del reino. » Fairfax convino en que decia verdad, protestó que en caso de necesidad estaria pronto á desplegar por la salvacion de la causa pública la fuerza que tenia á mano: « Pero es preciso, decia, que á mí se me invite positiva y claramente; y en cuanto al presente yo no me puedo dispensar de activar sin descanso este desgraciado sitio que dura todavía á pesar de nuestros esfuerzos. » Ludlow fué al encuentro de Ireton, á quien Cromwell al marchar habia tenido cuidado de dejar cerca del general, y del que se prometia mas ardor: « El instante no ha llegado aun, le dijo Ireton, es preciso dejar pasar adelante el negocio, y que se haga evidente el peligro. » En falta del ejército los republicanos hicieron llegar á Westminster amenazantes peticiones, una entre

otras redactada por Henry Martyn, y quien proclamando todos los principios del partido, instigaba á los comunes á declararse como á soberano poder, y de responder en fin á las esperanzas del pueblo dándole todas las reformas que se le habian prometido cuando tomó las armas por el parlamento. La cámara nada respondió: dos dias despues llegó una segunda peticion, quejándose amargamente de aquel desden; y esta vez los peticionarios reunidos, esperaban á la puerta gritando con cólera: «¿Porque se necesitan rey y lores? Esto son invenciones humanas; Dios nos ha hecho á todos iguales; millares de valientes derramarán su sangre por estos principios; somos ya cuarenta mil que hemos firmado esta peticion, pero cinco mil caballos valdrian mucho mas.» Algunos miembros al mismo tiempo, Scott, Blackiston, Weaver, salieron de la sala, y se mezclaron familiarmente con la multitud animándola en su gritería. La cámara persistió en su silencio; cuanto mas firme se mostraba ella, mas se precipitaba el partido con pasion hácia sus últimos deseos, y cinco dias despues de este lance, Henry Martyn, partió inmediatamente para Escocia, donde acababa de entrar Cromwell.

Al mismo tiempo marcharon para la isla de Vight quince comisionados, cinco lores y diez miembros de los comunes, todos, escepto Vane y quizá lord Say, amigos de la paz. Jamás ninguna negociacion habia escitado tanta atencion; debia durar cuarenta dias; el rey la debia aceptar dando su palabra de que durante este tiempo y veinte dias despues no haria ninguna tentativa para escaparse. Veinte de

sus mas antiguos servidores , grandes señores , teólogos , jurisconsultos , habian sido admitidos para ayudarle con sus consejos ; habia tambien pedido y obtuvo que una parte de su familia y servicio, pajes, secretarios , chambelanes , escuderos , y criados de á pie y monteros , se le reuniesen en esta ocasion. De esta suerte á la llegada de los comisionados á la pequeña ciudad de Newport , fué tal el número de los llegados , que tres dias transcurrieron antes que todos encontrasen habitacion. Mientras esperaban , los comisionados iban cada mañana á la morada del rey , con mucho respeto pero suma reserva , y sin que ninguno conversase con él familiarmente. La mayor parte se desquitaban hablando con sus consejeros haciéndole de este modo saber sus deseos , exhortándole sobre todo á aceptar prontamente y sin debate las proposiciones del parlamento ; porque , decian ellos , todo se ha perdido si la negociacion no está concluida y el rey de vuelta á Lóndres, antes que el ejército y Cromwell tengan tiempo de volver. Cárlos creia sinceros al parecer sus consejos y se demostraba inclinado á decidirse ; pero en el fondo de su corazon alimentaba muy diferente esperanza : Ormond, seis meses hacia refugiado en Paris, estaba preparado para volver á parecer en Irlanda , provisto de dinero y municiones, que la corte de Francia le habia prometido ; debia á su llegada y de concierto con lord Inchiquin , concluir la paz con los católicos , declarar al parlamento una guerra vigorosa , y el rey fugándose entonces encontrar un reino y un ejército : « Este nuevo negocio ; escribia él á sir William Hop-

kins , encargado de preparar su fuga , será objeto de burla como los otros ; nada ha mudado con respecto á mis designios. » Las conferencias se abrieron oficialmente el 18 setiembre , situado el rey bajo de un dosel al último de la sala ; delante de él á poca distancia los comisionados de Westminster , sentados al rededor de una mesa ; detrás de su sillón , sus consejeros , muy cerca y silenciosos ; porque era el rey en persona con quien quería tratar el parlamento ; todo intermedianero le parecia poco para su dignidad ; y en su puntual sumision , los comisionados á duras penas permitieron la presencia de algunos testigos. Cárlos únicamente era quien sostenia la discusion ; si lo necesitaba , solo podia ir al aposento vecino , é informarse con sus consejeros. Al ver de aquella suerte á su rey abandonado á sí solo , una secreta compasion ocupó los corazones de los circunstantes. Blancos los cabellos de Cárlos , la tristeza habitual de sus facciones se unió á sus fieras miradas ; su talante , su voz , todo su ser demostraba un corazon altanero pero vencido , igualmente capaz de luchar contra su suerte , como de humillarse , manifestando una singular mezcla de grandeza sin energía , y presuncion sin esperanza. Las proposiciones del parlamento siempre las mismas , escepto algunas poco importantes modificaciones , fueron leídas y examinadas sucesivamente. Cárlos se prestó voluntariamente á su discusion ; sosegado , respondiendo á todo , no enfadándose por ninguna resistencia , hábil en manejar todos los ardidés de su causa , admirando en fin con la firmeza de su ánimo , su dulzura , y su inteligencia en nego-

cios y leyes del reino , á sus mas firmes contrarios : « El rey , dijo un dia el conde de Salisbury á sir Felipe Warwik , ha hecho maravillosos progresos. — No , Milord , respondió Warwik ; el rey ha sido siempre lo que es en el dia , pero vuestra señoría lo ha observado muy tarde. Bulkley, uno de los comisionados de los comunes , le instaba á aceptarlo todo asegurándole que « una vez concluido el tratado no seria capaz el diablo de romperlo. — Señor , le dijo Carlos , vos llamais á esto un tratado ? Os acordais , y perdonad , de aquella disputa de teatro en la que uno de los campeones al salir decia : Ha habido y no ha habido combate , porque se han dado tres golpes y yo he recibido los tres. Esto es precisamente lo que me sucede , porque admito la mayor parte de las proposiciones ; solo niego muy poca cosa ; y vosotros nada me concedeis. » Efectivamente se habia resignado á consentir, sobre el mando del ejército de mar y tierra, el nombramiento de los mayores empleos , sobre la Irlanda , la legitimidad de la resistencia que habia ocasionado la guerra civil , las demandas del parlamento ; pero en vez de ceder de un solo golpe disputaba palmo á palmo el terreno que no podia defender , ya haciendo á la cámara proposiciones diferentes , ya procurando eludir sus propias concesiones , obstinado en sostener su derecho al mismo tiempo que renunciaba á él , inagotable en sutilezas y reticencias , daba cada dia á sus adversarios algun nuevo motivo de pensar que la sola necesidad era su única garantía. El persistia por otra parte , tanto por su conciencia como por su poder , en rehusar la abolición de los obispos ,

y los rigores con que se queria tratar á sus principales partidarios. Finalmente, despues de haber prometido hacer cesar toda hostilidad en Irlanda, escribió por bajo mano á Ormond: « Obedeced en todo á mi muger y en nada á mí, hasta que os haga saber que estoy libre de toda obligacion; no os inquieteis por mis concesiones sobre la Irlanda; no llegarán á efecto; » y el dia en que concedia por veinte años á las cámaras el mando de la fuerza armada, escribió á sir William Hopkins: « A decir la verdad, mi grande concesion de esta mañana solo la he hecho para facilitar mi evasion; sin esta esperanza jamás hubiera cedido en aquello; habria podido, despues de haberlo rehusado, volver á mi cautiverio sin mucha pena; pero confieso que al presente se me helaria el corazon; porque he hecho lo que solo puede justificar mi evasion. »

El parlamento sin conocerle bien, sospechaba sus perfidias: los mismos amigos de la paz, los mas conmovidos por la suerte del rey y que deseaban salvarle, solo con embarazo refutaban las acusaciones de los independientes. Los devotos presbiterianos al mismo tiempo, si bien que moderados en sus opiniones políticas, eran invencibles en su odio para con el episcopado, y no querian admitir en cuanto al triunfo del pacto ni medio término ni dilacion. Se habia además inculcado en los ánimos, que despues de tantos males atraidos al pais por la guerra, era preciso que en el partido vencido, siguiendo la legal responsabilidad y para satisfacer á la justicia divina manifestada en los santos libros por admirables ejemplos, el crimen de los verda-

deros culpados fuese espiado con su castigo. Se disputaba sobre el número: los entusiastas populares querian á la amnistía que debia proclamar la paz, una multitud de escepciones; los presbiterianos solo pedian siete, pero con inaudita obstinacion, porque creian que si renunciaban, aceptaban su propia condenacion. Rigurosas preocupaciones, odiosos sentimientos, se oponian de esta suerte en el mismo partido pacífico al éxito de los tratados. Cinco veces durante su curso, se votó que los ofrecimientos ó concesiones del rey eran insuficientes. En estas incertidumbres el tiempo señalado para la duracion de las conferencias acababa de espirar; se prorogó tres veces; se decidió que los domingos y dias de fiesta no serian contados, pero sin ceder en nada ni dar á los negociadores nuevas instrucciones ni la menor libertad. El rey por su parte, en nombre de su honor y su fe, declaraba que no concederia mas: «Soy», decia, como aquel capitan que no recibiendo de sus gefes ningun socorro, tuvo permiso de rendir la plaza. — Ellos no pueden socorrer á mi demanda, añadió, que me socorran pues cuando puedan; entre tanto yo sostendré mi plaza hasta que una de sus piedras me sirva de tumba. — Y haré lo mismo, reponia por la iglesia de Inglaterra. » El negocio continuaba en el mismo estado, vano, propio solamente á hacer estallar la ansiedad de los dos partidos, obstinados uno y otro á despremiar y rehusar la ley de la necesidad.

Todo no obstante se precipitaba en su alrededor, tomando de hora en hora un carácter mas amenazante. Despues de dos meses de la mas obstinada re-

sistencia, á favor del hambre y sedicion, rindióse al fin Colchester, y al otro dia un consejo de guerra condenó á muerte á tres de sus mas valientes defensores, sir Carlos Lucas, sir George Lisle y sir Bernardo Gascoign, para ejemplo, dijeron, de los venideros rebeldes que intentasen imitarles. En vano los otros prisioneros, lord Capel á su frente, pidieron á Fairfax que suspendiese la ejecucion, ó mandase matarlos á todos ya que eran tan culpados como sus compañeros. Escitado ó mas bien intimidado por Ireton, Fairfax nada respondió, y dió la orden de fusilar inmediatamente á los tres oficiales. Sir Carlos Lucas fué el primero en morir; al caer, Lisle corrió á él y le abrazó, y levantándose al instante: «Soldados, gritó, acercaos; estais demasiado lejos. — No temas respondieron los soldados; no erraremos, no. — Compañeros, dijo Lisle sonriéndose mas cerca estaba de vosotros y os he errado.» y cayó junto á su amigo. Gascoign se desnudaba ya cuando llegó un sobreseimiento del general. Rendida Colchester, no quedó en todo el Oeste ningun foco de insurreccion. En el Norte, vencedor Cromwell de Hamilton, entró sin obstáculo en Escocia; los paisanos de los condados del Oeste se levantaron en masa al primer grito de victoria; y cada parroquia, guiada por su ministro, marchó hácia Edimburgo para arrojar de allí á los realistas: á dos leguas de Berwick en el castillo de lord Mordington, Argyle salido á su encuentro tuvo con él una larga conversacion: de tanto talento como atrevidos uno y otro, los acontecimientos no les ocultaban los peligros; los realistas escoceses, poderosos á pesar de su der-

rota , estaban aun armados en muchos puntos ; se mostraban decididos á no sufrir sin resistencia una reaccion sangrienta ; un tratado prontamente concluido les aseguró el descanso y sus bienes , bajo la condicion de licenciar sus tropas , de abjurar toda obligacion en favor del rey y de prestar de nuevo juramento á la santa alianza , que jamás debió cesar entre ambos reinos. Vueltos en posesion del gobierno , Argyle y los suyos recibieron á Cromwell en Edimburgo con gran pompa : el comisionado de los estados , el cuerpo municipal , el clero y los fanáticos le fastidiaban cada dia con visitas , arengas , sermones y convites : pero él , espoleado por las noticias que le trajo Henry Martyn , y el haber dejado á Lamberto con solos dos regimientos para proteger el reino , emprendió á toda prisa el camino de Inglaterra. Apenas hubo entrado en el condado de York , mientras que al parecer solo estaba ocupado en apaciguar la sedicion , numerosas peticiones se espidieron todas dirigidas á los comunes solos , y reclamando pronta justicia de los delincuentes, fuese la que quisiese su clase y calidad. Al propio tiempo los mismos votos vinieron de otros condados siempre presentados ó sostenidos por los amigos de Cromwell. Los presbiterianos lo rehusaron en nombre de la gran carta y de las leyes del reino : « Señor presidente , dijo Denis Bond , obscuro republicano , estos señores pretenden que la cámara no tiene derecho de juzgar á milord de Norwich ni á ningun otro lord, porque es contra la gran carta, y que no deben ser juzgados sino por los pares, pronto , y confio en ello , vendrá el dia en que prende-

rémos al mayor de estos lores , si lo merece , sin que nada tengan que ver estos pares ; y encontraremos , lo que no dudo , honrados y firmes jueces , para juzgarlo á pesar de la gran carta . » La cámara rehusó las peticiones ; pero otras le sucedieron de repente , mas esplicitas y temibles , porque venian de los regimientos de Ireton , Ingoldsby , Heetwood , Whalley , Overton , y pedian formalmente á los comunes justicia del rey , volviendo á Fairfax al consejo general del ejército ; « solamente capaz , decian ellos , de detener el desastre que nos amenaza , ya sea con sus representaciones á las cámaras , ya por otro cualquier medio . » El consejo abrió en efecto sus sesiones ; y el 20 noviembre el presidente informó á los comunes que unos oficiales estaban á la puerta , con el coronel Ewers á su frente , venidos en nombre del general y el ejército para presentar un papel ; era una larga enumeracion parecida á la que siete años antes en igual dia , y para romper decididamente con él , los comunes habian dirigido al rey ; á su ejemplo el ejército enumeraba en este todos los males , todos los temores de la Inglaterra , los imputaba á la molicie de las cámaras , á su olvido de los públicos intereses , á sus tratados con el rey ; amenazaba con pedir solemne justicia , con proclamar la soberanía del pueblo , decretar que en lo sucesivo el rey seria elegido por sus representantes , poner un término á su propia legislatura lograr al separarse la igual reparticion del derecho de sufragio , la regularidad de los futuros parlamentos , y todas las reformas deseadas de los hombres de bien ; amenazaba en fin , aunque con palabras cubiertas ,

salvar él mismo la patria si permanecía por mas tiempo comprometida por la negligencia ó debilidad de hombres, que atendido todo, solo eran como los soldados, delegados y servidores de sus conciudadanos.

A esta lectura se levanta de todas partes una discusion ó gritería tempestuosa : Los independientes Scott, Holland, Wentwort pedian á grandes gritos que al instante se diese gracias al ejército por sus francos y animosos consejos ; los presbiterianos, algunos con indignacion, otros con lisonjas á los oficiales, querian que la cámara diese su parecer ; y para demostrar su descontento se abstuvo esta de responder. El espediente convenia á cobardes y valientes, y se decidió así despues de dos debates por una gran mayoría. Pero el dia llegó en que las victorias solo sirven para precipitar al último revés : tanto fuera como dentro de Westminster la efervescencia y confusion llegaba á lo sumo : ya se hablaba del cercano regreso de Cromwell, ya el ejército anunciaba sus deseos de marchar hácia Londres. Los realistas perdieron toda esperanza, solo deseaban ó deshacerse ó vengarse de sus enemigos, fuesen los medios que quisiesen ; muchos miembros republicanos fueron insultados y asaltados por las calles ; muchos avisos llegaron á Fairfax, hasta de Francia, que dos caballeros habian resuelto asesinarle en Saint-Albans : en Duncaster, entre una pandilla de veinte hombres levantada por Rainsborough, que los mandaba, tres de entre ellos le mataron á puñaladas cuando se les queria escapar ; corrió al mismo tiempo la voz de que se formaba una

conspiracion para asesinar al salir de Westminster á ochenta miembros de los mas influyentes. Finalmente, en este descaecimiento anárquico, se supo para mas conflicto que dentro de dos dias estaria Cromwell en el cuartel general; que en la isla de Wight el gobernador Hammond, sospechoso de demasiado miramiento hácia el rey y parlamento, recibió orden de Fairfax de dejar su destino, volver al ejército y entregar al coronel Ewers la custodia del rey; y que con esta novedad, sobrecogido Carlos de temor, dió fin á las conferencias de Newport, y el mismo dia los comisionados portadores de sus ofrecimientos definitivos se pusieron en camino para dar cuenta al parlamento.

Llegaron en efecto al otro dia, conmovidos todos por el peligro en que habian dejado al rey, y de su último á Dios: « Milores, les habia dicho, venís á despediros de mí, y creo que no nos veremos mas; pero hágase la voluntad de Dios! yo le doy gracias; estoy en paz con él; sufriré sin temor cuanto disponga que hagan de mí los hombres. Milores, no podeis dejar de conocer que en mi ruina veais acercarse la vuestra. Ruego á Dios que os dé mejores amigos que á mí. Nada ignoro de la conspiracion tramada contra mí y los míos; nada me aflige tanto como los pesares de mi pueblo y el presentimiento de los males que le preparan estos hombres que siempre hablando del bien público no se inquietan sino para dar oídos á su propia ambicion. » Apenas concluida la relacion de los comisionados, aunque las nuevas concesiones del rey difiriesen un poco de aquellas que tantas veces habia rehusado, los pres-

biterianos propusieron á los comunes declararlas suficientes y propias para establecer la paz. La moción fué al mismo tiempo apoyada por Nathaniel Fiennes, hijo de lord Say, y antes uno de los independientes de valía. El debate hacia muchas horas que duraba cuando llegó á la cámara aviso con una carta de Fairfax al consejo comun, anunciando que el ejército se ponía en marcha para Lóndres: *¡ La orden del dia! la orden del dia!* gritaron de repente los independientes, deseosos de aprovechar el primer susto. Pero contra su voluntad y á pesar de sus esfuerzos, el debate se continuó al otro dia. Empezó mas encarnizado en medio del movimiento de las tropas que entraban de todas partes, tomando sus alojamientos en Saint-James, en Yorkhouse, en todos los alrededores de Westminster y en la Cité. Los independientes esperaban aun los resultados del primer impulso de temor. « En el dia de hoy finalmente, dijo Vane, vamos á saber cuales somos amigos y cuales enemigos; ó para hablar mas claro, veremos quien en esta cámara es del partido del rey y quien del pueblo. — Señor presidente, replicó con energía un miembro de quien se ignora el nombre, ya que el preopinante se ha dignado dividir en dos partidos esta cámara; tendré segun espero derecho de hacer otro tanto. Sí, señor: hay aquí gentes que quieren la paz, y son los que han perdido con la guerra; otros que rehusan la paz y son los que han ganado con la guerra. Propongo pues humildemente que los gananciosos indemnicen á los que perdieron, para ponernos á todos en la misma esfera; sin lo que nunca acabaremos.» Los inde-

pendientes se agitaron porque entre uno y otro partido, los intereses personales ejercian un imperio, que ellos mismos no se atrevian á negar. Rudyard, Stephens, Grimstone, Walker, Prideaux, Wroth, Scott, Corbet, y muchos otros sostuvieron y combatieron á su turno la mocion sin que el debate llegase al fin. El dia declinaba; muchos miembros se habian ya retirado, un independiente propuso encender luces y continuar la sesion: « Señor presidente, dijo un presbiteriano, no solamente estos señores se lisonjean de helarnos de temor por tener cerca el ejército, pero quieren prolongar toda la noche la sesion, con la esperanza que los miembros de mas edad, que se miran como los mas inclinados á la paz, se retirarán cansados antes de la votacion. Espero que la cámara se hará cargo de este artificio. » Y á pesar de los gritos de los independientes, se aplazó de nuevo el debate.

Al otro dia, al principiár la sesion, un sombrío rumor agitaba la cámara; el rey, decian por todas partes, ha sido robado de la isla de Wight, durante la noche á pesar de su resistencia, y llevado al castillo de Hurst, especie de prision, situada en una costa al frente de la isla, á la estremidad de un árido promontorio, desierto y mal sano. Vivamente interpelados los independientes guardaban silencio. Empezó la sesion; el presidente leyó cartas venidas de Newport y dirigidas á la cámara por el mayor Ralph que mandaba en ausencia de Hammond; el rumor era fundado, y toda relacion se hacia además imposible sin el consentimiento del ejército, entré el rey y el parlamento.

El 29 noviembre, algunas horas después de haberse cerrado las conferencias de Newport y de la marcha de los comisionados, un hombre mal vestido dijo á uno de los criados del rey: «Acaban de desembarcar tropas en la isla; advertid al rey de que esta noche será arrebatado de aquí.» Carlos hizo llamar inmediatamente al duque de Richmond, al conde Lindsey y al coronel Eduardo Cook, oficial que poseía su confianza; les preguntó que era menester hacer para saber si era verdadera aquella noticia. En vano se probó á sacar una palabra al mayor Ralph; solo se obtuvo de él cortas y obscuras contestaciones. «El rey puede dormir seguro esta noche; lo juro por mi vida, esta noche nadie le tocará.» Cook se ofreció á montar á caballo, recorrer la costa, pasar principalmente á Carisbrooke, donde las tropas se decía que habian llegado, y ver por sí mismo lo que pasaba. La noche era sombría, la lluvia caía á torrentes; el servicio peligroso; el rey temblaba de aceptarlo, Cook insistió y marchó. Encontró efectivamente reforzada la guarnicion de Carisbrooke, diez ó doce oficiales recién-venidos y el capitán Bowerman, que los mandaba, como guardándoles de vista, á todo llevaba por do quier el sello de misteriosa agitacion. Se volvia á toda prisa para decir al rey lo que habia visto, cuando al llegar á Newport cerca de la media noche, vió la casa que ocupaba el rey rodeada de centinelas que permanecian no solo debajo de todas las ventanas, sino hasta en lo interior, hasta la puerta del aposento del rey en donde el humo de sus pipas penetraba por todas partes. Ya no cabia duda alguna: los dos lores con-

juraron al rey, á que probase al instante y á toda costa su evasión. El consejo disgustaba á la gravedad temerosa de Carlos : así es que alegó lo difícil del éxito, y cuanto se irritaría el ejército : « Si ellos me prenden, decia, será preciso que me traten bien ; ningun partido puede nada sin mi alianza, ni menos asegurar su triunfo. — Guardaos, señor, dijo Lindsey ; estas gentes no se mueven á impulso de tales máximas ; acuérdesse V. M. de Hamptoncourt. — Coronel, preguntó, Richmond á Cook, ¿ como habeis pasado ? — *Cook.* sé el santo y seña. — *Richmond.* ¿ Lograriais hacerme pasar ? — *Cook.* No lo dudo. » Richmond tomó un capote de soldado ; salieron, pasaron por todas las guardias, y volvieron sin obstáculo. De regreso con el rey, cerca de una ventana, los dos lores renovaron con ardor sus instancias ; el coronel, todo inundado de agua, estaba solo delante del hogar, « Ned Cook, le dijo brusca- mente el rey dirigiéndose á él, ¿ qué me aconsejais ? » Cook dudaba responder : « El rey, dijo, tiene aquí sus consejeros. — No, no, querido Ned, os mando que me deis vuestro parecer. — *Cook.* Muy bien ! señor, permítame V. M. hacerle una pregunta. — *El rey.* Hablad. — *Cook.* Si no solamente digo y pruebo tambien á V. M. que el ejército quiere asegurarse de su persona ; si añado que sé la contraseña, que hay caballos cerca de aquí, y un barco á mi servicio que está esperando ; que estoy pronto á acompañar el rey ; que esta noche tan negra parece á propósito ; que no veo ningun obstáculo : ¿ qué hará V. M. ? » Carlos guardó un momento de silencio ; despues sacudiendo la cabeza : « No, decia él,

ellos me han dado su palabra, yo les he dado la mia; y no quiero faltar. — *Cook*. Pero, señor, presumo que esta palabra iba dirigida al parlamento; ahora todo ha cambiado; es el ejército quien quiere apoderarse de V. M. — *El rey*. No importa; yo no faltaré á mi palabra: buenas noches, Ned; buenas noches, Lindsey, me voy á dormir cuanto pueda. — *Cook*. Señor, sospecho que no podréis dormir mucho. — *El rey*. Tanto como quiera Dios.» Era la una, salieron, y Carlos se acostó; Richmond quedó solo cerca de él.

Al amanecer llamaron á la puerta: «¿ Quien sois? qué quereis? preguntó Richmond. — Oficiales del ejército que vienen para hablar al rey. » Richmond no abrió esperando á que estuviese vestido el rey; volvieron á llamar de nuevo, y con violencia: « Abrid, dijo Carlos al duque; y antes que estuviese fuera de su cama muchos oficiales, con el teniente coronel Cobbet á su frente, se precipitaron al aposento: « Señor, dijo Cobbet, tenemos orden de llevaros con nosotros. — Orden, de quien? — *Cobbet*. del ejército. — *El rey*. ¿ Donde me quereis llevar? — *Cobbet*. Al castillo. — *El rey*. ¿ A qué castillo? — *Cobbet*. Al castillo. — *El rey*. Un castillo siempre es castillo, y estoy pronto para ir á cualquier castillo que sea: nombradle. » Cobbet consulta con sus compañeros; se decide al fin: « Al castillo de Hurst. — *El rey á Richmond*: no pudieron nombrar uno peor: » y dirigiéndose otra vez á Cobbet: « ¿ No puedo llevar conmigo á mis servidores? — *Cobbet*. Solamente los mas necesarios. Carlos indicó sus dos ayudas de cámara, Harrington y Hebert, y Mildmay

su trinchanté. Richmond ¡salió para preparar el almuerzo ; pero llegaron los caballos antes que estuviere pronto : « Señor, dijo Cobbet, es preciso partir. » El rey subió á un coche sin decir palabra ; Harrington, Herbert y Mildmay con él. Cobbet se presenta para entrar, pero Cárlos se lo impide con el pie, y hace cerrar al momento la puerta. Marcharon escoltados por una partida de caballería : un pequeño buque los esperaba en Yarmouth : el rey se embarcó, y tres horas despues estaba ya encerrado en Hurstcastle, sin ninguna comunicacion con los de afuera, en un sombrío aposento, y bajo el poder del coronel Ewers, carcelero mas duro y temible que Cobbet.

Con estas noticias ; dieron los presbiterianos libre curso á su indignacion : « La cámara, decian, ha salido garante con el rey mientras permaneciese en Newport, de su respeto, seguridad y libertad ; ha quedado pues deshonrada y perdida al mismo tiempo si no resiste abiertamente á esta rebelion. » Se votó en efecto que el rapto del rey habia sido sin consentimiento y conocimiento de la cámara ; se volvió á tomar con mas ardor la cuestion relativa á la paz. Habia ya durado mas de doce horas ; la noche estaba muy adelantada ; y aunque la asamblea fuese numerosa, el cansancio empezaba á sobrepujar el celo de los débiles y de los ancianos ; un hombre se levanta, famoso entre los mártires de las libertades públicas, pero que solo estaba sentado en la cámara hacia tres semanas ; aquel mismo Prynne que doce años antes sostuvo contra la tiranía de Laud y de la corte el mas furioso combate : « Señor

presidente, dijo, se sabe que voy á hablar por la paz, y ya se me tiene por apóstata; ya por alusion á un título de mis obras se me llama el favorito del rey. Ved aquí todos los favores que he recibido de S. M. y de su partido. Me hicieron cortar las orejas y del modo mas bárbaro; me han puesto tres veces á tormento, dos horas cada vez; han hecho quemar mis obras, aunque autorizadas, ante mis ojos por mano del verdugo; me han impuesto dos multas de 5.000 libras esterlinas; me han retenido ocho años en prision, sin plumas, sin oblea, papel ni libros, salvo la Biblia, y sin amigos: me daban apenas el necesario alimento para poder vivir... Si algun miembro de esta cámara me envidia estas señales de favor Real, consiento en que se me trate como á apóstata ó favorito del rey.» Habló en seguida muchas horas discutiendo minuciosamente todas las proposiciones del rey, las pretensiones del ejército, considerando bajo sus diferentes estados al parlamento y al pais, grave sin pedantería, patético sin afectacion, sumamente elevado por la energía y desinterés de su conciencia, fuera del alcance de las pasiones de su secta, de los defectos de su propio carácter, y de su propio talento: « Señor presidente, dijo antes de acabar, se dice que si descontentamos al ejército estamos perdidos; uno de sus gefes acaba de decirnos que depondrá las armas, y no nos servirá mas; y entonces dice, ¿qué será de nosotros y nuestros fieles amigos? Si debiese ser así, poco caso haria yo, lo confieso, de unos tales servidores, inconstantes y revoltosos hasta tal punto; yo no dudo que si el ejército nos abandona, Dios y el rey estarán por nosotros; y si

el rey y nosotros nos llegásemos á entender con este tratado, no tendríamos mucha necesidad, segun creo, de los futuros servicios del ejército. El que, sea lo que fuere, *fiat justitia, ruat cœlum*; hagamos nuestro deber, y dejemos á Dios que haga su voluntad.» La cámara habia escuchado este discurso, con la mas profunda atencion; eran las nueve de la mañana; la sesion duró mas de veinte y cuatro horas; doscientos cuarenta y cuatro miembros estaban aun sentados; se llegó por fin á la votacion y se decidió por ciento cuarenta votos contra ciento y cuatro que la contestacion del rey era propia para servir de fundamento á la paz.

Todo poder se escapaba de manos de los independientes; lo habian llegado á temer; todos los miembros con los que podian esperar se habian retirado ó alejado. En vano Ludlow, Hutchinson, y algunos otros, para poner algun embarazo á la cámara, protestaron contra esta decision; se rehusaron sus deseos como contrarios á los usos de la cámara, sin inquietarse por lo que querian manifestar. Al salir de la sesion los del partido vencido se reunieron; un sin número de oficiales llegados por la mañana del cuartel general se juntaron á ellos: el peligro era inminente; dueños del ejército, tenian en la mano una resistencia; fanáticos sinceros, ó libertinos ambiciosos, ninguna institucion, ninguna ley ni costumbre les imponia: para los unos era un deber salvar la buena causa; para los otros una necesidad. Se convino que al rayar el dia, seis de sus asistentes, tres miembros de la cámara y tres oficiales serian encargados de los preparativos. Pasaron

juntos muchas horas, la lista de los comunes encima la mesa, examinando uno por uno su conducta y sentimientos, recogiendo señas, y enviando órdenes á sus confidentes. Al otro dia, 6 diciembre, á las siete de la mañana por los cuidados de Ireton, y antes que de nada fuese informado Fairfax, estaban ya las tropas en movimiento. Por orden de Skippon las guardias de milicia encargadas de las cámaras habian sido retiradas; dos regimientos, el del coronel Pride de infantería, y caballería del coronel Rich ocupaban la corte, la grande sala de Westminster, la escalera, el vestibulo, todas las avenidas de la cámara: en la misma puerta de los comunes estaba Pride con la lista de los miembros proscritos en la mano, y cerca de él lord Grey de Grooby y un uquier que tenia cuidado de señalarlos á medida que iban entrando: « Vos no entraréis », decia Pryde á cada uno de ellos, y mandaba arrestar y llevar presos á los mas sospechosos; Un violento tumulto se levantó de repente al rededor de la cámara; los miembros escludos probaban á abrirse paso por todos los corredores, invocaban su derecho, injuriaban á los soldados; estos se reian y burlaban. Algunos de ellos, Prynne entre otros, resistieron obstinadamente: « Yo no daré, dijo, un solo paso voluntariamente. » Algunos oficiales le colocaron como por insulto bajo la escalera, hechizados por poder unir al triunfo de la violencia, el placer de la brutalidad. Cuarenta y un miembros fueron de aquel modo arrestados, y encerrados momentáneamente en un cercano aposento. Dos solamente de los que componian la lista de Pryde, Hephens y el coronel

Birch, habian logrado entrar en la cámara; pero bajo falsos pretextos les condujeron hasta la puerta, y los soldados se apoderaron de ellos al instante. « Señor presidente, gritó Birch procurando volver á la sala, sufrirá la cámara que sus miembros sean así arrebatados á sus ojos, y continuaréis permaneciendo inmóviles? » Envió la cámara un ugiar á llevar á los miembros que estaban fuera la orden de dirigirse á su puesto; Pryde le detuvo: enviado segunda vez, no pudo llegar á ellos. La cámara decidió que no se trataria de nada, mientras no les fuesen devueltos, y nombró una comision para ir inmediatamente á pedirlos al general. Apenas hubo salido la comision, llegó un pliego del ejército, presentado por el teniente coronel Axtell y algunos oficiales; reclamando la esclusion oficial de los miembros arrestados, y de todos aquellos que habian votado en favor de la paz. La cámara nada respondió esperando el resultado de su comision. La comision dijo que el general á su vez rehusaba responder hasta que la cámara hubiese tomado alguna resolucion sobre el mensaje del ejército. Entre tanto los miembros escludidos habian sido sacados de Westminster y paseados por Lóndres de cuartel en cuartel, de bodegon en bodegon, ya metidos en algunos coches, ya en pie; entre dos filas de soldados que les pedian cuenta de sus ganancias. El predicador Hugo Peters, capellan de Fairfax, vino con toda solemnidad y la espada al lado á tomar sus órdenes de parte del general; preguntándole muchos de ellos el derecho con que los arrestaban: « Con el derecho de las armas »; respondió. Hicieron suplicar al co-

ronel Pryde que los escuchase: « No tengo tiempo, respondió Pryde, tengo otra cosa que hacer. » Fairfax y su consejo, con sesion en Whitehall, les prometieron en fin audiencia: se dirigieron allí; pero despues de muchas horas de esperar, tres oficiales vinieron á decirles que el general estaba muy ocupado, y no los podia recibir. Algun embarazo se ocultaba bajo tanto desprecio: se evitaba su encuentro; se temia que su invencible entereza provocase demasiado rigor. A pesar de la audacia de sus deseos y acciones, los vencedores mismos llevaban en su interior, y sin dudarlo, un secreto respeto al antiguo y legal órden: al dirigir la lista de proscripcion, se habian contenido en los límites de rigurosa necesidad, esperando que un solo acto bastaria para asegurar su triunfo. Ellos veian con turbacion obstinada la cámara en reclamar sus miembros, y conservar sus contrarios un poderoso partido, quizás la mayoría. Con todo, vacilar era imposible. Al otro dia, las tropas cerraron segunda vez las avenidas de la cámara; la misma escena se renovó; cuarenta miembros fueron aun separados; y hasta se arrestó á algunos en sus propias casas. Escribieron á la cámara pidiendo se les pusiese en libertad; pero esta vez la derrota de los presbiterianos se habia consumado; en vez de responder la cámara, acogió por cincuenta votos contra veinte y ocho, tomar en consideracion las proposiciones del ejército. Esta última minoría se retiró por sí misma protestando que no volveria á entrar en la cámara hasta que se hiciese justicia á su colegas; y despues de la espulsion de ciento cuarenta y tres miembros, que la

mayor parte fueron tambien arrestados, si bien que despues se les sacó poco á poco de la cárcel y sin ruido, los republicanos y el ejército se vieron en fin tanto fuera como dentro de Westminster, en plena posesion del poder.

Todo cedió, todo enmudeció desde aquel dia; ninguna resistencia ninguna voz vino á turbar el partido embriagado en su victoria, solo él hablaba por todo el reino, y podia creer con la sumision ó consentimiento universal. De esta suerte llegaba á lo sumo el entusiasmo de los fanáticos. « Como Moisés, decia Hugo Peters predicando á los generales delante los restos de las dos cámaras, como Moisés estais destinados á sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto: ¿ Como se cumplirá esto? todavía no se me ha revelado. » Puso la cabeza entre sus manos, se inclinó hasta una almohada que tenia cerca de él, y levantándose de repente dijo: « Ved aquí, aquí se me ha hecho la revelacion, os lo voy á explicar. Este ejército dará fin con la monarquía no tan solo aquí, pero en Francia y los otros reinos vecinos: este os sacará de Egipto. Dicen que vamos á entrar en un camino hasta aquí sin ejemplo: ¿ qué pensais de la vírgen María? habia habido anteriormente algun ejemplo de que pudiese una muger concebir sin obra de hombre? este es un tiempo que servirá de ejemplo en lo venidero. » La mayor parte del partido se entregaba con regocijo á este místico orgullo. En medio de tanta exaltacion, el mismo dia en que los últimos restos presbiterianos se retiraron de los comunes, Cromwell fué á ocupar su lugar: « Dios me es testigo, decia por todas partes,

que yo no he sabido nada de cuanto se ha hecho en esta cámara, pero ya que está consumada la obra, me place, y entretanto es menester sostenerla.» La cámara le acogió con ruidosas aclamaciones de reconocimiento. El presidente le dió gracias por la campaña de Escocia; y al salir de la sesión fué á alojarse en Whitehall, en los mismos aposentos del rey. Al otro dia el ejército se apoderó de las cajas de diferentes juntas, precisado, decia, á proveer sus necesidades para no ser por mas tiempo gravoso al pais. Tres dias despues envió á Fairfax, bajo el título de *Nueva concesion al pueblo*, un plan de gobierno republicano, redactado, segun se dice, por Ireton, y le invitó á discutirlo en un consejo general de oficiales, para presentarlo inmediatamente al parlamento. En el interin, y sin tomarse el trabajo de explorar la voluntad de los lores, los comunes revocaron todos los actos, los votos dados antes en favor de la paz y que habrian servido de obstáculo á la revolucion. Finalmente, versaron las peticiones sobre que se hiciese justicia del rey, único culpado de tanto derramamiento de sangre; y un destacamento salió del cuartel general con orden de llevarlo de Hurst-castle á Windsor.

El 17 diciembre á media noche, fué despertado Cárlos por el ruido del puente levadizo que se bajaba, y una comitiva de hombres á caballo que entraban en el patio del castillo. En un instante quedó restablecido el silencio: pero Cárlos estaba inquieto; antes que fuese dia, llamó á Herbert que dormia en el aposento vecino: «¿Habeis oido algo esta noche? le preguntó. — He oido bajar el puente le-

vadizo, dijo Herbert, pero no me he atrevido sin orden de V. M. á salir de mi aposento á una hora tan desusada. — Id á saber lo que ha sucedido, » Herbert salió, y pronto estuvo de vuelta: « Es el coronel Harrison, Señor. » Secreta turbacion se pintó en las facciones del rey. « ¿Estais seguro de que es el coronel Harrison? — *Herbert.* El capitán Reynolds me lo ha dicho. — En este caso ya lo creo; ¿pero habeis visto al coronel? — *Herbert.* No, señor. — ¿Os ha dicho Reynolds porque ha venido? — *Herbert.* He hecho todo lo posible para saberlo, pero la única respuesta que he podido obtener ha sido que el motivo de la llegada del coronel se sabria muy pronto. » El rey despidió á Herbert; al cabo de una hora le volvió á llamar, siempre sumamente turbado, las lágrimas en los ojos y abatido: « Perdonad señor, le dijo Herbert, pero estoy consternado de ver á V. M. tan atormentado por esta novedad. — Yo no estoy asustado, respondió Cárlos, pero lo que no podeis pensar, es que este hombre es el mismo que habia formado el proyecto de asesinarme en los ultimos tratados. Una carta me lo hizo saber. No me acuerdo de haberle visto jamás, ni haberle hecho ningun mal. No quisiera que me sorprendiesen. Este lugar es propio para cualquier delito. Volveos y procurad saber porque ha venido Harrison. » Mas feliz esta vez, Herbert supo que el coronel habia venido para hacer conducir al rey á Windsor, dentro tres dias lo mas tarde, y se apresuró á noticiárselo; la alegría brilló en los ojos de Cárlos: « Sea en buen hora, dijo, por fin se vuelven mas tratables: Windsor es un lugar que siempre me

ha gustado; donde me indemnizaré de lo que padezco aquí.»

Efectivamente dos dias despues, el teniente coronel Cobbet vino á decir al rey que tenia órden de enviarle inmediatamente á Windsor, donde estaba ya de regreso Harrison. Cárlos, lejos de quejarse, apresuró él mismo su marcha. Encontró á una legua de Hurst un cuerpo de caballería encargado de escoltarle hasta Winchester. Por do quier que pasaba se veia numerosa multitud de gentilhombres, labradores y paisanos, los unos sencillamente curiosos que se retiraban despues de haberle visto pasar, los otros vivamente conmovidos, haciendo en alta voz plegarias para su libertad. Al llegar á Winchester, el corregidor y los aldermanes vinieron á recibirle, presentándole segun costumbre las llaves de la ciudad y dirigiéndole un discurso afectuoso. Pero Cobbet, poniéndose bruscamente ante ellos, les preguntó si habian olvidado que la cámara habia declarado traidor á cualquiera que se le dirigiese; y aterrorizados se deshacieron en humildes escusas, protestando ignorar la voluntad de la cámara, y suplicando á Cobbet que obtuviese su perdon. Al otro dia volvió á emprender el rey su camino. Entre Alresford y Farnham compareció formado en batalla otro cuerpo de caballería, encargado de relevar al que le habia custodiado hasta allá: un oficial le mandaba de buena presencia, ricamente vestido, con sombrerillo de terciopelo, un chaleco de búfalo en la espalda, un cabestrillo de seda carmesí adornado de franjas de oro al rededor de su cuerpo. Admirado Cárlos de su talla, pasó

poco á poco cerca de él, recibió un cortés saludo, y se juntó con Herbert: «¿Quién es, le preguntó, aquel oficial? — El coronel Harrison, señor.» El rey se volvió al instante, consideró por mucho tiempo al coronel, y tan atentamente, que este sofocado se retiró á retaguardia para evitar sus miradas: «Este hombre, dijo Cárlos á Herbert, tiene el talante de un verdadero soldado; entiendo algo en fisonomías, la suya me gusta: no es la de un asesino.» Pasó la tarde en Farnham, donde se detuvo la escolta para hacer noche. Cárlos vió al coronel en un rincón de la sala, le señaló que se acercase; obedeció Harrison con deferencia y embarazo, el aire rudo y tímido al mismo tiempo: tomóle el rey por el brazo, lo condujo junto á una ventana, conversó mas de una hora con él, le habló tambien de lo que le habian dicho: «Nada es mas falso, señor, dijo Harrison; he aquí lo que he dicho y lo repito: es que la justicia no hace escepcion de personas, y que la ley es igualmente obligatoria para los grandes como para los pequeños;» y se apoyó en estas últimas palabras con manifiesta afectacion. El rey rompió la conversacion, se puso á la mesa y no volvió á dirigir la palabra á Harrison, sin parecer con todo encontrar en aquella respuesta ningun sentido que le pudiese inquietar.

Debia llegar al otro dia á Windsor: al salir de Farnham declaró que queria comer en medio del bosque quedándose en Bagshot en casa lord Newburg, uno de sus mas fieles caballeros. Harrison no se atrevió á negarlo, aunque la instancia le dió lugar á algunas sospechas. Y tenian fundamento;

lord Newburgh, gran amigo de caballos, tenia uno que pasaba por el mas ligero de Inglaterra: desde mucho tiempo en oculta correspondencia con el rey, le habia prometido darle uno con el que le seria fácil escapar cuando quisiese de su escolta, burlando al través del bosque, cuyos senderos conocia muy bien el rey, la mas encarnizada persecucion. Carlos en efecto desde Farnham á Bagshot se quejaba sin cesar de su caballo diciendo que lo queria cambiar. Pero apenas llegó supo que la víspera, aquel con el que contaba habia en el establo recibido un golpe en el pie tan fuerte que estaba fuera de estado de servir. Lord Newburgh, desconsolado, ofreció otros al rey, « muy buenos, decia, y que bastarán á vuestro deseo. » Pero aun cuando hubiese sido con él mas veloz, la empresa era peligrosa, porque los soldados de la escolta estaban siempre muy cerca del rey y con pistola en mano. Carlos renunció sin trabajo á arrostrar tal peligro; y por la tarde al llegar á Windsor, alegre de entrar en uno de sus palacios, de ocupar su acostumbrado aposento, de encontrarlo todo preparado para recibirle, poco mas ó menos como al tiempo en que iba con su corte á pasar en aquel hermoso lugar los dias de fiesta, lejos de sentirse atormentando por siniestros presagios, casi habia olvidado que estaba prisionero.

En el mismo dia y casi al mismo instante los comunes votaban que seria procesado, y se nombró una comision para preparar la acusacion. A pesar de los pocos miembros presentes, muchas voces se levantaron contra aquella medida: los unos pedian

que se concretasen á deponerle como ya se habia hecho con algunos de sus predecesores; otros sin decirlo manifestaban desear su muerte de modo que no fuesen responsables. Pero los libertinos atrevidos, los sinceros entusiastas, los rígidos republicanos querian un juicio público; que probaba su fuerza y proclamaba su derecho. Solo Cromwell, mas fogoso que ningun otro en provocar, se dirigia hipócritamente á su fin: « Si alguno, decia, hiciese esta mocion con designio premeditado le miraria como al mas insigne traidor del mundo; pero ya que la Providencia y la necesidad han puesto á la cámara en esta deliberacion, suplico á Dios bendiga sus consejos, aunque no esté yo pronto para dar inmediatamente mi parecer. » Por uno de aquellos estraños pero invencibles escrúpulos por el que se abre paso la iniquidad cuando procura ocultarse, para no poner al rey en juicio sin ninguna ley en nombre de la que se le pudiese condenar, se votó al principio que habia traicion por su parte en hacer la guerra al parlamento; y sobre la mocion de Scot, se adoptó al momento una ordenanza, instituyendo un supremo tribunal encargado de juzgarle. Ciento cincuenta comisionados debian tener asiento: seis pares, tres grandes jueces, once baronets, diez caballeros, seis aldermanes de Lóndres, todos los hombres mas importantes de partido entre el ejército, comunes y la Cité, menos Saint-John y Vane, quienes declararon formalmente que desaprobaban el acto, y no querian tomar parte. Cuando la ordenanza fué presentada á la sancion de la cámara alta, reanimóse un poco el antiguo orgullo de

aquella asamblea, hasta entonces tan abatida, que al parecer habia ella misma aceptado su nulidad: «No hay parlamento sin el rey, sostuvo lord Manchester; el rey no puede pues ser traidor para con el parlamento. — Han querido los comunes, dijo lord Denbigh, insertar mi nombre en su ordenanza pero yo me dejaré antes hacer pedazos que asociarme á una tal infamia. — Yo no quiero, dijo el viejo conde de Pembroke, mezclarme en negocios de vida y muerte; no hablaré contra esta ordenanza, pero tampoco consentiré.» Todos los lores presentes la rechazaron unánimemente, siendo ellos doce. Al otro dia no recibiendo ningun mensaje de los lores los comunes encargaron á dos de sus miembros que fuesen á la cámara alta, se hiciesen manifestar los registros, y diesen cuenta de su resolucion. Con lo que estos dijeron, votaron al instante que la oposicion de los lores nada detendria; que el pueblo habia recibido de Dios la fuente de todo poder legítimo, y que los comunes de Inglaterra elegidos y representando al pueblo, poseian el soberano poder; y por una nueva ordenanza, el supremo tribunal de justicia, instituido en nombre de los comunes solos, fué reducido á 135 miembros, y tuvo orden de juntarse sin retardo para arreglar los preparativos del proceso.

Reunióse en efecto en sesion secreta, los, 8, 10, 12, 13, 15, 17, 18 y 19 enero, bajo la presidencia de John Bradshaw primo de Milton, jurisconsulto apreciado en el bufete; grave en sus costumbres, pero de un espíritu altanero, fanático, sincero, y como á tal ambicioso, inclinado á probarlo todo para

ser rico, y pronto á dar su vida por su opinion. Tal era la ansiedad pública que estalló, insuperable division en el centro mismo del tribunal, ningun llamamiento, ningun esfuerzo pudo lograr que se reuniesen en las sesiones preparatorias mas de cincuenta y ocho miembros: Fairfax fué allá la primera vez, pero no volvió mas. Entre los mismos miembros presentes muchos vinieron solo para declarar su oposicion: tal fué entre otros la conducta de Algernon Sidney, jóven aun, pero ya de mucho influjo en el partido republicano. Retirado desde algun tiempo en el castillo de Penshurst, en casa lord Leicester su padre, cuando supo que le habian nombrado del supremo tribunal, partió inmediatamente para Londres; y en las sesiones de los 13, 15 y 19 enero, aunque la cuestion pareció decidida, se opuso con energía al proceso. Temia sobre todo que la aversion con que miraria el pueblo á la república, quizá seria causa de una fuerte revolucion que salvaria al rey y la perderia para siempre. « Nadie se moverá, » gritó Cromwell importunado con tales presagios; « os digo, que le sabrémos cortar la cabeza con la corona encima. — Haced lo que os acomode, replicó Sidney, no os lo puedo impedir; pero á buen seguro que no intermediaré yo en este negocio. » Y salió para no volver. Reducido en fin á los miembros que aceptaban su mision, el tribunal solo se ocupó del modo de arreglar el proceso. John Coke, abogado de mucha fama, é íntimo amigo de Milton, fué nombrado procurador general, y como á tal encargado de llevar la palabra, ya sea en el acto de la acusacion, ya en el curso de las sesiones. Elsing, escri-

bano de los comunes hasta aquella época, acababa de retirarse con pretexto de enfermedad; Henry Scobell fué elegido para reemplazarle. Se determinó cuidadosamente que regimientos y como prestarían el servicio durante el curso del proceso, donde estarían colocadas las centinelas, donde se apoyarían las armas, que ventanas darían luz á la sala; que barreras se levantarían para separar por doquier al pueblo, no solamente del tribunal si que tambien de los soldados. El 20 de enero fué en fin señalado para comparecer el rey ante el tribunal en Westminster-hall; y desde el 17, como si ya estuviese condenado, los comunes habian nombrado un comisionado para recorrer todos los palacios, castillos y moradas del príncipe, haciendo un exacto inventario de sus muebles, propios ya del parlamento.

Cuando el coronel Whitecote, gobernador de Windsor, anunció al rey que dentro pocos días seria conducido á Lóndres: « Dios está por todo, respondió Cárlos, y por todo tan poderoso como bondadoso. » La noticia le causó sin embargo una viva inquietud; habia tres semanas que vivia en la mas extraña seguridad, raras veces y aun mal instruido de las decisiones de las cámaras, se consolaba con algunas noticias de Irlanda, que le prometían pronto socorros; mas confiado, mas alegre al mismo tiempo que jamás le habian visto sus servidores: « Dentro seis meses, decia, quedará restablecida la paz en Inglaterra, y si no, recibiré de Irlanda, de Dinamarca y otros reinos, los medios para volver á entrar en mis derechos; » y en otra ocasion: « Ten-

go aun tres cartas que jugar de las que una sola me bastará para ganarlo todo. » Con todo una circunstancia le turbó : casi hasta lo último de su permanencia en Windsor habia sido tratado y servido con toda la etiqueta de la corte : comia en público, en el salon de gala , bajo dosel ; el chambelan , el trinchante , el repostero todos cumplian su deber en la forma acostumbrada ; le presentaban la copa de rodillas , le llevaban los platos cubiertos , se los probaban y él disfrutaba con gravedad de esta solemne sumision. De repente , por una carta llegada del cuartel general cambió este órden : soldados le llevaban los platos descubiertos ; no se los gustaban , nadie se ponía de rodillas , la etiqueta de dignidad cesó del todo ; Cárlos sintió amargo tormento : « Los miramientos que se me rehusan no han faltado jamás á ningun soberano , y tampoco á personas de elevada gerarquía ; ¿ hay nada de mas despreciable en el mundo que un príncipe que han envilecido ? » Y para no presenciar este insulto , únicamente quiso comer en su aposento , casi solo , escogiendo él mismo dos ó tres platos de los de la lista que le presentaban.

El viernes, 19 enero, un cuerpo de caballería apareció en Windsor , Harrison á su frente , encargado de llevarse al rey : una carroza con seis caballos esperaba en el patio del castillo. Cárlos subió en ella, y algunas horas despues habia entrado en Lóndres en el palacio de Saint-James, rodeado todo de guardias ; dos centinelas en la puerta de su mismo aposento ; Herbert quedó solo para servirle, y dormía al lado de su cama.

Al otro dia (20), á cosa del medio dia, el supremo tribunal, reunido de antemano en sesion secreta con la cámara, se aprestaba á arreglar los últimos detalles de su mision; la oracion acostumbrada se habia concluido apenas cuando vinieron á anunciar que el rey en un coche cerrado y entre dos hileras de soldados iba á llegar; Cromwell corrió á la ventana, y volviendo al instante pálido, y por tanto muy animado: «Aquí está, aquí está; señores, esta cercana la hora de la grande obra; decidid con prontitud, os suplico, lo que tendréis que responderle; porque él os preguntará seguramente al instante en nombre de que autoridad pretendéis juzgarle.» Nadie habló. «En nombre de los comunes asociados al parlamento y á todo el buen pueblo de Inglaterra:» Dijo Henry Martyn. Ninguno se opuso: el tribunal se puso en marcha para dirigirse á la gran sala de Westminster: al frente iba el presidente lord Bradshaw; llevaban delante de él la espada y maza; diez y seis oficiales armados de partesanas precedian al tribunal. El presidente se sentó en un sillón de terciopelo carmesí; á sus pies se veia el escribano sentado en frente de una mesa cubierta de rica alfombra de Turquía, y sobre la que se habia colocado la espada y la maza; á derecha é izquierda, sobre asientos de escarlata, los miembros del tribunal; á los dos extremos los maceros un poco mas adelante del tribunal. Instalado este, se abrieron todas las puertas; la muchedumbre se precipitó á la sala: restablecido el silencio, y despues de la lectura del acta de los comunes que instituian el tribunal, se hizo nominal llamamiento; sesenta y nueve miem-

bros estaban presentes. « Ugier dijo Bradshaw, que se presente el prisionero. »

Apareció el rey , bajo la guarda del coronel Hacker y treinta y dos oficiales ; un sillón de terciopelo carmesí le estaba preparado en la barra : se adelanta , mira con severidad y fijamente al tribunal ; se sienta en el sillón sin quitarse el sombrero ; se levanta frecuentemente , mira detrás de sí la guardia situada á la izquierda , y la multitud de los espectadores á la derecha de la sala , lleva su vista sobre los jueces , y despues vuelve á ocupar su asiento en medio del silencio universal.

Bradshaw se levanta al instante : « Cárlos Estuardo , rey de Inglaterra , le dijo , los comunes de Inglaterra reunidos en parlamento , profundamente penetrados de los males que han caido sobre esta nacion , y de los que sois considerado como el principal autor , han resuelto perseguir el crimen de sangre ; con esta intencion han instituido este supremo tribunal de justicia , delante del cual compareis hoy. Vais á saber los cargos que se os hacen.

El procurador general Coke se levantó para tomar la palabra : « Silencio ! » dijo el rey dándole con su baston en la espalda : Coke se retiró sorprendido é irritado ; el puño del baston del rey cayó : momentánea aunque profunda turbacion apareció en sus facciones ; ninguno de sus servidores estaba allí para cogerle el puño ; se bajó , le tomó él mismo , se volvió á sentar , y Coke leyó el acta de la acusacion , que imputaba al rey todos los males nacidos de su tiranía , y luego de la guerra , y pedia que estuviese obligado á responder á los cargos y

que se le condenase como á tirano, traidor y asesino.

Durante esta lectura, el rey, siempre sentado, dirigia ya sobre los jueces, ya sobre el pueblo, tranquilas miradas: cierto momento se levantó de nuevo, dió la espalda al tribunal para mirar detrás de sí, y se volvió á sentar al parecer curioso é indiferente. A las solas palabras de «*Cárlos Estuardo, tirano, traidor y asesino,*» se rió aunque siempre en silencio.

Acabóse la lectura: Señor, dijo Bradshaw al rey, habeis oído vuestra acusacion: la audiencia espera la respuesta.»

«*El Rey.* Querria saber por qué poder soy llamado aquí. Yo estaba, aun no ha mucho tiempo, en la isla de Wight, tratando con las dos cámaras del parlamento, bajo las garantías de la fe pública. Estábamos cercanos á concluir el tratado: quiero saber por que autoridad, se entiende legítima, porque hay en el mundo muchas de ilegítimas, las de ladrones y asesinos por ejemplo, querria digo saber, por que autoridad se me ha sacado de allí, llevándome de acá á acullá, no sé con que intencion. Cuando sepa cual es esta legítima autoridad constataré.»

«*Bradshaw.* Si hubieseis puesto atencion á lo que os ha dicho la audiencia en el momento de vuestra llegada, sabriais cual es esta autoridad. Se os requiere en nombre del pueblo de Inglaterra del que fuisteis elegido rey, debeis responderle.»

«*El Rey.* No, señor, yo niego esto.»

«*Bradshaw.* Si no reconocis la autoridad del tribunal, procederá contra vos.»

« *El Rey.* Yo os digo que la Inglaterra no ha sido jamás un reino electivo , pues hace mas de mil años que es reino hereditario. Hacedme pues conocer por que autoridad soy llamado aquí. Mirad al señor teniente coronel Cobbet , preguntadle si solo con la fuerza logró sacarme de la isla de Wight. Yo sostendré aquí como cualquier otro los privilegios de la cámara de los comunes. Donde están los lores ? Yo no veo ningun lord aquí para poder constituir el parlamento. Es preciso tambien un rey : y es de esta suerte como se llama á un rey á su parlamento ? »

« *Bradshaw.* Señor , el tribunal espera de vos una respuesta definitiva. Si lo que os decimos de nuestra propia autoridad no os basta á vos , ya nos basta á nosotros ; sabemos que se funda en la autoridad de Dios y del reino. »

« *El Rey.* No es mi opinion ni la vuestra quien lo debe decidir. »

« *Bradshaw.* Se os ha oido : se dispondrá de vos segun las órdenes del tribunal. Que se lleven al prisionero. Audiencia para el lunes próximo. »

Retiróse el tribunal ; salió el rey con la misma escolta que le habia conducido. Al levantarse vió la espada que estaba en la mesa : « Yo no tengo miedo de esta , » dijo señalándola con su palo. Al bajar la escalera se oyeron algunas voces que clamaban : « Justicia ! justicia. » Pero mucho mayor número gritaba : « Dios guarde al rey ! Dios salve á vuestra Majestad ! »

Al otro dia al abrirse la sesion habia sesenta y dos miembros presentes ; se mandó bajo pena de

encarcelamiento que se guardase el mas profundo silencio : el rey á su llegada , no dejó de ser acogido con viva aclamacion. Empezó la misma discusion igualmente obstinada por ambas partes : « Señor, dijo finalmente Bradshaw , ni vos ni nadie será admitido á rehusar tribunal que está aqui sentado por autoridad de los comunes de Inglaterra , ante los cuales vos y vuestros antecesores habeis sido responsables. »

« *El Rey.* Lo niego ; mostradme un antecedente. »

Bradshaw se levantó encolerizado : « Señor , no estamos aqui para responder á vuestras preguntas ; responded á la acusacion si sois *culpado* ó no *culpado*. »

« *El Rey.* Aun no habeis oido mis razones. »

« *Bradshaw.* Ninguna razon podeis alegar contra la mas suprema de todas las jurisdicciones. »

« *El Rey.* Mostradme pues esta jurisdiccion , que no se entiende de razones. »

« *Bradshaw.* Ya os la mostramos aqui : estos son los comunes de Inglaterra : que se lleven al preso. »

El rey se dirigió al pueblo : « Acordaos, dijo, que el rey de Inglaterra es condenado sin que le sea permitido dar sus razones en favor de la libertad del pueblo! » y un grito casi general exclamó: « Dios salve al rey ! »

La sesion del otro dia, 23 enero , tuvo los mismos lances : la simpatía del pueblo hácia el rey crecia cada dia mas y mas ; en vano los oficiales y soldados irritados clamaban á su vez « justicia ! ejecucion ! » La multitud asustada callaba un instante , pero luego sobre cualquier accidente , olvidaba su temor y

el grito de « Dios salve al rey ! » resonaba por todas partes. En las mismas filas del ejército tuvo lugar : el 23 , pasando Carlos por ellas al salir de la sesión, un soldado de la guardia dijo bastante alto : « Señor, Dios os bendiga ! » un oficial le sacudió con su palo : « Señor , dijo el rey alejándose , el castigo sobrepaja la falta. » Al mismo tiempo llegaban de afuera representaciones , pasos poco temibles en verdad , pero que sostenian la indignacion pública. El ministro de Francia remitió á los comunes una carta de Enriqueta María que pedia el permiso de reunirse á su marido , ya para obligarle á rendirse á su voluntad , ya para consolarle con su amor. El príncipe de Galles escribió á Fairfax y al consejo de oficiales , con esperanza de despertar en su corazon algun sentimiento de lealtad. Los comisionados de Escocia protestaron oficialmente en nombre de aquel reino contra todo lo que pasaba. Se anunció la próxima llegada de una embajada de los estados generales enviada para intervenir en favor del rey. Ya el mismo John Cromwell , oficial al servicio de Holanda , y primo de Oliverio , estaba en Lóndres, quejándose al teniente general y casi amenazándole. Se descubrió y detuvo la impresion de un manuscrito titulado : *Suspiros Reales* , obra del mismo rey , decian , y capaz de escitar su sola lectura un levantamiento. Por todas partes en fin se levantaban , si no grandes obstáculos , á lo menos nuevas causas de fermentacion, que desaparecerian seguramente, segun creian los republicanos , al estar resuelta la cuestion , pero que mientras estuviese indecisa la harian cada dia mas embarazosa y peligrosa.

Resolvieron salir luego de este estado , suprimir todo debate y que solo compareciese el rey para saber su sentencia. Sea por un resto de respeto á las formas legales , ó ya para producir nuevas pruebas de la mala fe de Cárlos en las negociaciones , el tribunal empleó los dias 24 y 25 , en recoger las declaraciones de 32 testigos. El 25 , al fin de la sesion , y casi sin discutirlo se votó la condena del rey como á tirano , traidor , asesino y enemigo del pais. Scoot , Martyn , Harrison , Lysle , Say , Ireton y Love fueron encargados de redactar la sentencia. Solo 46 miembros habia aquel dia. El 26 , sesenta y dos miembros presentes , sin leer casi la sentencia fué discutida y adoptada. El tribunal se reunió al otro dia para pronunciarla.

El 27 , á medio dia , despues de dos horas de conferencia dentro la cámara se abrió la sesion segun costumbre por el llamamiento nominal : al oír el nombre de Fairfax , « ¿ Tiene bastante ánimo para estar aquí ? » respondió una voz de muger del fondo de una galería. Despues de un momento de sorpresa y duda , continuó la lista ; sesenta y siete miembros estaban presentes. Cuando el rey entró en la sala , levantóse horrible gritería. » Ejecucion ! justicia ! ejecucion ! » Los soldados estaban muy animados ; algunos oficiales , Axtell mas que todos , que mandaba la guardia , los escitaban á gritar ; algunos grupos situados acá y acullá de la sala secundaban sus clamores , la multitud callaba consternada.

« Señor , dijo el rey á Bradshaw antes de sentarse , pido decir una palabra ; espero que no procuraréis interrumpirme. »

« *Bradshaw*. Responderéis cuando os toque, antes escuchad.

« *El Rey*. Señor, si os place, deseo que se me oiga, solo una palabra. Un inmediato juicio... »

« *Bradshaw*. Seréis escuchado cuando será tiempo; ahora debéis escuchar. »

« *El Rey*. Señor, yo deseo... Lo que tengo de decir es relativo á lo que segun creo va á pronunciar el tribunal; y no se debe ir precipitado en una sentencia.

« *Bradshaw*. Se os escuchará, Señor, antes de dar la sentencia. Hasta entonces, debéis absteneros de hablar. »

Asegurado de esta suerte, aparecieron algo serenas las facciones del rey; se sentó; *Bradshaw* volvió á tomar la palabra.

« Señores, dijo, es bien sabido de todos que el preso de la barra ha sido llevado muchas veces ante el tribunal para responder á una acusacion de traicion y otros grandes delitos presentada contra él en nombre del pueblo de Inglaterra.

« Ni aun la mitad del pueblo, gritó la misma voz que habia respondido al nombre de *Fairfax*: donde está el pueblo? donde su consentimiento? *Oliverio Cromwell* es un traidor. »

La asamblea toda tembló; todas las miradas se dirigieron hácia la galería: « ¡Fuera las p...! gritó *Axtell*; soldados, fuego á ellas! » Reconocieron á lady *Fairfax*.

Una turbacion general estalló; los soldados esparcidos por todas partes y amenazando tenian mucho trabajo en contenerles; un poco restablecido en

fin el orden , Bradshaw hizo presente la obstinacion con que rehusó el rey responder á la acusacion , la notoriedad de los crímenes que le eran imputados , y declaró que se habia acordado en la sentencia escuchar la defensa del preso , si desistia de no querer reconocer su jurisdiccion.

« Pido , dijo el rey , ser oído en la cámara de los lores y comunes , sobre una proposicion , que importa mucho mas á la paz del reino y á la libertad de mis súbditos que á mi propia conservacion. »

Una viva agitacion se esparció entre los presentes ; amigos ó enemigos todos procuraban adivinar á que fin pedia esta conferencia el rey con las dos cámaras , y que era lo que queria proponer : circulaban distintos rumores ; la mayor parte creia que queria abdicar su corona en favor de su hijo. Pero de todos modos era sumo el embarazo ; el partido , á pesar de su triunfo , no se sentia con medios de perder tiempo , ni correr nuevos peligros ; aun entre los mismos jueces se dejaba entrever alguna duda. Para eludir el peligro sostuvo Bradshaw que la demanda del rey solo era un efugio , á fin de recusar de hecho la jurisdiccion de la audiencia ; una larga y sutil discusion se movió entre ellos por este motivo. Cárlos insistia siempre con mas calor para ser oído , pero cada vez los soldados movian mas ruido á su alrededor injuriándole abiertamente : los unos fumaban tabaco y le echaban el humo ; otros murmuraban en términos groseros de la lentitud del proceso ; Axtel se reia y mofaba de todo. En vano se dirigió á ellos el rey , y ya con gestos ya con palabras , probó de obtener algunos instantes de si-

lencio y atencion : se le respondia con los gritos de: « Justicia ! ejecucion ! » Turbado en fin , casi fuera de sí : Escuchadme ! escuchadme ! » gritó con apasionado acento : volvieron á empezar los mismos gritos ; inesperado movimiento se manifestó en las gradas del tribunal. Uno de los miembros , el coronel Downs , se agitaba sobre su silla ; en vano sus dos vecinos , Cawley y el coronel Wanton se esforzaban en contenerle : « Tenemos pues corazon de piedra ? decia , somos hombres ? » — Nos perdeis y vos mismo con nosotros , le dijo Cawley. — No importa , replicó Downs ; aunque deba yo morir es preciso que lo haga. « A esta palabra Cromwell que estaba sentado encima de él , le dice bruscamente : « Coronel , estais en vuestro conocimiento ? En qué pensais ? No podeis permanecer tranquilo ? No , replicó Downs , yo no puedo permanecer tranquilo , » y se levantó al instante. « Milord , dijo al presidente , mi conciencia no está harto ofuscada para rehusar lo que pide el preso ; pido que el tribunal se retire para deliberar. — Ya que uno de los miembros lo desea , respondió con gravedad Bradshaw , debe retirarse el tribunal ; » y pasaron todos al instante á una sala vecina.

Apenas hubieron entrado , Cromwell acusó bruscamente al coronel pidiéndole cuenta del desorden y embarazo que habia causado. Downs se defendió con turbacion , alegando que quizá las proposiciones del rey serian satisfactorias ; que todo lo que se habia buscado y buscaba aun eran sólidas garantías ; que no era menester rehusar sin conocimiento las que el rey queria ofrecer ; que con él se debian

á lo menos seguir las mas sencillas reglas del derecho comun. Cromwell le escuchaba con brutal impaciencia, se agitaba al rededor de él, interrumpiéndole ya á propósito: « Etenos aquí ya instruidos, dijo, de las grandes razones del coronel, para echarlo todo á perder de esta suerte; él no sabe lo que se ha de hacer con el mas inflexible mortal que haya existido; ¿ conviene que el tribunal se deje distraer y entretener por la voluntad de un solo hombre? Muy bien vemos el fin de todo esto; él querrá salvar á su antiguo dueño; acabemos, volvamos á entrar, y hagamos nuestro deber. » En vano el coronel Herwey y algunos otros apoyaron el voto de Downs, la discusion dió fin á la media hora el tribunal volvió á entrar en sesion, y Bradshaw declaró al rey que esta rehusaba su peticion.

Cárlos apareció vencido y solo insistió débilmente: « Si no teneis nada que añadir, le dijo Bradshaw, se procederá á la sentencia. — Nada añadiré, Señor, respondió el rey; desearia solamente que se escribiese lo que yo he dicho. » Bradshaw, sin contestarle, le anunció que iba á saber su condena; pero antes de mandar la lectura, dirigió al rey un largo discurso, solemne apología de la conducta del parlamento, en donde todos los daños causados por el rey fueron recopilados y todos los males de la guerra civil recargados sobre él, ya que su tiranía habia hecho de su resistencia no solo un deber si que tambien una necesidad. El lenguaje del orador era duro, amargo, pero grave, compasivo, sin insulto y su conviccion evidentemente profunda, aunque mezclada de alguna emocion de venganza. El

rey le escuchó sin interrumpirle y con igual gravedad. A medida que iba adelantando el discurso hacia su fin, una visible turbacion se apoderó de él; en el momento en que calló Bradshaw, probó de tomar la palabra: Bradshaw se opuso, y dió orden al escribano de leerle la sentencia: acabada la lectura: « Este es, dijo, el acto, el voto y la unánime sentencia del tribunal. » Y este se levantó todo en señal de aprobacion. « Señor, dijo el rey, quereis escuchar una palabra? »

« *Bradshaw.* Señor, no podeis ser oido despues de la sentencia. »

« *El Rey.* No, señor? »

« *Bradshaw.* No señor, con vuestro permiso. Guardias llevaos el preso. »

« *El Rey.* Yo puedo hablar despues de la sentencia... con vuestro permiso, señor, yo siempre tengo derecho de hablar despues de la sentencia... Con vuestro permiso... Aguardad... La sentencia señor... Yo digo que... ¡ Si á mí no se me permite hablar, pensad qué justicia pueden esperar los demas! »

En este instante los soldados le rodearon, le sacaron de la barra, y le llevaron por fuerza hasta donde le aguardaba el coche: tuvo que sufrir al bajar la escalera los mas groseros insultos; los unos arrojaban á sus pies su pipa encendida; los otros le soplaban el humo del tabaco á la cara, todos gritaban á sus oidos: « Justicia! ejecucion! » A estos gritos con todo, el pueblo mezclaba alguna vez los suyos: « Dios salve á vuestra Majestad! Dios libre á vuestra Majestad de las manos de sus enemigos! » y hasta que estuvo encerrado en el coche, los que le lle-

vaban, se mantuvieron con la cabeza descubierta á pesar de las órdenes de Axtell que llegó hasta sacudirles. Se pusieron en marcha para Whitehall; los soldados ocupaban ambas aceras de todo el camino; delante las tiendas, las puertas y ventanas, habia inmensa multitud, la mayor parte en silencio, otros llorando, algunos rogando en alta voz por el rey. A cada paso los soldados para celebrar su triunfo renovaban sus gritos: « Justicia! justicia! ejecucion! ejecucion!» Pero Cárlos habia recobrado su serenidad acostumbrada, y demasiado altanero para hacer caso de su odio: « Pobres gentes, dijo al salir de su coche, por un chelin gritarian lo mismo contra sus oficiales.»

Apenas hubo entrado en Whitehall: « Herbert, dijo, escucha; mi sobrino el príncipe elector y algunos lores amigos míos, harán todos los esfuerzos para poderme ver; yo se lo agradezco; pero mi tiempo es corto y se debe aprovechar; deseo emplearlo al cuidado de mi alma; espero pues que no se incomodarán de que quiera solo ver á mis hijos. El mayor favor que en el día me pueden hacer y deseo de los que me aman, es que rueguen por mí.» Hizo en efecto llamar á sus dos jóvenes hijos, la princesa Elisabet y el duque de Gloucester, que quedaban bajo la custodia de las cámaras, y el obispo de Lóndres Juxon, del que ya habia recibido de antemano, por la intervencion de Hugo Peters, los auxilios espirituales. Una y otra peticion le fué concedida. Al otro día, 28, el obispo se dirigió á Saint-James, donde acababa de ser trasportado el rey; al verle se entregaba á su dolor: « Dejemos esto, mi-

lord, le dijo Carlos; no tenemos tiempo de ocuparnos en ello, pensemos en nuestro grande negocio; es preciso prepararme para comparecer ante de Dios, á quien dentro poco tendré que dar cuenta. Espero hacerlo con sosiego, y que vos me ayudadéis. Hablemos de estos miserables en cuyas manos estoy; tienen sed de mi sangre, ellos la tendrán; que se haga la voluntad de Dios.» Pasó lo restante del día en devota conversacion con el obispo: solo con mucha dificultad habia logrado que les dejasen solos en su aposento en el que el coronel Hacker habia puesto dos soldados; y durante la visita de de Juxon la centinela de la puerta la abria á cada momento para asegurarse que aun permanecia el rey. Como lo habia presumido, su sobrino el príncipe elector, el duque de Richemond, el marqués de Hertford, los condes Southampton, Linsey, y algunos otros de sus mas antiguos servidores, se presentaron para verle, pero no los recibió. M. Seymour, gentilhombre al servicio del príncipe de Gales llegó en aquel mismo día de la Haya, portador de una carta del príncipe; el rey dió orden de que se le hiciese entrar, leyó la carta, la arrojó al fuego; encargó al que la habia llevado su respuesta, y le despidió inmediatamente. Al otro día, 29, casi al amanecer, el obispo volvió á Saint-James. Acabado el rezo matutinal, el rey mandó le llevasen un cofrecillo que contenia la cruz de San Jorge y de la Jarretiere todas destrozadas: «Veis aquí dijo á Herbert y Juxon las solas riquezas de que puedo disponer á favor de mis hijos.» Se los presentaron: al ver á su padre la princesa Isabel, de doce años de edad, se pu-

so á llorar ; el duque de Gloucester , que aun no tenia ocho , lloraba al mirar á su hermana : Cárlos los puso sobre sus rodillas , les repartió sus joyas , consoló á su hija , le aconsejó los libros que debia leer para asegurarse contra el papismo , la encargó dijese á sus hermanos que él perdonaba á sus enemigos , á su madre que jamás se habia borrado de su memoria , y que hasta el último momento la amaba como al primer dia. Despues dirigiéndose al jóven duque : « Mi querido hijo , le dijo , van á cortar la cabeza á tu padre. » El niño le miró fijamente y con un aire serio : « Está atento , hijo mio , á lo que te voy á decir : tú no debes ser rey mientras vivan tus hermanos Cárlos y Jacobo , porque ellos cortarán la cabeza á tus hermanos si los pueden atrapar , y acabarán con cortártela á tí igualmente ; te mando , no consientas jamás en ser rey nombrado por ellos. — Mas pronto me dejaré hacer pedazos , respondió el niño conmovido. » El rey le abrazó con alegría , le puso en tierra , abrazó á su hija , bendijo á los dos , rogó á Dios les bendijese ; despues levantándose de repente : « Mandadlos sacar de aquí , dijo á Juxon : los niños sollozaban ; el rey conmovido , apoyada la cabeza contra una ventana , ahogaba sus llantos ; abrióse la puerta , iban á salir sus hijos ; Cárlos dejó precipitadamente la ventana , los volvió á tomar en sus brazos , los bendijo de nuevo , y huyendo en fin de sus caricias , cayó de rodillas y se puso á rezar con el obispo , y Herbert , únicos testigos de su deplorable despedida.

Aquella misma mañana se habia reunido el tribunal superior y habia señalado , el mártes , 30 enero ,

de las diez á las cinco para la ejecucion. Cuando fué preciso firmar la órden fatal costó infinito hacer juntar los miembros comisionados ; en vano dos ó tres de los mas apasionados se habian situado en la puerta de la sala , prendiendo á sus concolegas que salian para dirigirse á la cámara de los comunes , obligándoles á venir á poner su nombre ; muchos de aquellos mismos que habian votado la condena , procuraron ocultarse , ó lo rehusaron abiertamente. Cromwell casi solo , alegre , chistoso , atrevido , se entregaba á la mas grosera truanería , como de costumbre ; despues de haber firmado el tercero , llenó de oblea la cara de Henry Martin que estaba á su lado quien se rindió al instante. El coronel Ingoldsby , su primo , inscrito en el número de los jueces , pero que aun no habia comparecido , entró por casualidad en la sala : « Ahora sí , gritó Cromwel , que no nos escaparás » ; y apoderándose inmediatamente de Ingoldsby , con muchas carcajadas , ayudado de algunos miembros que estaban allí , le puso la pluma entre los dedos y guiándole la mano , le obligó á firmar . Se recogieron en fin cincuenta y nueve firmas , muchos nombres de tal suerte mal escritos , ya sea por turbacion ya por voluntad , que era casi imposible distinguirlos. La órden fué dirigida al coronel Hacker , al coronel Hunck y al teniente coronel Phayre , encargados de su ejecucion. Hasta entonces los embajadores de los Estados-Unidos , Alberto Joaquín y Adriano de Pauw , llegados á Lóndres cinco dias antes , habian en vano solicitado una audiencia de la cámara ; ni su demanda oficial , ni sus visitas á Fairfax , Cromwell y á algunos otros oficiales , lo habian

podido obtener. Se les advirtió de repente que á las dos serian recibidos por los lores, y á las tres por los comunes. Se presentaron apresuradamente y cumplieron su comision ; se les prometió una contestacion , y al volver á sus alojamientos , vieron empezar en Whitehall los preparativos de la ejecucion. Habian recibido visita de los ministros de Francia y España, pero ni uno ni otro habian querido juntarse á sus pasos ; el primero se contentó con protestar que ya habia previsto aquel golpe desgraciado desde mucho tiempo y que mucho habia hecho para impedirlo ; el segundo , segun dijo, aun no habia recibido de su gabinete ninguna orden de intervenir , pero la esperaba de un instante á otro. Al otro dia , 30 , á cosa del medio dia , una segunda visita á Fairfax en la misma casa de su secretario , habia dado á los holandeses alguna esperanza ; se habia conmovido á sus representaciones, y parecia al fin decidido á salir de su inercia : habia prometido dirigirse inmediatamente á Westminster para solicitar á lo menos un sobreseimiento. Pero así que le dejaron delante de la casa misma en que le acababan de hablar, los dos embajadores encontraron un cuerpo de caballería que hacia desocupar la plaza ; todas las avenidas de Whitehall, todas las calles vecinas estaban igualmente desocupadas ; por todas partes oian decir que el rey estaba pronto, y que no se haria aguardar mucho tiempo.

Muy de mañana en efecto, en un aposento de Whitehall, al lado de la cama en que Ireton y Harrison estaban aun acostados juntos , Cromwell, Hacker, Huncks, Axtell , y Phayre , se habian reunido para

estender el último acto de este horrible procedimiento: la orden que debia dirigirse al ejecutor: « Coronel, dijo Cromwell á Huncks, á vos toca escribir y firmar. » Huncks lo rehusó obstinadamente: « ¡ Que obstinado regañon! dijo Cromwell — A la verdad coronel Huncks, le dijo Axtell, me dais vèrgüenza; ved aquí el bajel que entra en el puerto y quereis replegar las velas antes que echar el áncora! » Huncks persistió en su negativa: Cromwell, se sentó ladeándose; escribió el mismo la orden, y la presentó al coronel Hacker, quien la firmó sin objecion.

Casi al mismo instante, despues de cuatro horas de un profundo sueño, dejó Cárlos la cama: « Tengo un grande negocio que acabar, dijo á Herbert, es menester que me levante al instante, » y se puso á su tocador. Herbert turbado, le peinaba con menos cuidado: « Tomad, os ruego, le dijo el rey, el mismo trabajo que las otras veces, aunque no deba estar mucho tiempo mi cabeza sobre las espaldas; hoy quiero ir preparado como para unas bodas. » Mientras se vestia pidió una camisa mas: « La estacion es fria, dijo, podria temblar, y presumeria la gente que es de miedo, y yo no quiero que sea posible una tal suposicion. » Apenas asomaba el dia, llegó el obispo y empezó los ejercicios religiosos; al leer el capítulo xxvii del evangelio segun san Mateo, la esplicacion de la pasion de nuestro Señor Jesucristo: « ¿ Mi lord, preguntó el rey, habeis elegido este capítulo como el mas á propósito á mi situacion? — Suplicó á V. M. repare, respondió el obispo, que es el evangelio del dia, como lo prueba el Calendario. » El rey

apareció profundamente conmovido, y continuó á rezar con mucho mas fervor. Cerca las diez, llamaron ligeramente á la puerta; Herbert se mantuvo inmóvil: el segundo golpe se dejó oír un poco mas fuerte aunque con cuidado: « Id á ver quien llama, dijo el rey. — Era el coronel Hacker. — Hacedle entrar añadió. — Señor, dijo el coronel con voz baja y temblorosa, ha llegado el momento de ir á Whitehall; V. M. tendrá aun mas de una hora para descansar. — Voy al instante, respondió Carlos, dejadme. » Hacker salió: el rey se recogió aun por algunos minutos, despues tomando al obispo de la mano: « Venid, dijo, marchemos: Herbert, abrid la puerta; Hacker me ha llamado segunda vez. » Bajó al parque que debia atravesar para dirigirse á Whitehall.

Muchas compañías de infantería le esperaban, formando una doble hilera por su paso; un destacamento de alabarderos marchaba delante con banderas desplegadas; los tambores batiendo sufocaban todos los gritos. A la derecha del rey iba el obispo; á su izquierda con la cabeza descubierta el coronel Tomlinson, comandante de la guardia, y á quien Carlos, al que habian gustado sus atenciones, habia pedido no le dejase hasta el último instante. Conversó con él durante el camino, le habló de su entierro, de las personas á quienes queria fuese confiado, con aire sereno, tranquilas miradas, firme paso, andando mas aprisa que la tropa y admirándose de su lentitud. Uno de los oficiales de servicio, lisonjeándose de turbarlo, le preguntó « si habia concurrido con el loco duque de Buckingham á la

muerte del rey su padre. « Amigo mío , le respondió Carlos con desprecio y dulzura , si otro pecado que este no tuviese , tomo á Dios por testigo y te aseguro que no le pediria perdon. » Llegados á Whithall subió con ligereza la escalera , pasó la grande galería , y entró en su alcoba , donde le dejaron solo con el obispo , que se preparó para darle la comunión. Algunos ministros independientes , Nye y Goodwin entre otros , llamaron á la puerta diciendo que venian á ofrecer sus servicios al rey : « El rey está rezando , respondió Juxon » ; ellos insistieron. « Muy bien , dijo Carlos , dadles en mi nombre gracias por sus ofertás ; pero decidles francamente que despues de haber rezado tanto tiempo contra mí y sin culpa alguna , ellos no rezarán jamás conmigo durante mi agonía : ellos pueden si quieren rogar por mí , yo les quedaré reconocido. » Se retiraron ; el rey se arrodilló , recibió la comunión de manos del obispo , y levantándose con viveza : « Mientras , dijo , que estos pícaros vienen , protesto que les perdono con todo corazon ; y estoy pronto á cuanto me pueda suceder. » Se le habia preparado la comida , pero no quiso tomar nada : « Señor le dijo Juxon , habeis estado mucho tiempo en ayunas ; hace frio , quizás en el cadalso , alguna debilidad. — Tenéis razon , dijo el rey. » Comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino. Era la una : Hacker llamó á la puerta ; Juxon y Herbert se arrodillaron : « Levantaos mi viejo amigo , dijo el rey al obispo tendiéndole la mano. » Hacker llamó de nuevo : Carlos hizo abrir la puerta : « Marchad , dijo al coronel , ya os sigo. » Se adelantó á lo largo de la sala siempre

entre dos hileras de soldados; una multitud de hombres y mugeres se habian agrupado con peligro de su vida, inmóviles detrás de la guardia, y rogando por el rey á medida que pasaba; los soldados igualmente silenciosos no les inquietaban. Al extremo de la sala una abertura practicada la víspera en la pared, conducia de llano al cadalso entapizado de negro; se veian dos hombres consternados cerca de la hacha, entrambos vestidos de marineros y con máscara. El rey llega, la cabeza erguida, lleva por todas partes sus miradas, buscando al pueblo para hablarle; pero solo las tropas cubrian la plaza; no dejando acercar á nadie: se dirigió á Juxon y Tomlinson: «Casi solo de vosotros puedo ser oido; será pues á vosotros á quienes dirigiré mis palabras.» Les hizo en efecto un pequeño discurso que habia ya preparado, grave y sosegado hasta rayar en lo frio, aplicado únicamente á sostener que él tenia razon, que el desprecio de los derechos del soberano era la verdadera causa de las desgracias del pueblo; que este no debia tener ninguna parte en el gobierno, que con esta sola condicion recobraría el reino la paz y la libertad. Mientras él hablaba, alguien tocó el hacha; se volvió precipitadamente diciendo: «No la estropeeis que me haría mas mal.» Acabado su discurso alguien se acercó tambien: cuidado con el hacha, cuidado con el hacha, repitió asustado. El mayor silencio reinaba: puso sobre su cabeza un gorro de seda, y dirigiéndose al ejecutor: «¿Mis cabellos, te estorban? — Suplico á V. M. los coloque bajo su gorro, respondió el hombre con respeto.» El rey los arregló ayudándole el obispo: «Tendré

yo, le dijo, tomándome este cuidado, una buena causa y un Dios clemente? — *Juxon*. Sí señor, solo hay un paso que dar; está lleno de turbacion y agonia, pero es breve, y pensad que ganais mucho con él; os hace pasar de la tierra al cielo. — *El rey*. Yo paso de una corona corruptible á otra incorruptible, con la que no tendré que temer ninguna zozobra, ninguna turbacion. » Y dirigiéndose al ejecutor: « ¿Están bien mis cabellos? » Se quitó su capa y su san Jorge, dió este al obispo, diciéndole: « Acordaos. » Desabrochó su vestido, apartó su capa, y mirando el tajo: « Ponedlo de modo que este muy fuerte, dijo al ejecutor. — Ya lo está señor. — *El rey*. Yo haré una corta oracion y cuando levante las manos al cielo, entonces... » Se recogió, dijo algunas palabras en voz baja, levantó los ojos al cielo, se arrodilló, puso su cabeza bajo la cuchilla; el verdugo arregló aun un poco sus cabellos debajo del gorro; el rey pensó que le iba á herir: « Esperad la señal, le dijo. — Ya la espero, señor, con vuestro beneplácito. » Pasado un instante, tendió el rey las manos; el ejecutor sacude; cae la cabeza al primer golpe: « ¡Ved aquí la cabeza de Cárlos I rey de la Gran Bretaña, dijo, enseñándola al pueblo. » Prolongado y sordo gemido se levantó al rededor de Whitehall; mucha gente se precipitó al pie del cadalso para mojar sus pañuelos con la sangre del rey; dos cuerpos de caballeria se adelantaron por dos diferentes direcciones, y dispersaron con lentitud á la muchedumbre. El cadalso quedó solitario; se llevaron el cuerpo y lo dejaron encerrado en el ataud; Cromwell le quiso ver, le miró atentamente,

y moviendo la cabeza con sus manos como para asegurarse que estaba del todo separada del tronco : « Era un cuerpo bien formado , dijo , y que prometia muy larga vida (1). »

El féretro quedó siete dias patente en Whitehall ; un inmenso concurso llegaba á la puerta , pero pocos obtenian permiso para verle. El 6 de febrero por órden de los comunes , fué enviado á Herbert y Milmay , con autorizacion de hacerle sepultar en el castillo de Windsor en la capilla de S. Jorge , donde estaba depositado el de Enrique VIII. La traslacion se hizo sin pompa , pero con decencia ; seis caballos enjaezados de negro arrastraban el féretro : seguian cuatro igualmente negros montados por los cuatro últimos servidores del rey , que le habian acompañado á la isla de Wight. Al otro dia (8) por voluntad de los comunes , el duque de Richemond , el marqués de Hertford , los condes Southampton y Lindsey y el Obispo Juxon llegaron á Windsor para asistir á los funerales , hicieron grabar sobre la tumba estas solas palabras.

CARLOS — REY.

1648.

Cuando se trasladó el cuerpo del castillo á la capilla el tiempo hasta entonces apacible y sereno , cambió de repente ; la nieve cayó en abundancia ; el

(1) En el *Diccionario histórico ó Biografía universal de hombres célebres* se hallan mas estensos pormenores relativos á la vida y hechos de Oliverio Cromwell , personaje digno de ser meditado. (Nota del traductor.)

terciopelo negro que cubria el féretro quedó todo lleno de ella, y los adictos al rey se complacieron en ver en la repentina blancura del féretro de su desgraciado dueño, un símbolo de su inocencia. La comitiva llegó al lugar escogido para la sepultura; el obispo Juxon se preparaba á hacerle los oficios fúnebres segun los ritos de la Iglesia anglicana, pero Whitchcott se opuso: « La liturgia decretada por las cámaras, dijo, obliga al rey como á otro cualquiera. » Se sometieron; no hubo lugar á ninguna ceremonia religiosa; metido el féretro en la tumba, salieron todos de la capilla y el gobernador cerró la puerta. La cámara de los comunes se hizo dar cuenta del gasto de las exequias, y votó quinientas libras esterlinas para su pago. El mismo dia de la muerte del rey no salió ningun correo de Lóndres; se habia dado una órden declarando traidor á todo el que proclamase por sucesor suyo á Cárlos Estuardo, su hijo, comunmente llamado el príncipe de Galles, ú otro cualquiera. El 6 febrero, despues de una larga discusion, por mayoría de cuarenta y cuatro votos contra veinte y nueve fué formalmente abolida la cámara de los lores. Al otro dia (7) se adoptó en fin una acta concebida en estos términos, y que podia llamarse complemento de la revolucion: « Ha sido probado por esperiencia, y esta cámara declara, que la dignidad real es inútil en este pais, onerosa y peligrosa para la libertad, la seguridad y el bien público; en consecuencia queda desde este dia abolida. » Se grabó un grande sello: veíase en una cara la carta de Inglaterra é Irlanda con las armas de las dos naciones, y al reverso, una vista de la cá-

mara de los comunes en sesion; debajo se leia esta inscripcion propuesta por Henrique Martyn. « Año primero de la restauracion de la libertad por la benediction de Dios. 1648. »

FIN DE LA OBRA DE MR. GUIZOT.

ANOTACIONES

Y PIEZAS HISTORICAS CORRESPONDIENTES

AL TOMO TERCERO.

NUMERO I.

PIEZAS RELATIVAS A LA INTERVENCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS EN FAVOR DE CARLOS I.

La primera es una minuta de lo que S. A. R. el príncipe de Galles hizo representar de su parte y en su presencia á los Estados generales de las Provincias-Unidas, el 25 de enero de 1649. Se conserva lo mismo que las demas en los archivos de los Países-Bajos.

Expone el príncipe los peligros que amenazan la vida del rey su padre; sus ideas de paz; el modo como se habia apoderado de él el ejército, encarcelando al propio tiempo á cuantos miembros del parlamento hubieran dado oídos á una transaccion.

«Es tal, se añade en la minuta, el estado de ese reino, y se encuentra tan oprimido el monarca, que no fué permitido á un gentilhombre, enviado espresamente por S. A., el verle; el parlamento del todo disperso, apenas han quedado cerca cincuenta personas de mas de quinientas en la cámara de los comunes; y las casas de los que han unánimemente rehusado su concurrencia á estos procedimientos violentos, se ven aniquiladas por una declaracion de estos pocos comunes, á quienes pertenece todo poder soberano de aquel reino sin rey y sin

nobles. De modo que no se juntan ya los miembros del parlamento sino aquellos que se avienen o niegan lo que resuelve un consejo de guerra constituido para gobernar el Reino: habiendo á este efecto publicado una ordenanza que contiene el modelo de un nuevo gobierno que se quiere establecer, dando al traste con el parlamento, como lo han hecho con el rey, revolviendo la constitucion del reino y todas las leyes de este, y esponiendo la religion protestante á la invasion de mas herejias y cismas que jamás han infestado la Iglesia cristiana.

Aun no se contentan con esta confusion, si que han nombrado comisionados para procesar á la persona de S. M., al parecer para deponerle ó quitarle la vida; lo que no podrá recordar S. A. sin horror.

Cuanta influencia pueden tener estos procedimientos, en el interés y sosiego de todos los reyes, príncipes y estados; como este estravagante poder, que ellos han usurpado, puede turbar la tranquilidad de sus países vecinos, y lo que la religion reformada puede sufrir por los actos escandalosos de los que la profesan, no hay necesidad de que S. A. os lo haga considerar; pero se contenta con hacer esta narracion del estado miserable en que está al presente el rey y la corona de Inglaterra, seguro que sus señorías querrán comportarse bien hácia un tan buen amigo y aliado. De esta suerte S. A. se promete de la amistad y prudencia de sus señorías, que le asistan con sus consejos, porque la extrema necesidad presente del rey su padre asi lo requiere, y ambos quedarán siempre obligados á contribuir con su poder al sosten y engrandecimiento de los intereses, grandeza y felicidad de sus señorías.»

A vista de esta representacion del principe de Gales, los Estados generales resolvieron enviar á Londres como á embajadores extraordinarios, los señores Alberto Joaquín y Adrien de Pauw, dándoles las siguientes instrucciones.

NUM. II.

INSTRUCCIONES PARA LOS SEÑORES EMBAJADORES DE
SUS ALTAS POTESTADES, ENVIADOS A LONDRES EN
EL AÑO 1649.

Los señores embajadores representarán al parlamento que las consecuencias del encarcelamiento del rey pueden ser en pro ó en contra del reino de Inglaterra, según la moderación ó dureza con que se trate á su persona; porque todos los neutrales saben, que la desgracia en que actualmente se encuentra, le ha sobrevenido por ser de contrario parecer al que ha prevalecido en cuanto á los medios que se han de emplear para remediar los males que afligen la Gran-Bretaña. Como todavía se está á tiempo de remediar estos males, suplican al parlamento no tolere, y que se valga de toda especie de pretextos para aliviar las penalidades del preso y hacerle menos desgraciado de lo que es en este instante. Suponiendo que el partido vencido hubiese quedado vencedor, tal vez hubiera querido juzgar con vigor las acciones de sus adversarios, rehusándole todos medios de defensa; pero señores, los Estados generales persuadidos de la buena fe de todos aquellos que escucharán la proposición de los señores embajadores, supone tambien que se harán á sí mismos la respuesta de que esto no seria justo, y aprobarán el axioma: *Politicum in civilibus dissentionibus quamvis saepe per eas status lædatur, non tamen in exitium status contenditur, proinde qui in alterutras, partes descendant hostium vice non habendi.*

Los Estados generales saben que vuestras escelencias han nombrado comisionados estraordinarios para examinar el asunto del rey; confian tanto en la elección de vuestras escelencias, como en la buena fe de los dichos comisionados, que darán en la mencionada causa, una

sentencia que pueda ser examinada por todo el mundo y aprobada un dia por el Juez supremo, ante quien somos todos responsables. Todos los hombres de bien esperan, que en un negocio de tal importancia, se procederá sabia y cristianamente.

La esperiencia de todos los tiempos ha demostrado, que la desconfianza se introduce fácilmente en los gobiernos: que en aquellos que se componen de muchas personas, es de ordinario un poderoso agujon; que en fin, no hay que temer deshonor cuando se trata de salvar el estado, lo que hace legítimas y laudables todas las zozobras. Con todo, nada hay mas sensible que abandonarse á sospechas sin límites, que hacen interpretar todo en mal.

Si vuestras escelencias han pensado que alguna desgracia amenaza al reino de Inglaterra, impidiéndola lo cumplen todo. Cada uno sabe bien que sucede aun á los mas sabios que gobiernan una república mezclar en los negocios algo de sus sentimientos particulares: y que no faltar jamás en el manejo de grandes negocios es una perfeccion sobrenatural fuera del alcance de los mortales, á los que se les debe perdonar algun defecto.

Esto es, señores, lo que los Estados generales suplican á vuestras escelencias tengan en consideracion, persuadidos que lo harán con la mayor sabiduria. A pesar de la desconfianza con que miran vuestras escelencias á tan alto personaje, deben pesar en la balanza ese largo encarcelamiento (pues que por sí solo ya segun las leyes vigentes es de mucho castigo), y tener en consideracion los eminentes servicios hechos al rey de Inglaterra por él y sus antecesores reyes y reinas. Vuestras escelencias se compadecerán y cuidarán: *Ut eximatur periculo, qui est inter vos celebri fama ne ipsis opprobrio multi magis ac magis alienentur.*

Importa mucho al bienestar del reino de Inglaterra que vuestras escelencias procedan en consecuencia si-

guiendo el consejo de aquel Romano que lo daba para asegurar las medidas del consulado de Pompeyo, no anular nada de los gobiernos antecedentes, si solo ser prudente para lo sucesivo. Se puede aplicar y con razon á las actuales circunstancias la excelente precaución que otro empleaba para garantir su propia estatua, impidiendo derribar la del enemigo á quien habia vencido. De esta suerte rogamos á vuestras escelencias, que en un negocio de tanta importancia, que puede ser fuente de tantos inconvenientes, manifiesten su bondad hácia un alto personaje, preservándose de la vergüenza é ignominia; porque no se puede tratar con hombres que se engrian con el deshonor. Suplicamos pues al parlamento que ponga en libertad al rey.

Los señores embajadores deben de este modo siguiendo las circunstancias, *mutatis mutandis*, esponer las sobredichas consideraciones al general Fairfax y al consejo del ejército, añadiendo que su mérito distinguido les ha dado tanta autoridad en el reino de Inglaterra, que todo depende de ellos y versa sobre sus intenciones. El motivo porque los Estados generales encomiendan este negocio á su gran sabiduría, es porque no son solamente ellos para la Inglaterra (la que ha puesto en ellos sus mayores esperanzas) un escudo y espada en tiempo de guerra, si que tambien un auxiliar del rey en su desgraciada situacion, dirigiendo las discusiones públicas hácia bueno y moderado fin, de lo que se aprovechará el reino y ellos mismos adquirirán una gloria inmortal. Con su magnanimidad harán derramar lágrimas de alegría á la mayoría de sus conciudadanos, que en este instante están próximos á llorar de pesar. En la antigüedad, se decia que los Siracusanos solo eran el cuerpo y los miembros, y que Arquimedes era el alma que les hacia obrar: lo mismo se puede decir y con mucha mas razon del reino de Inglaterra y de su Escelencia, como del consejo del ejército: este cuerpo y estos miembros no seguirán pues en

este negocio sino la direccion que su Escelencia y el Consejo del ejército les inspirarán con sus sabias reflexiones. Brillarán de esta suerte sus buenas cualidades, con mas gloria y esplendor, y el bien recaerá sobre todos los habitantes del reino. Los señores embajadores añadirán aun, que ha habido tambien un gran capitán, sabio diplomático, quien se gloriaba de no haber jamás hecho derramar lágrimas en su país, mirando como el fruto mas dulce de sus victorias, el poder saludar cada dia á todos sus conciudadanos, siguiendo aquel proverbio: «La clemencia hace amar y venerar á cuantos la usan, y la severidad lejos de quitar los obstáculos y dificultades, por lo comun las aumenta y multiplica.»

Los médicos prudentes temen tambien emplear remedios demasiado fuertes, porque estos por lo comun arrojan del cuerpo enfermedad y vida, y prefieren servirse para mayor seguridad de lenitivos.

Si su Escelencia y el Consejo del ejército obran así, los corazones de los súbditos de buena opinion de Inglaterra, se unirán á ellos con sincera amistad, mejor y mas poderosa para consolidar un estado que las mas pesadas cadenas.

Los Estados generales juzgan invencible al reino de Inglaterra si su Escelencia en union con el Consejo del ejército quiere afianzarse sobre bases tan justas para con el mundo como gratas á Dios, las que por otra parte son conformes al carácter inglés y al estado de sus negocios. Los Estados generales suplican en fin á su Escelencia y al Consejo del ejército, quieran abrazar y emplear los sobredichos medios, á fin de que el rey sea aliviado en su prision y puesto en libertad.

NUM. III.

PRIMER PARTE DE LOS SEÑORES EMBAJADORES EXTRAORDINARIOS EN INGLATERRA , A LOS ESTADOS GENERALES.

Altos y Poderosos Señores.

Llegamos aquí el 5 del corriente por la tarde , fuimos recibidos con mucha dificultad por el maestro de ceremonias del parlamento , al instante pedimos y solicitamos audiencia para el otro día ; despues de lo que muy entrada la noche hemos presentado nuestros primeros despachos. Desde muy de mañana , el 6 hicimos pedir por nuestros secretarios y maestro de ceremonias la presentacion á las dos cámaras del parlamento. En contestacion el presidente de la cámara alta nos mandó decir , que la dicha cámara no se volveria á reunir hasta el lunes , y el de los comunes , que á pesar de algunos disturbios particulares , encontraban á bien nuestra peticion , y que mirarian como poder llevarla á cabo. Nuestros secretarios esperaron la respuesta ; el dicho presidente nos hizo saber despues del medio dia que la cámara no habia podido tener sesion por la mañana , porque los miembros de que se componia debian asistir al supremo tribunal de justicia ; y que por este motivo se habia visto obligada á diferir su reunion hasta el lunes próximo. Como al instante supimos que en el mismo dia el supremo tribunal de Justicia habia pronunciado la sentencia de muerte del rey en su misma presencia , llegamos el domingo 7 del corriente (aunque escluye aquel dia toda profana ocupacion) con muchos pasos á obtener la mañana misma una audiencia particular con el presidente de la cámara baja , despues con el de la alta , y por último , despues de medio dia (pero no sin mucho trabajo) fui-

mos admitidos en presencia del general Fairfax, el teniente general Cromwell, y los principales oficiales del ejército, que en aquel mismo instante estaban reunidos en casa del general. Hicimos todas las posibles reflexiones á los dichos presidentes, al general, al teniente general, tanto en particular como reunidos; hemos apoyado nuestras solicitudes en los mas poderosos motivos, para obtener un sobreseimiento de la ejecucion del rey, (la que suponian presijada el lunes) hasta tanto que hubiésemos sido oidos por el parlamento; pero solo obtuvimos diferentes respuestas dictadas ya por las disposiciones ó genios de cada uno.

El lunes 8 muy de mañana enviamos otra vez recado á los presidentes de las dos cámaras, instándolos para que nos hiciesen recibir en audiencia; y despues de haber hecho esperar en Westminster á nuestros secretarios, como igualmente al maestro de ceremonias, hasta despues de medio dia, vinieron á anunciarnos de repente, sin que nos quedase ni medio cuarto de hora, que las dos cámaras antes de ir á comer nos recibirian, y que debíamos ir á las dos á la cámara alta y á las tres á la baja. Nos conformamos con esto, nos conferimos á la cámara alta, en la que habia muy pocos pares, como tambien á la cámara de los comunes, donde solo habia cerca 80 miembros. Despues de haber verbalmente espuesto y remitido por escrito la sustancia de nuestras instrucciones, dirigiéndonos principalmente á que se suspendiese la ejecucion del rey hasta que hubiésemos podido en una segunda audiencia ó en conferencias espuestas motivos mas poderosos para salvarle la vida, ó á lo menos no proceder precipitadamente á la ejecucion de su sentencia de muerte; nos fué respondido por los dos presidentes que nuestra proposicion seria discutida.

Los miembros de la cámara alta votaron que las conferencias para este objeto tendrian principio inmediatamente: pero como el dia estaba tan adelantado y los miem-

bros de la cámara de los comunes nos esperaban para la audiencia y se levantaban para retirarse antes que tuviésemos tiempo para conferirnos á ella, hicimos á toda prisa traducir en inglés nuestra proposicion, y la hicimos á manos del presidente de la cámara baja, y luego á las del de la cámara alta.

Con todo, habiendo visto ayer al pasar por Witehall que se hacian preparativos, segun decian, para la ejecucion, y habiendo hablado esta mañana largo tiempo con los comisionados por la corona de Escocia para conservar si fuese posible la vida al rey; en fin, continuando en pedir por medio de nuestros secretarios, ó alguna respuesta ó una nueva audiencia, hemos probado por intervencion de los comisionados escoceses de hablar aun una vez al general, y le hemos encontrado á eso del medio dia en casa su secretario en Witehall. El general por nuestras vivas y precisas instancias, nos dijo que iba al instante á Westminster, para recomendar al parlamento la contestacion y sobreseimiento que pediamos, y que á este efecto se le reunirian algunos oficiales de graduacion.

Encontramos sin embargo delante la casa en que habiamos hablado al general cerca doscientos caballos, y hemos reparado tanto por las calles como al entrar en nuestro domicilio que todas las avenidas y plazas de Lóndres estaban ocupadas por tropas, sin que por ellas se pudiese pasar, y que los alrededores de la Cité estaban llenos de caballería; de tal suerte, que no se podia entrar ni salir. Nosotros no podiamos por consiguiente hacer nada mas. Ya dos dias antes de nuestra audiencia, personas dignas de crédito nos habian asegurado, que ningun paso ni intercesion del mundo podria lograr nada, y que solo Dios podia impedir la ejecucion; esto mismo con mucho sentimiento nos habian ya dicho los comisionados escoceses. Así quedó comprobado por los sucesos, porque aquel mismo dia entre dos y tres el rey

fué conducido al cadalso cubierto de negro, levantado delante de Witehall. Su Majestad (asistido del obispo de Lóndres, quien segun se asegura, le ha suministrado al amanecer el viático, y le ha consolado), despues de haber dicho algunas palabras, ha vuelto su Jarretiere, el cordon azul y su capa, se ha quitado él mismo su ropilla, y ha mostrado mucha firmeza en toda su conducta. El mismo se colocó; le fué cortada la cabeza y levantada al aire para mostrarla á toda la muchedumbre.

Esto es lo que con sumo pesar debe anunciar á VV. AA. y PP. SS. Hemos hecho todo lo posible para cumplir la comision. Con todo, como aqui todo se cuenta de mil modos, rogamos á VV. AA. y PP. SS., que solo crean lo que nosotros decimos, pues es la pura verdad.

No nos atrevemos á escribir á VV. AA. y PP. SS. las otras noticias que sobre el particular hemos recogido, porque están tomados todos los caminos y puertos de mar. Solo añadiremos, que el rey sobre el cadalso encargó se siguiese la religion católica romana, que se acatasen los derechos del príncipe su hijo; añadiendo, que en su conciencia moria libre de haber derramado ninguna gota de sangre excepto la del conde de Strafford. Inmediatamente despues de la ejecucion del rey, fué publicada y proclamada esta por toda la ciudad á son de corneta.

Por ahora suplicamos al Todopoderoso se digne conservar á VV. AA. y PP. SS., etc.

Firmado.—ALE. JOAQUIN.

Lóndres 9 febrero de 1649.

NUM. IV.

SEGUNDO PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Con nuestro primer parte de 9 de este mes, hemos circunstanciadamente informado á VV. AA. y PP. SS., de todos los pasos que hemos dado con todos los principales funcionarios y personajes del país, como tambien de las solicitudes que hicimos, de las proposiciones que hemos transmitido públicamente y por escrito á las dos cámaras del parlamento (de lo que insertamos copia en el presente, no habiéndonos permitido el tiempo verificarlo en el anterior), proposiciones que quedaron sin respuesta, como tambien la demanda de ser admitidos á una segunda audiencia, y fueron seguidos inmediatamente de la ejecucion del rey, y la prohibicion so pena de alta traicion, de irrogarse ninguno la autoridad monárquica, ó reconocer y favorecer el gobierno del príncipe de Galles, ó de otro cualquier pretendiente á la sucesion real.

Ya antes de este suceso supimos, y despues se realizaron nuestros temores, que se ha resuelto por estas autoridades abolir del todo el gobierno monárquico, y establecer otro del todo diferente; porque se dice aquí públicamente que los descendientes del difunto rey serán sin ninguna escepcion escluidos para siempre de toda soberanía en este país, sin que se pueda percibir que especie de gobierno reemplazará al què se acaba de abolir.

Hemos tambien sabido que el parlamento ha nombrado comisionados para ir á toda prisa á Escocia, y se presume para dirigir aquel gobierno segun el de Inglaterra. Tanto en público como en secreto se asegura que

los señores de la cámara alta están muy descontentos de la ejecucion del rey, y tampoco van acordes con los comunes en cuanto á cambio de gobierno. Se cree que la Escocia quiere permanecer fiel al gobierno monárquico y sus antiguas leyes. Es difícil prever el resultado del cambio en estas dos naciones, y aunque la pública tranquilidad no se ha turbado en esta capital por la suma vigilancia de las guardias, ignoramos el estado de las provincias.

Ayer nos visitó el teniente general Cromwell, habló con mucho respeto de VV. AA. y PP. SS., se trató entre otras cosas de la religion, y dijo que con la ayuda de VV. AA. y PP. SS. pensaba establecer un nuevo sistema con mejor organizacion.

El conde Denbygh, que igualmente nos visitó ayer, habló mucho del gobierno pasado y del futuro, pero siempre en cuestion; de lo que hemos inferido que hay aun muchos negocios que arreglar, y que las medidas que se pretenden adoptar no dan ninguna luz sobre su objeto. Como el desgraciado acontecimiento de la muerte del rey pone fin al objeto de nuestra embajada extraordinaria, harémos lo posible para que nuestra mision no se muestre muy desairada, y progresen nuestras relaciones con este pais á entera satisfaccion de VV. AA. y PP. SS.

Terminadas las funciones del supremo tribunal de justicia, se han instituido nuevos tribunales extraordinarios para juzgar á los pares y otros ilustres prisioneros, como el duque Hamilton, el conde Holland, milord Goring y otros: los de menor clase serán juzgados por tribunales ordinarios; los prisioneros de guerra lo serán por la comision militar.

Entre otras cosas se trata en el parlamento de que los de nuestra nacion gocen aqui de los derechos de navegacion, comercio y fabricacion, igualmente que los ingleses. Como ya sabemos estas disposiciones se nos ha dado

á entender que se nos harian sobre este particular proposiciones.

Suplicamos al Todopoderoso conserve, etc.

Firmados.—ALB. JOAQUIN Y A. PAUW.

Lóndres 12 febrero de 1649.

NUM. V.

TERCER PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Despues de la muerte del rey hemos recibido la visita del embajador español, y las hemos devuelto al francés y á los comisionados escoceses; todos sienten la muerte del rey, aunque el francés dice que ya sabia de antemano cuanto sucedería.

El embajador de España D. Alonso Cardenas, nos ha dicho haber recibido ayer órdenes de su rey para intervenir en este negocio, pero tanto él como el francés opinan que ha finido su embajada por la inopinada muerte del rey de Inglaterra, y que no pueden mezclarse en nada hasta haber recibido nuevas órdenes. Los comisionados escoceses por lo mismo tampoco quieren obrar hasta estar debidamente autorizados por su parlamento actualmente reunido.

La opinion general es que el gobierno cambiará completamente; que la casa Real queda arruinada; que quizá se seguirá el de Venecia, ó los Estados-Unidos, ó de otra república. Sabemos que nueve miembros de los pares y diez y ocho de los comunes, se han reunido para una nueva constitucion. El 13 de este mes es el dia prefijado para la reunion en audiencia de los jueces del rey en Westminster-Hall, pero nos acaban de asegurar que

la sesion no tendrá lugar: los jueces han alegado no están bastante autorizados á este fin, que sus funciones acabaron con la muerte del rey, y que no pueden aceptar con tal prontitud una nueva comision. Continuamos sin poder atinar el resultado que tendrán estos acontecimientos. En todo debemos decir que hasta ahora no se ha turbado la pública tranquilidad.

El Todopoderoso guarde etc.

FIRMADOS. — ETC.

Londres 15 febrero de 1649.

NUM. VI.

CUARTO PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Desde nuestro último parte han sucedido cosas mas interesantes. La cámara de los comunes ha determinado que cesase de existir la de los pares; de modo que aunque sus miembros conservan los mismos títulos y son aptos para cualquiera dignidad, solo habrá en Inglaterra la sola cámara de los comunes, y los miembros de la de los pares solo serán admitidos como simples diputados nombrados por las provincias. El 17 la cámara de los comunes abolió para siempre la dignidad real en Inglaterra. Sabemos que esta cámara solo se reunirá una vez cada dos años por un tiempo limitado, y que el poder ejecutivo lo tendrán treinta ó cuarenta miembros, entre los que podrá haber unos doce pares. Esta Junta mientras descansa el parlamento representará el soberano poder. Este último no está tan definitivamente arreglado como las medidas antecedentes. La cámara de los comunes se ha completado con muchos nuevos miembros, quienes han tenido de antemano que renunciar á sus opi-

niones antecedentes. Se dice que al primer día se procederá á la eleccion de nuevos jueces del superior tribunal, los de paz y otros inferiores.

El conde Denbigh, presidente de la cámara de los pares, no habiéndonos podido transmitir un mensaje el 17 nos visitó el 18, informándonos de como se disolvió su cámara, y dándonos la respuesta á nuestras proposiciones. Despues de habérmola leído, nos dió una copia, que remitimos, y ha guardado el original para seguridad personal, añadiendo era el acto de disolucion, pues no quisieron concluir la sin dar á VV. AA. y PP. SS. una prueba de su afecto.

La cámara de los comunes nos envió igualmente al maestro de ceremonias, para decirnos que esperaban que nos presentásemos á recibir la respuesta á nuestras proposiciones. A lo que hemos contestado, que cuando la cámara nos señalase el dia nosotros iríamos.

Desde la desgraciada muerte del rey que no insistimos en recibir la contestacion, y aunque no oimos mas hablar de ella, hemos sabido que se ha publicado una fórmula de ella en la Gaceta de esta ciudad, sin que nos hayan trasmitido ninguna noticia oficial.

El 16 de este mes algunas compañías de infantería han marchado hácia Bristol, donde habrá sin duda estallado alguna revolucion contra los actos del parlamento. En todo aquí y en las cercanias se goza de tranquilidad.

Hoy han de comparecer ante el supremo tribunal de Westminster-Hall, algunos lores acusados, tales como Hamilton, Holland, Goring, Capel y sir John Ower; despues de sus interrogatorios han sido vueltos á sus respectivos encarcelamientos.

Acabamos esta suplicando á la divina Providencia, etc.

FIRMADOS.—ETC.

NUM. VII.

QUINTO PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Por los despachos que hemos visto de los comisionados de Escocia, sabemos que en aquel reino acaba de ser proclamado el príncipe de Galles por rey de la Gran Bretaña, de Francia é Irlanda, y que ya se habia espedito un extraordinario para el monarca. El parlamento inglés está muy descontento de esta medida, y mas que todo de que no se han contentado con darle el solo nombre de rey de Escocia. Las levadas de tropa se van haciendo en secreto, y su salida para Escocia es continua: se presume que han perdido mucha gente por allá. La capital continua tranquila. No nos admiraria que dentro poco hubiese treinta buques preparados, atendida la prisa que se dan en ello. Dicen que han de llegar setenta, y que tres comisionados del parlamento tomarán el mando, no se cree que lo tenga ni se menciona para ello al conde de Warvik. El último lunes, 22 de este mes, nos vino á anunciar el maestro de ceremonias, que el miércoles seriamos recibidos en audiencia para saber la contestacion á nuestras proposiciones. El miércoles sin embargo nos avisó que la audiencia seria el jueves próximo. Efectivamente, aquel dia nos vino á buscar con los carruajes de costumbre, y fuimos presentados en audiencia. Estando allí sentados nos leyeron la contestacion, á la que solo contestamos, que despues de haberla vuelto á leer la remitiríamos á nuestro gobierno; y que como pensábamos marchar en breve nos despediamos del parlamento en calidad de embajadores extraordinarios. En la cámara habia muchos mas miembros que la primera vez. El nombramiento de muchos diputados ha sido el primer cuidado de la asamblea. Los jueces del

reino fueron igualmente nombrados la última semana.

Habiendo recibido de VV. AA. y PP. SS. la orden de marchar y hechos ya de antemano los preparativos, lo efectuaremos prontamente.

Los prisioneros de estado, como el duque Hamilton, lord Goring, lord Capel y sir John Ower, han comparecido ya muchas veces ante el supremo tribunal de justicia. El primero ha alegado la declinatoria de fuero, pero no le ha sido admitida, y se le han nombrado defensores de oficio. Los otros solo atienden á su defensa. Contra lord Capel han comparecido como testigos el general Fairfax y el comisario general Ireton. Esto hace temer mucho por la suerte de tan nobles personajes.

Acabamos invocando, etc.

FIRMADOS.—ETC.

Lóndres 26 febrero de 1649.

APÉNDICE

REVOLUCION DE INGLATERRA.

APÉNDICE

Original Español,

QUE SIRVE DE COMPLEMENTO A LA HISTORIA DE LA REVOLUCION
DE INGLATERRA, ESCRITA POR MR. GUIZOT; ETRACTADO DE
LOS MEJORES HISTORIADORES.

POR

D. Fernando Gaxot.

APÉNDICE

Original Español,

LOS MEJORES HISTORIADORES,
DE INGLATERRA, ESCRITA POR MR. GUYOT, RESUMIDO DE
QUE SIRVE DE COMPLEMENTO A LA HISTORIA DE LA REVOLUCION

FOR

Francisco y Juan de los Rios

APÉNDICE

REVOLUCION DE INGLATERRA.

Capítulo primero.

Cárlos como particular. — Cárlos como rey. — Cromwell.

Si consideramos á Cárlos I como hombre particular, le encontraremos digno de elogios; le veremos buen esposo, buen padre y buen amigo. Dotado de una sensibilidad y penetracion exquisita, tal vez hubiera podido labrar su felicidad si hubiese sido menos condescendiente en escuchar consejos apasionados, y en entregarse á unas esperanzas poco fundadas y quiméricas. Nadie puede poner en duda su valor personal, manifestado en muchas circunstancias críticas en que se encontró durante el curso de su vida. Se le ha visto presentarse solo ante la acalorada cámara de los comunes, hablar allí con dignidad, y grangearse respeto de los mismos diputados mas enardecidos. Se le ha visto atravesar sin escolta las calles de Lóndres en medio de la conmocion popular, dirigirse á la municipalidad, y penetrar solo en las casas de los conocidos demagogos, inspirando con esto un sentimiento de ve-

neracion á la muchedumbre. Se le ha visto en el campo de batalla, que despues de haber visto acuchilladas sus mejores tropas, queria arrojarse todavía á la cabeza de su guardia para empeñar de nuevo un combate mortífero en que debia sucumbir. Por último, delante de sus acusadores y jueces, en sus últimos momentos y á vista del patíbulo, nunca le abandonó la serenidad mas completa. Carlos, pues, atendidas sus dotes personales, hubiera sido digno de encomios como á particular.

Como rey, no puede la historia echarle en cara injusticias, atropellamientos ni crueldades; pero se habrá observado su irresolucion, su timidez en tomar algun partido, y su incapacidad en determinarse á un trance decisivo. Tambien se habrá echado de ver su carácter débil y contempORIZADOR, defectos peligrosísimos ciertamente, y mas todavía en las circunstancias críticas que le rodearon. Fácilmente hubiera podido apoderarse de los cinco miembros del Parlamento, á quienes habia hecho acusar de traicion; habia ya dado los primeros pasos, y sin embargo se detuvo en mitad de la carrera, cuando necesitaba mas vigor fué precisamente cuando le depuso: era de este modo como hacia inútil toda prevision, desbaratando los planes mejor concebidos. Muchas coyunturas pudo aprovechar para arreglar sus disensiones con el Parlamento; pero á lo mejor queria llevarlo todo al último extremo, y solo lograba cansar á sus mas adictos, perderse en la opinion pública, acarrear nuevos odios, y ser causa de que el partido republicano tomase un incremento poderoso.

No así Cromwell. A poco se vió acometido de doscientos levellers , secta fanática que decia no querer reconocer otro general que á Jesucristo. Habia llegado para aquel usurpador el momento de la energía ; mandó á los levellers que se separasen ; no quisieron obedecer. Entonces Cromwell dió sobre ellos, postró dos á sus pies, y mandó ahorcar incontinentemente á los motores de la rebelion y encarcelar á otros. Así fué como Cromwell subió al trono, y Cárlos murió en un cadalso.

Si Cromwell hubiese tenido menos talento hubiera sin duda sucumbido á poco de haber llegado al apogeo de su gloria. No bien se hubiera visto en el poder, cuando hubiera resbalado , precipitándole á un abismo su misma temeridad. Pero Cromwell no era un hombre comun, y á medida que las circunstancias y la fuerza de los acontecimientos le fueron elevando, tambien se elevó su genio, tambien supo ponerse al nivel de los sucesos , sin que se agotasen los recursos de una imaginacion fecunda y de una profundidad prodigiosa. Supo sentar con firmeza el pie , aunque al principio ocultó sus proyectos, y se colocó con altivez. Quizás puede con razon decirse de Cromwell lo contrario que de Cárlos I. Como hombre privado adolecia aquel de vicios capitales ; pero, colocado en el poder, para el que le llamaba el destino , pocos hombres han desplegado mayor capacidad. Seguirémos bosquejando la historia de su dominacion y de los sucesos posteriores á la muerte de Cárlos, y se verá que no son infundados nuestros asertos.

Capítulo segundo.

Actos del parlamento despues de la muerte de Cárlos I. La cámara alta.—Ereccion de un nuevo tribunal.—Preparativos del hijo de Cárlos.—Sus penalidades entre los Escoceses. — Victoria de Cromwell. — Cárlos II fugitivo.—Engrandecimiento del Usurpador.

Los setenta miembros del parlamento que habian llevado á cabo el proceso de Cárlos hicieron un llamamiento á los que habian sido escluidos , brindándolos á reunirse á ellos , pero con la condicion de firmar todo lo ejecutado. Nombróse un consejo de treinta y tres miembros , encargado de preparar los asuntos que se debian presentar á la asamblea. Se prohibió con pena de muerte reconocer por rey á Cárlos Estuardo , y fué declarado que en adelante se gobernaria el estado en forma de república por los representantes del pueblo sentados en la cámara de los comunes , y quedó como se ha visto estinguida la cámara de los pares.

La cámara alta merecia ciertamente tal despido. Desde los asomos de la revolucion su marcha habia sido floja , vacilante é indiscreta. No habia osado ponerse al frente del movimiento para guiarle , ni resistirle de frente en defensa de las prerogativas del trono. Tampoco se habia formado un justo medio para atrincherarse en él , sofocar las ardorosas

exigencias de los partidos, acallar el grito de las pasiones, atraerse la estimacion pública, y dominar por fin. Su sistema, dado que lo fuese, de contemporizacion y de debilidad consistia en estar situada entre el trono y el pueblo, dando cara á aquel cuando este le arremetia, y descansando las armas en los momentos en que con mas ahinco hubiera podido trabajar para el bien comun. Era grande en toda Inglaterra su prestigio antes de la revolucion, y aun durante el transcurso de esta; pero, á pesar de todo, no supo aprovecharse de ello. No nos admiremos de consiguiente que pudiese con tanta facilidad desaparecer de la escena política un cuerpo tan respetable como la cámara de los lores.

Dueños del campo los comunes, erigieron un tribunal de justicia, del que nombraron por presidente á Bradshaw. Los actos de este tribunal, llamado *de sangre*, se redujeron á la condenacion de seis nobles distinguidos, acusados de haber tomado las armas contra el parlamento, sin embargo de que solo lo habian practicado en un tiempo en que todavía no estaba prohibido prestar obediencia al rey.

No bien supo el hijo mayor del desventurado monarca la desgraciada muerte de su padre, tomó en Holanda mismo, donde habia buscado un refugio, el título de rey. Tendria entonces diez y ocho años, y se le juntaron los proscritos, que formaron un consejo, y mantenian secretas inteligencias en Inglaterra. Resolvió pasar primero á Irlanda, y mientras hacia sus preparativos, creyendo los Escoceses borrar la mancha de oprobio que habian contraído entregando á Cárlos á la mas leve insi

nuacion de los Ingleses , hicieron al hijo proposiciones para entregarle la corona , y él las aceptó , aunque no eran muy halagüeñas en punto á las prerogativas reales.

Pero hubo de pesarle al jóven príncipe la sinceridad con que se entregaba á manos de sus adictos. Dominaban enteramente en aquel reino los puritanos , y aun sus ministros ejercian predominio sobre el ejército. El hijo de Cárlos se hallaba continuamente cercado , porque le obligaban á asistir á sus oraciones y sermones ; en estos le hablaban con exaltacion casi siempre de la tiranía de su padre , y llamaban en alta voz idólatra á su misma madre.

Ni le adulaban á él tocante á sus defectos , antes se los echaban todos en cara , acusándole de ligereza , de indevocion y de otras inclinaciones que á su parecer indicaban un fondo de perversidad y de malicia. Hacíanle observar el domingo con mucho mas rigor del que ponian los judíos en la observancia del sábado. Eran notados sus menores gestos ; si se sonreia , ó daba á entender que le cansaban tan pesados ejercicios , entonces se le reprendia con la mayor severidad.

Agregábase á esta situacion penosísima que no era dueño de sí mismo , ni podia llamarse señor en el seno del consejo ni en el del mismo ejército. Aquellos hombres fanáticos , que decian estar inspirados del Espíritu Santo , querian abarcarlo todo á la vez , así en lo civil como en lo religioso , así en el consejo como tocante á la direccion de las operaciones militares. Así es que impelieron á los generales de Cárlos á emprender unos movimientos im-

prudentes, que redundaron en gloria de Cromwell, quien se prevalió de ello para aumentar los lauros que habia conseguido en los campos de batalla.

Entretanto este general se habia hecho proclamar generalísimo de los ejércitos del Parlamento, y se podia llamar ya dueño de la Gran Bretaña. Deshizo y arrolló cuantas bandas realistas existian todavía; estrechó á los Escoceses con su príncipe á la cabeza, y por último supo obligarlos cerca de Worchester á dar una sangrienta y general batalla en que los venció. Igual era el furor de los combatientes; animaba á los unos la presencia de Cromwell, siempre victorioso, siempre aterrador, y á los otros el tener á su lado al hijo de aquel Cárlos á quien habian conducido al cadalso y cuya afrenta se pintaba al vivo en todas las imaginaciones. Cárlos hizo en ella prodigios de valor, pero el talento militar y la fortuna asistian á Cromwell, y aquel tuvo que huir viéndolo perdido todo y costándole infinito buscar un refugio.

Hubo de necesitar toda la bondad del pais para no caer en manos de sus perseguidores. Diéronle noticia de una casa aislada, habitacion de un hacendado francés que se llamaba Penderel. Por entre veredas y caminos intransitables llegó á ella, hizo que le cortasen el cabello, trocó sus vestidos por los de un paisano, se entregó como otro cualquier colono á las trabajosas tareas del campo, durmió con sus supuestos compañeros en la paja, y se mantuvo como los otros con groseros alimentos á fin de no ser conocido.

Los soldados de Cromwell le seguian la pista, batiendo los bosques, registrando lo interior de las mas recónditas selvas, desvelándose de dia y de noche, haciendo infinitas pesquisas, y lisonjeándose á cada paso de poder lograr su objeto. Cierta dia que las tropas andaban siguiendo de cerca los pasos del príncipe, no tuvo este otro recurso que subirse á una altísima encina. Allí se estuvo por espacio de un dia y una noche lleno de mortal zozobra como se deja presumir, viendo pasar por debajo á los que le perseguian, y oyendo los ardientes votos que hacian para encontrarle.

Al cabo de algun tiempo empezó á menguar el furor de la persecucion y las pesquisas, y solo entonces se decidió Cárlos á salir del asilo que debia á un francés, y se fué acercando á las costas del mar.

Materia tendríamos para una obra larga si quisiésemos seguir una á una las aventuras que le acaecieron en todo género de disfraces. Como su edad favorecia el disfraz de muger, le adoptó por algunos dias; sucediéndose unos á otros los lances de su peregrinacion de un modo extraordinario, y en que podria esplayarse un buen novelista. Algunos llegaron á sospecharle, y por esto se veia continuamente en apuros; otros le reconocieron, pero sin serle traidores; y al cabo de cuarenta dias de inquietudes y angustias, de trabajos y penalidades, llegó por fin á la ribera del mar y pudo embarcarse para Francia.

La fortuna esparcia sus flores por delante de los pasos de Cromwell, y las últimas victorias habian puesto el sello á su engrandecimiento y poderío.

Atónita la muchedumbre seguía silenciosa el camino que él señalaba, y nadie parecía recordar que la causa de la revolución había sido descartarse de la tiranía. ¡Singular prestigio el del hombre grande, que sale del seno de las revueltas intestinas, asoma esplendoroso y triunfante, se eleva como un coloso de la creación, domina todas las voluntades y los albedríos, y acaba por hacer doblar el cuello á una férrea coyunda á los mismos que se habían sublevado furiosos á vista del menor acto de arbitrariedad! Y es que una prolongada guerra gana al pueblo por cansancio todo en favor del aventurero mas osado y de mas talento. La generación existente se aburre de tanto destrozo y carnicería, y finalmente se arroja en brazos del primero que promete paz interior y sosiego público. Pero este debe estar asistido de un talento extraordinario que todo lo abrace, de una penetración suma que todo lo trasluzca, de una alma de fuego capaz de mandar y de hacer cumplir estrictamente sus mandatos. De otro modo su elevación sería efímera, se habría sublimado para dar después una estrepitosa caída y hacer que volviese el estado á sus anteriores vaivenes.

En el seno de las revueltas intestinas, la nación ó sean los propietarios, los comerciantes, los labradores y en general todos los hombres industrioses, y aun el mismo pueblo, al desear poner fin á los horrores y calamidades públicas, parece que dirigen toda su atención á los acontecimientos por si descubren un genio capaz de ponerse al frente del siglo, un genio capaz de mandar, de dominar todos los partidos, de hacer desaparecer el estrago y con-

solidar la paz. Por esto á la menor acción de guerra ventajosa , ó que parece ofrecer consecuencias decisivas , todos saludan al gefe venturoso , todos ponen á las nubes su talento , sus conocimientos , su valor y bizarría , todos están prontos á acatar el númen superior. Este númen es el que se busca , porque se necesita ; este es el poder invocado , y el que lo avasalla todo : así le sucedió á Cromwell. Cárlos I levanta un ejército formidable , pero Cromwell lo aterra ; Cárlos I mantiene la division entre los liberales , pero Cromwell se apodera del rey y le hace conducir al patíbulo ; la Escocia se levanta contra el regicida , y Cárlos II se pone á la cabeza de los sublevados ; pero Cromwell arrolla completamente á los escoceses y á Cárlos II. Entonces , llena de admiracion la Gran Bretaña , cae á los pies del genio predilecto , y le dice : « Tú mandas. »

Capítulo tercero.

Se alarma el parlamento.— Cromwell le disuelve.— Nuevo parlamento ó sea sombra de él. — Tambien es disuelto. — Poder del Usurpador.

Empezaba el Parlamento á mostrarse sobresaltado por demas á vista de los ruidosos triunfos conseguidos por Cromwell; así es que ocultamente se tramaban proyectos contra su persona. Pero era demasiado fecundo en expedientes para que pudiese escapársele de entre manos el fruto de la victoria, despues que le habia costado el conseguirla tantos años de afanes, de combates y penalidades. Habíase acercado á Lóndres el ejército, y á favor de secretas maquinaciones logró al cabo desavenirle del todo con el parlamento, procurando hacerle presentar peticiones á las que aquel por ningun estilo podia dar su consentimiento.

La negativa de consiguiente fué la señal de un ataque duro y terrible, ataque audaz que ha sido tambien imitado á su vez por el genio militar de nuestro siglo. Cromwell habia previsto aquella negativa, y sin detenerse un instante, sin querer recurrir á nuevas instancias ni proposiciones, decídense de repente, toma la resolucion de presentarse al parlamento escoltado de sus principales oficiales; guarnece el atrio, las escaleras y las puertas, dejan-

do en cada una un escogido reten; entra en la cámara pintándose la indignacion en su semblante; separa al presidente de su sillón, y se coloca en él.

Tenia á su lado uno de sus mas familiares confidentes, y volviéndose á él le dijo en voz baja y con misterio: «Me es forzoso hacer un acto á cuya sola imaginacion se me erizan los cabellos: es la disolucion del Parlamento.» Hízole su adicto algunas reflexiones acerca de que meditase lo que hacia en punto de tan alta importancia. «Sobrado lo conozco, respondió Cromwell, pero jamás volverá á presentarse otra mas favorable coyuntura.»

Andaba al parecer examinando el semblante y los ademanes de aquellos representantes de Inglaterra; y como advirtiese que al verse rodeados de tropas bien dejaban entrever el temor que la indignacion, ya no titubeó un momento: levantóse, reprendió viva y ásperamente á los miembros del parlamento, echándoles en cara su ambicion, sus vejaciones, sus robos y sus atrocidades: y después de una catilinaria furibunda dió una fuerte patada. Al instante, como á una señal convenida, penetraron los soldados en el recinto; entonces fué cuando concluyó Cromwell su perorata. «Idos, idos, esclamó; abandonad para siempre estos asientos que servirán para ciudadanos mas honrados. Desde ahora dejais de constituir el parlamento; el Señor, que ya no os necesita, ha elegido otros instrumentos mas dignos para que trabajen en su nombre.» Al pasar uno de los miembros por delante de él, le asió de la corbata y le dijo, *anda, eres un torpe*. A otro le llamó *adúltero*, á otro *borracho*, y á los restantes

conforme iban pasando los motejaba á su modo con los primeros nombres que le venian á la lengua.

A un soldado que por casualidad vió á su lado le mandó tomar la maza del presidente de la asamblea, símbolo de autoridad de la misma; acabó de despedir rudamente hasta el último de los miembros de la cámara, y en seguida tomó las llaves, cerró tras sí la puerta del salon y guardó la llave del mismo en su bolsillo. De este modo, aquellos orgullosos miembros del parlamento, esos hombres que pocos momentos antes se reputaban soberanos de Inglaterra, fuera de sí de estupor, llenos de vergüenza y de confusion, fueron á escurrirse silenciosamente entre la muchedumbre que á las puertas estaba aguardando el resultado, y se confundieron al momento en medio de la plebe para no ser conocidos y escapar á las miradas de investigacion.

Triunfo era este muy extraordinario, y obtenido con una facilidad inconcebible. Enhorabuena que la fuerza brutal hubiese logrado alejar de aquel sagrado recinto á los representantes del pueblo; enhorabuena que estos se hubiesen visto perseguidos, aherrrojados, encarcelados: pero, que no se levantara siquiera una voz para llamar tirano á Cromwell, que todos obedeciesen como sumiso rebaño al mandato de hierro de un solo hombre, esto no puede menos de llenar de admiracion al observador mas imparcial. Precisamente, ó debia ser poderosa é irresistible la magia de las palabras de Cromwell, y su ascendiente prodigioso, ó debe confesarse que aquel parlamento no merecia representar á la Inglaterra. Y si los representantes del pueblo daban

tal ejemplo de degradacion y vilipendio, no debe estrañarse seguramente que la nacion acatase al usurpador, porque aquellos son la verdadera avanzada de los pueblos libres, y si en vez de dar el grito de alarma se entregán sin murmurar siquiera, de ellos es la culpa si se pierde todo, ellos son quien abre el paso á la tiranía, sea cual fuere la máscara que la encubra.

Desde esta época hubiérale sido fácil á Cromwell condecorarse con el título del poder supremo de que realmente gozaba. Sin embargo, no queria perderse por precipitado, y prefirió hacerse desear, aguardando otra mas favorable coyuntura. Para esto tomó un buen medio. Tuvo un consejo de los principales oficiales, y en él hizo establecer, que para la administracion del estado se crease en adelante un nuevo parlamento. Se decidió así, y se prefijó á ciento cuarenta el número de los miembros. Por anomalía rara y singularísima, el que se proclamaba republicano tomó á su cargo la eleccion de aquellos miembros, y por cierto supo escogerlos de entre los mas groseros é ignorantes de la hez del pueblo: pero al mismo tiempo eran fanáticos hasta lo sumo.

Ante todo invocaron por preludeo por medio de la oracion las inspiraciones del Eterno, y encargaron casi todos los cuidados á diez de ellos á quienes se pueden llamar verdaderamente alucinados. Necesariamente el historiador ha de perder su gravedad al contar esos hechos estravagantes, esas miserables parodias de una representacion nacional con que parecia que se insultase á todo el pueblo inglés.

Aquellos diez miembros hicieron como que llamaban al Espíritu Santo, y dijeron que lo habían hecho con tal felicidad, que según su aserto jamás se había aquel Espíritu comunicado á los hombres tan visiblemente. Diéronse mutuamente nombres extravagantes que tomaban del antiguo testamento, ó se componían ellos mismos con frases de los sagrados libros: uno se llamaba Zorobabel, otro Abacuk, otro Mesopotamia, este Aleluya, y así sucesivamente por el mismo estílo. Si comparecía alguien á su presencia para hablarles de negocios, quedaba lleno de admiración al oír su lenguaje místico, y no entendía nada de cuanto le contestaban.

Los holandeses reconocieron la república, y deseosos de establecer con ella un tratado de alianza, se dirigieron con estas esperanzas á aquel consejo, ó llámese sombra de parlamento, é hicieron su demanda; pero sólo lograron una contestación la más extraña y ridícula. « No sois más, les respondieron aquellos consejeros, que unos hombres carnales y mundanos que sólo pensáis en comerciar y dedicaros á la industria. Los santos, y los hombres poseídos del Señor, en vez de firmar con vosotros ninguna especie de alianza así defensiva como ofensiva, sólo deberían pensar en esterminaros. »

Generales eran las quejas contra esta especie de parlamento. No sólo de todas las provincias, si que también de fuera del reino levantaban el grito para que de una vez se quitase de en medio de la escena política á unos entes que sólo podían llamarse la deshonra de la Gran Bretaña. El mismo Cromwell no pudo menos de aparentar que los hombres que

habia escogido le avergonzaban con sus disparates y desbarros. Esta era la coyuntura favorable para que el usurpador se descartase de la única sombra de parlamento que todavía existia: y por cierto supo aprovechar la sazón. Así es que dispuso que algunos de sus paniaguados mas adictos le aconsejasen disolver aquella reunion ó consejo.

La mayor parte de los miembros de este estaban en el secreto, y se reunieron cierto dia en gran número: sin esperar á que llegasen sus compañeros decidieron y pasaron en efecto á resignar en la persona de Cromwell la especie de autoridad que este les habia confiado. Los restantes, á quienes no se habia prevenido acerca del particular, estuvieron muy distantes de aprobar este paso, antes continuaron en sus reuniones.

Pero Cromwell habia formado sus proyectos, y era llegado el momento para él de hacer el último esfuerzo para el logro de su fines. Envió á los renitentes un coronel, con algun destacamento de tropa, y este al entrar les dijo: «¿Qué estais haciendo aquí—A lo que contestaron:—Nos hallamos aquí para buscar al Señor? Hace mucho tiempo que ya no está aquí, les replicó el coronel; id á buscarle en otra parte.

Al oír estas palabras se levantaron sin resistencia los estúpidos miembros del parlamento, y se salieron abandonando para siempre el lugar de sus reuniones. Destruido este simulacro de autoridad, poco tardó el ejército en conferir el poder soberano al usurpador, y le declararon protector de la República de Inglaterra, se le dió el título de Alteza, y

se le hizo tomar solemnemente posesion de Withehall, antiquísimo palacio de los reyes de la Gran Bretaña.

En fuerza de aquel nuevo título pertenecía á Cromwell toda especie de autoridad, así política como militar, en razon de que admitiéndose un antecedente no debia negarse al consecuente. Sin embargo, le fué limitada al protector esta potestad indefinida poniéndosele algunas restricciones, á las que él pareció acceder gustoso, sin duda porque pensaba que la fuerza de las circunstancias seria tan imperiosa que lograria hacer que se allanasen delante de él todos los obstáculos. Poco tardó en establecer un supremo consejo vitalicio compuesto de veinte y un miembros nombrados por él mismo como si esto fuese una prerogativa de su cargo. Al propio tiempo logró que se le concediese una facultad estensa é indeterminada de nombrar á los que hubiesen de reemplazar á los individuos de este consejo que sucesivamente fuesen faltando. Se obligó cada tres años á juntar un parlamento, y la duracion de este se fijó á cinco meses sin que pudiese tener lugar prorogacion alguna.

Para atender á la defensa del estado, se le concedió un ejército de veinte mil infantes y diez mil caballos.

Al verse rodeado de tales ventajas, y generalmente acatado de todos los ingleses gobernó con arbitrariedad, pero procurando siempre la gloria de la nacion cuyos destinos tenia en sus manos. Era rígido en extremo, pero amaba la equidad en alto grado, y esto le grangeó la estimacion pública. La

Escocia y la Irlanda tuvieron que ceder al ascendiente poderoso del hombre grande que supo domar su orgullo.

Por este tiempo fué respetado el pabellon británico en todos los mares ; se estendió considerablemente el comercio de la Inglaterra ; todas las naciones se apresuraron á acatar al protector, y era él quien dictaba las condiciones de alianza con los demas pueblos.

Ocultaba la familia real en diferentes asilos tomaba á gran merced de que á los príncipes que la concedian proteccion no se les obligase á que la arrojasen de sus estados. El jóven Cárlos II recorría como desgraciado fugitivo el reino de Francia, la Holanda y la Alemania, ocultándose en todas partes , y dando trémulos pasos, como si temiese que le descubriesen los emisarios del usurpador.

Todavía le quedaban partidarios en Inglaterra al hijo del monarca decapitado : todas las victorias de Cromwell, toda la gloria que le rodeaba, no habia podido borrar de los ánimos el recuerdo de la monarquía , ni de los corazones el afecto á la legitimidad. Desgraciadamente , á pesar de los consejos que daba el príncipe á sus partidarios , se arrojaban estos á empresas muy aventuradas y temerarias que les salieron mal , logrando solo atraer sobre sus cabezas los golpes de la indignacion del usurpador, que se manifestaba fuerte y poderoso en el seno de todos los embates : los desgraciados veian confiscados sus bienes , eran desterrados , deportados , encarcelados , y algunos de ellos ajusticiados.

Cromwell estaba afianzado ya de un modo sólido

en la cumbre del poder, y dudó por algun tiempo si dejaria el título de protector para tomar el de rey. El cambio era en extremo halagüeño : ¡ eso de ser llamado majestad suena tan bien á los oídos de los ambiciosos ! Aquel nombre tiene una especie de magia para los corazones devorados de la sed del mando ; paréceles que con llamarse rey se justifican todos los actos, son lícitas todas las arbitrariedades, y no hay oposicion capaz de hacer frente á la fuerza irresistible de aquel nombre que cuenta siglos de existencia. La tentacion era poderosa.

Sin embargo el usurpador prefirió y retuvo el nombre de protector , porque tenia visos de una potestad nueva , indefinida por tanto y á la que podia darse toda la fuerza y estension que necesitase , cuando si hubiese preferido el dictado de rey tenia que ceñirse á los privilegios conocidos , y no pocas veces restringidos por leyes que le hubiera sido en extremo difícil violar.

Capítulo cuarto.

Reformas practicadas por Cromwell. — Sus subterfugios para evadir la voluntad del parlamento. — Conducta de Cromwell. — Descontento. — Su desgraciada existencia. — Su muerte. — Sucédele su hijo Ricardo. — Abdicación de este. — Ejemplo anterior de Cristina de Suecia.

DESDE esta época hizo el protector en todos los ramos de la administracion pública las mudanzas que le convenian. Guiábale sin embargo como buen inglés el deseo del bien de su nacion, y en honor de la verdad debe decirse que este fué constantemente el norte de su conducta : así fué que cuantas reformas emprendia todas redundaban en conocida ventaja de la república. Esta declaracion del historiador honra seguramente mas á Cromwell que todas sus victorias, que todo el afecto que le profesaba el ejército y que toda su politica. Hemos dicho que se habia procurado poner algunos límites á su voluntad, pero tambien es cierto que estas trabas le detenian muy poco, y era harto ducho para no saber eludir las oposiciones cuando no podia vencerlas. Bien es verdad que á veces se valia de medios harto duros para el logro de sus fines. Había convocado hasta tres parlamentos. Uno de estos se afanaba por conseguir una decision que el protector su aferraba en negar. Por esto procuraba dar largas al asunto, y en vano se le instaba para

que le activase: la legislatura debía durar cinco meses y ya solo faltaban cinco días para completarla, y sin embargo nada se había conseguido. Quería el parlamento hacer el último esfuerzo, pero, precisamente cuando menos lo esperaba, Cromwell lo disolvió señalando por toda razón que habían concluido ya los cinco meses, puesto que los meses de legislatura del parlamento debían contarse como los del ejército, que constaban únicamente de veinte y ocho días.

Tan ridículos subterfugios producían solo el mismo desagrado que los golpes de autoridad. Así es que se murmuraba altamente de tales medidas, que nada era capaz de cohonestar. La paz que gozaba la Inglaterra no era de muy buen agüero para el protector, en razón de que como ningún objeto externo traía ocupada la atención pública, sucedía que el pueblo se empleaba en pensar en asuntos del gobierno, y así mismo se introducía diariamente el descontento en el ejército.

En otro tiempo, cuando Cromwell meditaba sus atrevidas empresas, los golpes de estado que debían producirle ventajas de consideración, siempre acostumbraba hacer que durmiesen en su palacio aquellos individuos, ordinariamente de la clase de sargentos y cabos, en los que reconocía una influencia mayor entre los soldados. Concluido el acostumbrado rezo y las exhortaciones que les dirigía, platicaba familiarmente con ellos, le hablaba de sus proyectos, y procuraba inculcarles los principios religiosos y políticos que convenían á sus fines particulares. Esta táctica le procuraba tener constante-

mente adicto al ejército, lo que ciertamente no era una ventaja de poca consideracion.

Pero, en cuanto se hubo levantado á esfera mas superior, y así que hubo logrado casi enteramente el fin de sus deseos empezó á mirar con desprecio á los mismos que antes eran sus favoritos, y hasta llegó á quitar sus destinos á los mismos á quienes los habia prodigado. Tamaño proceder irritó sobremanera á todos sus antiguos entusiastas, y el protector advirtió en ellos bastante encono para temer que le asesinasen.

Aquí empieza la existencia verdaderamente desgraciada de aquel hombre célebre. En ninguna parte se encontraba seguro; llegaba á temer á algunos miembros de su misma familia, á quienes habia procurado inspirar el mayor horror contra la autoridad absoluta cuando todas sus ideas se encaminaban á quitársela al rey, y que hoy dia viéndole constituido en déspota le odiaban sobremanera. Así sus hijas como sus yernos le echaban en cara su ambicion, y le reprendian por ello altamente sin ninguna especie de miramiento. Y llegaba algunas veces á tal puntó la amarga crítica de los suyos, que no podia menos de temer por sus dias; cosa que heria muy vivamente su imaginacion y daba á todas sus acciones la señal del terror que le perseguia al modo de un espectro pavoroso.

No se atrevia siquiera á salirse de su palacio para ir á dar un corto paseo; le alarmaba de un modo extraordinario la sola presencia de un desconocido; llevaba constantemente encima un par de pistoletes, y debajo de sus vestidos una fuerte cota de malla,

Si le acontecia tener que hacer un viaje , jamás se le vió volver por el mismo camino por el que se fué; cuando tenia que presentarse en público , lo hacia siempre rodeado de una guardia numerosa. Ninguno supo jamás en que pieza de palacio debia pasar la noche , puesto que no durmió en ninguna de ellas tres noches seguidas. Cuando llegaba la hora de cerrar las puertas esta era una operacion que á nadie confiaba: el protector, el dueño de Inglaterra, aquel á quien obedecian muchos millones de ciudadanos, era el que corria los cerrojos del palacio , y colocaba las centinelas.

Vedle en lo mas profundo de recóndita estancia , poniendo atento oido al menor movimiento , los ojos desencajados , detenida la respiracion para oir mejor cualquier ruido , mirando agitadamente al rededor de sí , examinando con minuciosidad todos los objetos , y aterrado á vista de su misma sombra : ¿qué hombre obcecado podrá envidiar jamás una autoridad comprada á tanta costa?

Murió Cromwell el 13 de setiembre de 1756 á la edad de cincuenta y cinco años segun afirma Voltaire , pero segun otros á la edad de cincuenta y nueve , en medio de los proyectos que hacia para el afianzamiento de su poder y para la gloria de su nacion. Habia humillado la Holanda , impuesto las condiciones de un tratado al Portugal , vencido la España , y obligado á la Francia á romper su alianza. Poco despues , añade Voltaire , sabiendo el orgullo que habian demostrado en Lisboa sus almirantes , habia dicho : « Quiero que sea respetada la república inglesa tanto como lo fué en otro tiempo

la romana. » Los médicos le anunciaron su muerte. No puede asegurarse si es cierto que en aquel momento la echó de entusiasta y de profeta, respondiendo que Dios haría un milagro en su favor. Thurlow, su secretario, afirma haberles contestado: « La naturaleza puede mas que los médicos. » Estas palabras no son de un profeta, sino de un hombre muy sensato. Tal vez, íntimamente convencido de que los médicos podían engañarse, quiso para el caso que lograse sanar, grangearse entre el pueblo la gloria de haber predicho su cura, hacerse de este modo mas respetable, y aun si puede decirse mas sagrado.

Fué sepultado con todos los honores de un monarca legítimo; profunda fué la tristeza entre todos los amantes de las glorias de Inglaterra, y dejó en Europa la reputacion de un hombre intrépido, ora fanático, ora astuto, pero siempre usurpador que supo reinar.

El caballero Temple pretende que Cromwell queria antes de su muerte unirse á la España contra la Francia, y conquistar Calais con el auxilio de los españoles, así como habia adquirido Dunquerque de manos de los franceses. Ningun proyecto era mas peculiar á su carácter y á su política. Hubiera sido el ídolo del pueblo inglés, despojando de este modo una tras otra á dos naciones igualmente odia-
das de la suya. La muerte dió al traste con sus gigantescos planes y su tiranía, y al propio tiempo dejó por algun tiempo aletargada la grandeza de la Inglaterra. Debe notarse que en la corte de Francia, que se habia demostrado tan adicta á Carlos I, se

llevó luto por el usurpador. Hasta el último suspiro estuvo mandando, y su orden postrera fué que se colocase en su lugar á su hijo Ricardo.

Esta disposicion del hombre grande fué cumplida, prueba incontestable de su inmenso ascendiente, capaz de hacerse obedecer desde el sepulcro. Ricardo Cromwell sucedió pacíficamente y sin contradiccion al protectorado de su padre, al modo que un príncipe de Galles hubiera sucedido á un rey de Inglaterra. Pero, demostró hasta la evidencia que no pocas veces depende de un solo hombre el destino de un imperio.

Tenia un carácter altamente opuesto al de Oliverio su padre: estaba dotado de toda la dulzura de las virtudes civiles, pero carecia de aquella intrepidez feroz que todo lo sacrifica á sus intereses. Fácilmente hubiera conservado la herencia adquirida trabajosamente por su padre, si se hubiese querido deshacerse con la muerte de tres ó cuatro principales oficiales del ejército que se oponian y clamaban contra su elevacion.

Sin embargo, prefirió abandonar el mando antes que reinar por medio de asesinatos; vivió como particular, y aun ignorado, hasta la edad de noventa años dentro del mismo pais donde hubiera podido tener en sus manos el poder, siendo acatado y obedecido como soberano.

Viajó por algun tiempo por Francia, y es bien sabido que en Montpellier, hablándole cierto dia sin conocerle el príncipe de Conti, hermano del gran Condé, le dijo: « Oliverio Cromwell era un hombre grande, pero su hijo Ricardo es un miserable por

no haber sabido gozar del fruto de los crímenes de su padre.» A pesar de esto, Ricardo fué un hombre dichoso, y su padre no habia conocido un momento la felicidad.

Tambien algun tiempo antes habia visto la Francia un ejemplo muy memorable del desprecio de una corona: Tambien recibió en su seno á Cristina reina de Suecia. Admiróse en ella á una reina que á sus veinte y siete años habia renunciado á la soberanía de que era digna y habia querido vivir libre y tranquila. No es muy honroso para los escritores protestantes haber osado afirmar sin la menor prueba que ella solo dejó la corona porque ya no podia retenerla. A los veinte años habia formado ya aquel noble desigñio, y lo meditó por espacio de siete años. Tamaña resolucion, tan superior á las ideas vulgares, y por tanto tiempo meditada, debia confundir é imponer silencio á los que le echaban en cara su ligereza y una abdicacion involuntaria. Una de estas imputaciones destruye á la otra: pero, acontece constantemente que todo cuanto es grande es atacado por los espíritus enanos. Para conocer el genio verdadero de esta reina no hay mas que leer sus cartas. En la que dirigió á Chanut, entonces embajador de Francia, junto á su corte, decia: « Poseo sin fausto, y abandono sin pesar. Bajo este supuesto no temais por mí, pues mi patrimonio no está en el dominio de la fortuna. » Y he aquí lo que escribia al príncipe de Condé: « Me tengo por tan honrada con vuestra estimacion como por la corona que he llevado. Si por haberla abdicado me juzgais menos digna de ella, confesaré que he com-

prado á mucha costa el reposo que tanto he deseado ; con todo esto no me arrepentiré de haberle comprado al precio de una corona , y jamás con un cobarde arrepentimiento mancharé una accion que me ha parecido bella. Si sucediera que condenaseis mi comportamiento, os diria por toda excusa que no me hubiera descartado de los bienes que me dió la fortuna si los hubiese creido necesarios á mi felicidad, y que hubiera aspirado al imperio del mundo si hubiese estado segura como el gran Condé de alcanzarlo ó morir en la demanda. » Tal era el alma de esta singular princesa ; tal era su estilo. Sabia ocho lenguas , habia sido discípula y amiga de Descartes, que murió en su palacio de Stocolmo, no habiendo podido obtener una pension en Francia, donde llegaron á ser proscritas sus obras. Habia Cristina procurado atraer á Suecia á cuantos podian ilustrarla , y el pesar de no haber encontrado consejeros entre sus súbditos no la hacia muy grato reinar sobre un pueblo de soldados. Creyó ser preferible vivir familiarmente entre hombres pensadores, que mandar á otros sin bellas artes y sin genio. Aquellas las habia cultivado ella en un clima donde casi eran entonces desconocidas : su primitivo plan era retirarse en medio de ellas á Italia. Solo entró en Francia de paso, porque allí solo empezaban á nacer las artes, y su gusto la fijaba en Roma. Con este objeto se separó de la religion luterana para entrar en el gremio de la católica ; iba á pasar la vida entre un pueblo nuevo, y abrazó una nueva religion. Nosotros nos complacemos en hablar de ella al tiempo que hemos hablado de Ricardo Crom-

well, porque ambos obraron seguramente á impulsos de un mismo sentimiento de magnanimidad y de heroismo.

Capítulo quinto.

Junta de seguridad.—Nuevo Parlamento.—Monk.—Su conducta.—Abre el camino á la restauracion.—Entronizamiento de Cárlos II.—Su carácter.—Venganza deshonrosa.—Sus actos y su reinado.—Defiende á Jacobo y se malquista con el parlamento.— Su muerte.— Le sucede Jacobo y hace degollar á su rebelde sobrino.

ESTABA ya convocado el parlamento, y entretanto que estaba en actividad, se formó un consejo de veinte y tres miembros, llamado la junta de seguridad. Sus primeros actos fueron de soberanía, y anhelaba solo quedar en plena posesion del gobierno; sin embargo, como clamase el pueblo por la pronta instalacion del parlamento se hizo absolutamente indispensable acceder á sus votos. Convocóse el nuevo parlamento, compuesto en gran parte de los que habian sido miembros del parlamento largo, y empezaron estos sus tareas legislativas. A pesar de esto, aquella junta de seguridad no se creia privada de espedir tambien órdenes por su parte, y así es que las daba sin contemplacion ni embarazo.

Entretanto Monk, soldado de fortuna, muy apreciado de Cromwell, y que habia proclamado en Escocia á Ricardo, se mostraba rebelde á las disposiciones del congreso, habia levantado un ejército y se adelantaba hácia Lóndres. Muy reservado este personaje, no dejaba entrever al principio si le animaban ideas monárquicas, si pensaba favorecer al parla-

mento ó á la junta, ó á la municipalidad de Lóndres que tambien queria tener parte en el poder. No podian estos penetrar sus pensamientos, y mucho menos abrió jamás su pecho á los negociadores que le enviaba desde Francia el hijo de Cárlos I para alcanzar la corona y el trono de sus ascendientes.

Sin embargo, al llegar cerca de Lóndres, pareció que abrazaba con preferencia los intereses del parlamento. Só pretexto de las quejas de este contra los magistrados de la ciudad, que al parecer querian ser rivales de aquel poder, dió Monk contra la Cité: echó á rodar las palizadas, destrozó las puertas, y la dejó de todo punto indefensa; pero al dia siguiente dió á aquellos magistrados sus excusas echando sobre el parlamento la culpa de tamañas violencias; y al propio tiempo tuvo la osadía de ir á protestar ante el parlamento y la junta de seguridad que estaba enteramente sacrificado á ellos.

Tan equívoco y extraordinario proceder traía inquietos á aquellos miembros que durante el largo parlamento se habian demostrado mas contrarios á Cárlos I. Temiendo sobre manera ver colocado á su hijo en el trono, en razon de que trataria de vengar terriblemente las injurias hechas á su padre, se decidieron á proponer secretamente á Monk que le procurarian un poder muy parecido al que ejerció Cromwell. A tal proposicion contestó Monk que no podia oírlos hasta que estuviese reunido todo el parlamento: en su consecuencia, volvieron á ser llamados los ciento cincuenta y nueve miembros que habian sido escludidos por el protector.

Este llamamiento varió enteramente el aspecto de

los negocios públicos , abriendo á la restauracion un ancho camino , y acabando con la primera revolucion inglesa. Consiguieron aquellos miembros constituir un parlamento libre ; esto es , que pudiesen ser elegidos indiferentemente cuantos habian tomado las armas en favor del rey , ó aquellos cuyos padres habian sido defensores del desventurado monarca.

Presentáronse á tropel estos candidatos , y era tal la fuerza de las circunstancias , que casi todos lograron la preferencia. Habiéndose reunido rompió el silencio el taciturno Monk , y manifestó las ideas monárquicas que hasta entonces habia encubierto. Bien es verdad que no escribió directamente á Carlos II , pero le envió á decir de palabra que se acercase á Inglaterra. Supo muy bien este príncipe aprovechar la coyuntura ; pasó de Alemania á Holanda , y estaban por aquel tiempo tan bien preparados los espíritus , que una sencilla carta del rey dirigida á los comunes desató , por decirlo así , la lengua de todos sus vasallos. En aquella célebre carta venia una amnistía general y las promesas mas halagüeñas. Recibióla el parlamento con un júbilo extraordinario , que se comunicó á la ciudad , y con increíble rapidez á las provincias , resultando que todos quisieron ser ó haber sido realistas. Carlos efectuó su desembarco en Douvres , recibéndole Monk , á quien abrazó del modo mas tierno. Esta segunda revolucion efectuada sin ningun derramamiento de sangre fué la obra de siete meses. El rey hizo su entrada en Lóndres el día 20 de mayo de 1660 , en medio de las aclamaciones de todo un pueblo ,

y este dia fué llamado dia de la restauracion.

Contaba Cárlos II veinte y nueve años. Habia pasado la flor de su juventud sin ocupacion fija y en medio de la disipacion , que llevó tambien al trono de sus ascendientes. Solo tomó en los negocios públicos la parte de pompa , de magnificencia y el atavío lisonjero que le podia divertir. Los cuidados, las ocupaciones serias las dejó para sus ministros , y generalmente se portó con desidia defiriendo á las circunstancias. Era benigno y negligente, pero su conducta llevaba harto impreso el sello de esta benignidad y negligencia , á pesar de que en los principios de su reinado debió atender seriamente á asuntos de mayor importancia.

Hemos visto que al querer ocupar el trono de sus mayores escribió al parlamento una carta concediendo la mas amplia amnistía : sin embargo , só pretexto de lo que debía á la memoria de su padre y á sí propio , trató de castigar severísimamente y con el último suplicio á los que le habian quitado la vida. Inaudita falta de palabra real en un Príncipe que parecia querer entrar á reinar echando un velo sobre lo pasado , y que sin embargo se quiso afianzar en el mando echando á rodar algunas cabezas en injusta represalia de la de su padre.

Si Cárlos I fué decapitado , fué porque sucumbió en la guerra abierta que sostuvo contra sus vasallos, fué porque hizo correr la sangre inglesa en los campos de batalla , fué porque no cumplió la fe de los tratados , porque se demostró desleal con el parlamento , y parecia querer jugar con el pueblo.

Si Cárlos II hubiese salido vencedor en la lucha

contra Cromwell, si hubiese subido al trono de sus mayores venciendo y arrollando á sus enemigos, entonces y solo entonces le hubiera sido lícito por derecho de conquista ajusticiar á los que juzgaron á su padre; entonces y solo entonces hubiera podido cohonestar la sed de sangre con la sed de justicia, y hacer servir la ley de pantalla á sus crueldades.

Pero Carlos II, llamado al trono por los votos de sus vasallos, que clamaban por la paz, Carlos II, esperado como un libertador, aclamado como un hombre que debia hacer olvidar tantos años de horrores; que este príncipe osase en sus primeros pasos recordar las injurias hechas á su padre, este es el colmo del deshonor; es una mancha indeleble para la familia de los Estuardos. Nadie admire pues que fuesen por último lanzados para siempre del trono de la Gran Bretaña. La Providencia es justa en todos sus actos; lo es para con los pueblos, y lo es tambien para con los reyes.

Carlos procuró encubrir esta crueldad haciendo ver que mezclaba alguna indulgencia con los menos culpables; pero estas engañosas apariencias alucinan á muy pocos; el fondo que se trata de encubrir es siempre negro y horroroso.

Deseara el nuevo rey haber mantenido en sus banderas á los mas aguerridos soldados del ejército de Cromwell; pero le manifestaron que eran peligrosas en extremo aquellas tropas acostumbradas á motines, y tardó muy poco en licenciarlas.

Mucho tiempo y continuos trabajos requeria la obra grande de la constitucion nacional; quiso,

pues, cumplir con esta tarea, y efectuado esto disolvió el parlamento. La obra de la religion anglicana pendia casi enteramente de él como gefe que era de la iglesia. Procuró por tanto concluir la , y restableció la prelatura, los ritos y las ceremonias , si bien que con exenciones para que no fermentase demasiado la rabiosa bilis de los puritanos. Estas dos reformas que supo llevar á cabo prueban que estaba dotado de prudencia y de discernimiento.

Casóse por política con Catalina , princesa de Portugal , á causa del gran dote que le trajo en dinero, y de la cesion de las fortalezas de Tanger y de Bombay , que dieron á la Inglaterra dos puertos buenos en Africa y en la India. Dió tambien su consentimiento al duque de York su hermano para que contrajese matrimonio con lady Hyde, su dama , hija de su ministro Clarendon, que no habia sido cómplice en los amores de su hija. Por esto , solo con la mayor repugnancia consintió en el enlace , á pesar del consentimiento real ; porque temia que al colocar á su hija en una clase sobrado elevada solo lograria escitar la envidia. El éxito dió á conocer cuan fundados eran sus temores , puesto que fué perseguido encarnizadamente aquel padre , logrando quitarle la confianza del rey. Mezcláronle á pesar suyo en varias intrigas, y se vió reducido al extremo de refugiarse á Francia , y pasar allí una vida obscura para poder salvar su cabeza. Tal es el destino de los que quieren hacerse superiores elevándose á una esfera que no es la suya.

Aunque Carlos II era pacífico en extremo, sin embargo, durante su reinado se vió la Inglaterra agi-

tada de turbulencias, que causaron no pocas veces bastante derramamiento de sangre, teniendo en ellas gran parte la religion. La constante lucha de los católicos y los anglicanos traia inquietos los ánimos de un modo tal, que por precision se resentia de ello el reposo público. Abiertamente profesaba Cárlos el culto nacional, aunque encubria mal su inclinacion al catolicismo, y ya se sospechaba que le habia abrazado en secreto; pero no fué esto un motivo para que abandonase el carril de vida licenciosa que habia seguido, tratándose con amigas de toda especie y condiciones. De una concubina de la clase mas distinguida tuvo un hijo, á quien dió el título de duque de Montmouth. Por este tiempo era viudo el monarca. Existia en el estado una faccion contraria á Jacobo, duque de York, hermano del rey, la que pensó valerse del nombre de aquel hijo natural para escluir á Jacobo de la corona. Cárlos, sin embargo, declaró en pleno parlamento que jamás pensó en contraer ni habia contraido empeño legítimo con la madre de Moutmouth. Así fué como afianzó de un modo firme é indudable el derecho de su hermano á la corona, sosteniéndole despues constantemente.

Pero Jacobo, con su ostentacion de catolicismo, tenia enconados en contra suya los ánimos de la mayoría de los ingleses. Amantes estos de la monarquía, lo eran tambien de su religion, y poco faltó para que se adoptase en pleno parlamento un bill que se propuso para escluir á aquel príncipe de la corona.

Defendia el monarca con ardor á su hermano; lo

que, unido á la sospecha que se tenia de su propio catolicismo, motivó con frecuencia cierta frialdad entre él y el parlamento, quien llegó á negarle distintas veces los subsidios que pedia para sus gastos domésticos, lo que se ha llamado lista civil. A pesar de esto, no procuró Cárlos economizar: siempre pródigo y siempre necesitado, solo pensaba en encenagarle en los placeres, cuando tal vez hubiera sido capaz del manejo de los negocios si hubiese pensado en dedicarse á ellos. Mudó con la mayor facilidad de ministros, y parecia que nada le hacia mella tocante á los gravísimos cargos de los reyes. Con esta increíble frialdad, olvidado del poder y de sí mismo reinó veinte y cinco años, y murió á los cincuenta y cinco de su edad.

Algun tiempo despues de su muerte pereció tambien la restauracion á impulsos de otro sacudimiento mas razonable y menos sangriento que el primero: sacudimiento que debia llevar á cabo la revolucion de Inglaterra combatida de las arbitrariedades de Cárlos I, del despotismo glorioso de Cromwell, de la restauracion deshonrosa de Cárlos II, y últimamente del menguado dominio de Jacobo. Este sacudimiento nos proponemos relatar suscintamente, insiguiendo el orden de este apéndice, consultando á los mas célebres escritores que han tocado esta materia.

Jacobo sucedió á su hermano. Hemos visto que el descontento estaba á punto de estallar contra él por su catolicismo, y así es que algunos vasallos persuadieron al jóven duque de Montmouth que debia aprovechar aquella coyuntura. El aturdido

príncipe hizo un manifiesto pidiendo la corona de su padre, y levantó al propio tiempo un ejército. Sin embargo, únicamente logró alistar algunos hombres del populacho, uniéndosele poquísima gente de distincion. Pronto fué arrollada su débil banda; él mismo tuvo la desgracia de caer en manos de su tío. En vano imploró su clemencia por la memoria de su augusto padre, á quien en cierto modo debia Jacobo considerarse deudor de su elevacion: por toda respuesta le mandó degollar. Muy murmurada fué una severidad llevada á tan alto punto, mayormente sabiéndose que Cárlos habia pedido á su hermano que si aquel jóven se rebelaba procurase asegurarse de él, pero salvándole la vida.

Jacobo, pues, logró suceder victorioso á su hermano. Esto le envaneció sobre manera, y á mas habiéndole nacido un hijo, ya no pensó siquiera en contemporizar con el parlamento. Tenia dos hijos de cuando solo era duque de York: María, esposa de Guillermo, príncipe de Orange, statuder de Holanda; y Ana, muger de Jorge, hermano del rey de Dinamarca.

Capítulo sexto.

Planes del príncipe de Orange. — Mal gobierno de Jacobo. — Expedición de su yerno. — Es destronado. — Complemento de la revolución de Inglaterra. — El monarca fugitivo pasa á Francia. — Acogida que le da Luis XIV. — Expedición de Irlanda.

El príncipe de Orange, mas ambicioso que Luis XIV, habia concebido vastos proyectos, que podian parecer quiméricos, pero que supo justificar por medio de su valor y hábil manejo. Quería humillar al rey de Francia, y destronar al de Inglaterra. No le costó mucho coligar poco á poco la Europa contra la Francia. El Emperador, una parte del Imperio, la Holanda, y el duque de Lorena se habian de antemano reunido secretamente en Augsburgo: á poco se les unió la España y la Saboya. Ciertamente que el Papa no era abiertamente uno de los confederados, pero los animaba á todos por medio de sus intrigas. Venecia los favorecia sin declararse abiertamente, y todos los príncipes de Italia les eran adictos. En el Norte, la Suecia pertenecia entonces al partido de los Imperiales, y Dinamarca era un aliado inútil de la Francia. Mas de quinientos mil protestantes, fugitivos de la persecucion de Luis, y llevándose consigo fuera de Francia su industria y su odio contra del rey, eran unos nuevos enemigos que recorrian la Europa escitando á las potencias ya sobrado inclinadas á la guerra.

Jacobo, rey de Inglaterra, sucesor de Carlos II su hermano, era católico como él; pero Carlos solo por complacer á sus concubinas y á su hermano permitió al fin de su vida que le inscribiesen en la lista de los católicos: en el fondo no conocia otra religion que un puro deismo, y esta misma indiferencia suya en puntos tan espinosos contribuyó no poco á hacerle reinar pacíficamente en Inglaterra. Jacobo por el contrario, inscrito desde su juventud en la comunión romana, unia á la creencia el espíritu de partido, y un aferrado fanatismo. Si hubiese sido mahometano ó hubiese pertenecido á la religion de Confucio, tal vez los Ingleses no hubiesen turbado su reinado; pero intentaba restablecer en su reino el catolicismo, el catolicismo mirado con horror por los mismos realistas y republicanos como la religion de la servidumbre. A veces es una empresa fácil dar una religion dominante en un pais, Constantino, Clovis, Gustavo Wasa, y la Reina Isabel hicieron recibir sin riesgo, cada cual por medios distintos, una nueva religion: pero para llevar á cabo semejantes cambios son necesarias absolutamente dos cosas, una política profunda y unas circunstancias felices. Ambas cosas faltaban á Jacobo.

Era un monarca indigno de ver que habia en Europa reyes despóticos, porque le entraba una pueril envidia que su época hacia despreciable; era indigno de ver que en el mundo solo quedaban la Polonia y la Inglaterra donde fuesen respetadas las libertades de los súbditos al propio tiempo que la dignidad de la corona. El monarca francés le ani-

maba á que se hiciese absoluto, y los jesuitas no perdian coyuntura para instigarle á restablecer el culto, y con él su crédito. Desgraciadamente pudieron tanto con el esos manejos, que á poco logró agitar todos los espíritus en Inglaterra. Obraba públicamente como si ya hubiese alcanzado lo que anhelaba; recibió un nuncio del Papa; tenia públicamente jesuitas y capuchinos, y encarceló á siete obispos anglicanos, cuya voluntad se hubiera podido grangear; en vez de dar privilegios á la ciudad de Lóndres, se los quitó todos, destruyendo con orgullo unas leyes que en silencio hubiera debido proteger. Se condujo en fin con tan poca cordura, que los cardenales de Roma decian de él sonriéndose: «Preciso será escomulgarle, como á un hombre que va á dar al traste con el poco catolicismo que queda en Inglaterra.» El Papa inocente XI tenia muy poca fe en las empresas de Jacobo y réhusaba constantemente el título de Cardenal que el Rey pedia para su confesor el jesuita Peters, intrigante, impetuoso que devorado de la ambicion de ser cardenal y primado de Inglaterra, abria un precipicio á los pies del monarca. Así es que los principales señores del estado se reunieron en secreto contra los designios del rey. Enviaron diputaciones al príncipe de Orange, y tramaron su conspiracion con tanta prudencia y cordura, que nada pudo traslucir la confiada corte.

El príncipe de Orange equipó una escuadra que debia conducir unos quince mil hombres. Este príncipe no era mas que un particular ilustre que gozaba apenas de quinientos mil florines de renta; pero

era tal su política, que el oro, las escuadras, y el corazón de los estados generales estaban á su disposición. En realidad era rey de Holanda por su hábil conducta, mientras que Jacobo no lo era ya de Inglaterra por su imprudencia. Se hizo correr la voz de que este armamento estaba destinado contra la Francia. El secreto fué guardado por mas de doscientas personas. Varillon, embajador de Francia en Lóndres, hombre instruido, mas ducho en intrigas con las concubinas de Jacobo que en punto á los negocios de estado, fué alucinado el primero. No fué así Luis XIV. Ofreció socorros á su aliado, quien lo rehusó al principio con seguridad, y clamó por ellos en seguida cuando ya no habia tiempo y habia dado á la vela la escuadra del príncipe su yerno. Todo á la vez le fué contrario. En octubre de 1688 escribió en vano al emperador Leopoldo, quien le respondió: «Solo os acontece lo que os habíamos predicho. Entraba con su escuadra, pero sus buques dejaron pasar los enemigos sin hostilizarlos. Podia tambien defenderse por tierra; tenia un ejército de veinte mil hombres, y si los hubiese conducido al combate sin dar tiempo á la reflexion, tal vez le hubieran defendido; pero les dejó sobrado tiempo para determinarse. Abandonáronle muchos oficiales generales, entre otros el famoso Churchill, tan fatal despues á Luis como á Jacobo, y tan ilustre bajo el nombre del duque Marlborough. Era favorito de Jacobo, hermano de una de sus damas, y su teniente general en el ejército: sin embargo, le abandonó pasando al cargo del príncipe de Orange. Tambien le abandonaron el príncipe de Dinamarca,

yerno del rey, y en fin su propia hija la princesa Ana.

Entonces viéndose atacado y perseguido por uno de sus yernos, abandonado por el otro, y viendo en contra de sí á sus dos hijos, á sus propios amigos, odiado de los mismos súbditos que pertenecian á su partido, desesperó de su fortuna: la fuga, el último recurso de un príncipe vencido, fué el partido que tomó sin combatir. Por último, despues de haber sido detenido por el populacho, maltratado y conducido de nuevo á Lóndres; despues de haber recibido tranquilamente en su mismo palacio las órdenes del príncipe de Orange; despues de haber visto su guardia relevada sin oposicion por la del príncipe; desterrado de su casa, prisionero en Rochester, aprovechó la libertad que le daban en cierto modo de abandonar su reino, y pasó á mendigar un asilo en Francia.

Esta fué la época de la verdadera libertad de Inglaterra; este fué el complemento de la revolucion. La nacion representada por su parlamento fijó los límites por tanto tiempo indecisos de los derechos del rey y de los del pueblo; prescribió al príncipe de Orange las condiciones bajo las cuales debia reinar, le escogió por su rey, y ocupó pacíficamente el trono junto con su muger María, hija de Jacobo. Desde entonces aquel príncipe fué únicamente conocido en Europa bajo el nombre de Guillermo tercero, rey legítimo de Inglaterra y libertador de la nacion.

El rey fugitivo pasó con su esposa, hija del duque de Módena, y con el príncipe de Galles todavía ni-

ño, ha implorar la proteccion de Luis XIV. La reina de Inglaterra quedó admirada del esplendor que rodeaba al rey de Francia, de la profusa magnificencia que rebozaba Versailles, y sobre todo del modo como fué recibida. El rey pasó á recibirla hasta Chatourg. Os presto, la dijo, un triste servicio; pero confio podéroslos prestar bien pronto mayores y mas felices. Estas fueron sus propias palabras. La condujo al castillo de San-German, donde encontró el mismo servicio que una reina de Francia, todo cuanto sirve á la comodidad y al lujo, presentes de toda especie en plata, en oro, en vajilla, en alhajas y alfombras.

Entre todos estos regalos encontró un bolsillo con diez mil luises de oro en su tocador. Iguales atenciones se mereció su marido, que llegó poco despues que ella. Se les señalaron seiscientos mil francos anuales, además de los infinitos regalos que se les hicieron. Estaban á su disposicion los oficiales y las guardias del rey. Y con todo esto eran poco atendidos los preparativos que se hacian para reponerles sobre su trono. Jamás se mostró tan grande Luis XIV, pero tampoco apareció nunca mas enano Jacobo. Aquellos que en la corte y en las ciudades deciden de la reputacion de los hombres concibieron poco aprecio de su persona. Solo hablaba con jesuitas, y llegó hasta á visitar su convento en la calle de San Antonio. Díjoles que tambien era jesuita, y lo mas singular está en que el hecho era cierto. Se habia hecho asociar á esta orden por medio de ciertas ceremonias por cuatro jesuitas ingleses cuando todavía era duque de York. Esta pusilani-

midad en un príncipe, unida al modo como habia perdido la corona, le envileció hasta tal punto, que los cortesanos se divertian diariamente haciendo canciones sobre su persona. Habia sido desterrado de Inglaterra por la revolucion, y en Francia se burlaban de él los absolutistas. El arzobispo de Reims dijo en alta voz en San-Germain: Ved aquí un buen hombre que ha dejado tres reinos por una misa. Solo recibia de Roma indulgencias del Papa y pasquines del pueblo. En fin durante toda esta revolucion, solo obtuvo de su fanatismo los auxilios de algunas misas celebradas por el ministro del rey católico en la Haya para el feliz éxito del viaje que hacia el Príncipe de Orange para destronarle.

Pronto Luis XIV le hizo conducir á Irlanda, donde los católicos formaban todavía un partido que parecia considerable. Una escuadra de trece navíos de línea estaba preparada en Brest para el transporte. Todos los oficiales, los cortesanos, y aun los sacerdotes, que habian ido al encuentro de Jacobo en San-Germain, fueron conducidos á aquel punto á expensas del rey de Francia. El jesuita Innés, rector del colegio de los escoceses en Paris era su secretario de estado. Un embajador estaba nombrado de parte de la corte de Francia cerca del rey destronado, y le seguia con pompa. Embarcáronse en la escuadra municiones de toda especie, sin que faltasen desde los muebles mas viles hasta los mas estimados. El rey Luis pasó á despedirse de él en San-Germain. Por última demostracion le dió su mismo corazon, y le dijo abrazándole: « Todo cuanto puedo desear mejor para vos es el no volveros á ver ».

Apenas el rey Jacobo habia desembarcado en Irlanda con tanto aparato, cuando les siguieron otros veinte y tres navíos y una infinidad de buques de transporte. Esta escuadra, habiendo ahuyentado y dispersado la escuadra inglesa que se oponia á su paso, efectuó felizmente el desembarco; y habiendo de retorno apresado siete buques mercantes holandeses, volvió á Brest victoriosa de la Inglaterra, y cargada de despojos de la Holanda.

Capítulo séptimo.

Nuevas expediciones. — Combate naval. — Sitio de Londonderry. — Batalla de Boine en Irlanda. — Imprudentes regocijos en Paris. — Jacobo vuelve á Francia. — Su carácter y el de Guillermo. — Sitio de Limerick. — Nueva batalla naval. — Nuevas é infructuosas tentativas. — Muerte de Jacobo. — Los Estuardos.

Poco despues partió de Brest, de Tolon y de Rochefort un tercer socorro. Los puertos de Irlanda y del mar de la Mancha estaban cubiertos de navíos franceses, segun espresion de Voltaire, de cuyas obras sacamos estas noticias.

En fin Tourville, vice-almirante de Francia, con setenta y dos grandes navíos encontró una escuadra inglesa y holandesa de unas sesenta velas. Duró diez horas el combate: Tourville, y otros gefes dieron muestras de un valor y una destreza, que dieron á la nacion francesa un honor á que no estaba acostumbrada. Los Ingleses y los Holandeses, hasta entonces dueños del Océano, y de quienes habian aprendido los Franceses á dar batallas navales en línea, fueron enteramente vencidos, despues de haber hecho prodigios hallándose inferiores en número. Diez y siete navíos suyos desmantelados se estrellaron y fueron quemados en las playas: este acontecimiento tuvo lugar en julio de 1690, dos años despues del famoso complemento de la revolucion,

de Inglaterra. Los restos de la escuadra vencida pasaron á guarecerse en el Támesis ó entre los bancos de la Holanda, sin que la victoria costase un buque á los franceses. Por este tiempo se vieron cumplidos los anhelos del rey de Francia de hallarse con el imperio del mar, imperio que á la verdad fué para él de muy poca duracion. Los buques enemigos huian el encuentro de sus escuadras, y hasta llegaron las galeras de Marsella á ser transportadas al Océano, donde por primera vez las vieron los ingleses sobre sus costas. A favor suyo efectuaron los franceses una incursion en Tingmouth.

Se quemaron en esta bahía mas de treinta buques mercantes. Los armadores de san Maló y del nuevo puerto de Dunquerque aumentaban sus fortunas y enriquecian el estado con las continuas presas. Por fin; durante unos dos años dominaron enteramente en los mares los buques franceses.

No por esto estaba amilanada la revolucion inglesa, antes hacia inmensos preparativos para rechazar la agresion; y el entusiasmado ardor patrió se aprestaba á vengar con usura el pabellon británico.

El destronado Jacobo no secundó ciertamente en Irlanda los esfuerzos colosales de Luis XIV. Tenia en derredor suyo unos seis mil franceses y quince mil irlandeses. Declarábanse en favor suyo las tres cuartas partes de este reino. Su concurrente Guillermo estaba ausente: no supo sin embargo aprovechar ningnna de estas ventajas. Sufrió ante todo un revés su fortuna delante de la pequeña ciudad de Londonderry, á la que hizo sufrir un tenaz

pero mal dirigido sitio de cuatro meses. Defendíala un sacerdote presbiteriano nombrado Valker, que se habia puesto á la cabeza de la milicia ciudadana. Guiábala al sermon y al combate, y hacia arrostrar á los habitantes los horrores del hambre y de la muerte. Al cabo el sacerdote logró que el rey levantara el sitio.

Esta primera desgracia en Irlanda, pronto fué seguida de otro no menor descalabro. Guillermo acababa de llegar, y marchó contra Jacobo. Separaba á los dos ejércitos el rio Boine, vadeable apenas por tres puntos. La caballería pasó á nado; la infantería efectuó el paso con agua á la espalda; pero al otro lado debia aun atravesar un pantano, y mas allá un terreno escarpado formaba un atrinchamiento natural. Guillermo efectuó el paso á vista del enemigo por tres puntos diferentes, y presentó la batalla. Los Irlandeses, tan escelentes soldados cuando han combatido en Francia ó en España, siempre han hecho muy mal la guerra en su pais. Naciones hay de las cuales una parece haber nacido para someter á otra. Siempre los Ingleses han tenido sobre los Irlandeses la superioridad del genio, de las riquezas y de las armas. Jamás la Irlanda ha podido sacudir el yugo de la Inglaterra, despues que la subyugó un simple señor inglés. Los franceses combatieron denodadamente en la jornada de Boine; pero los irlandeses huyeron. Su rey Jacobo, no habiéndose presentado en la refriega á la cabeza de los franceses ni de los irlandeses, fué el primero que se retiró. Habia dado muestras de valor en otras ocasiones, pero hay momentos en que el abatimien-

to de ánimo da al traste con el valor. El rey Guillermo, que fué herido en el hombro pasó por muerto en Francia. Esta falsa noticia fué recibida en Paris con una alegría indecente y deshonrosa. Algunos magistrados subalternos incitaron al pueblo á que hiciese iluminaciones. Se echaron al vuelo las campanas. Se quemó en muchos barrios una figura que representaba al Príncipe de Orange, al modo que se quema en Lóndres la imagen del papa. Hizo salvar el fuerte de la Bastilla, no por orden del rey sino por el celo inconsiderado de un comandante. Se dirá que tantas muestras de alegría desenfrenada eran pruebas del temor que inspirara el enemigo cuya muerte era señalada con tanto estrépito. Todos cuantos han escrito acerca de estos acontecimientos, dicen que este regocijo es el mas grande elogio del monarca Guillermo. Sin embargo, si se atiende á las circunstancias del tiempo y al espíritu que dominaba entonces, se verá que el temor no pudo producir aquellos transportes de júbilo. Los ciudadanos acomodados y el pueblo no saben temer á un enemigo mas que cuando amenaza sus hogares. Comunmente los Franceses, lejos de experimentar terror al nombre de Guillermo, le hacian la injusticia de despreciarle. Casi siempre habia sido batido por los generales franceses, y el vulgo ignoraba de que modo; aun despues de sus derrotas, habia adquirido aquel Príncipe una gloria verdadera. Guillermo, vencedor de Jacobo en Irlanda, no parecia aun á los ojos de los Franceses un enemigo digno de Luis XIV. Paris, idólatra de su rey, le creia realmente invencible. Los regocijos no fueron, pues,

fruto del temor, sino del odio. La mayor parte de los parisienses, nacidos bajo el reinado de Luis, y muy acostumbrados al yugo despótico, miraban entonces al monarca como una divinidad, y á un usurpador como un sacrilego. El pueblo bajo, que diariamente veia á Jacobo asistir á la misa, detestaba á Guillermo como hereje. La imágen de un yerno y de una hija que destronaba á su padre, de un protestante que entraba á reinar en lugar de un católico, y en fin de un enemigo de Luis XIV, embriagaba á los habitantes de Paris de una especie de furor: pero los hombres concedores pensaban mas moderadamente.

Jacobó pasó de nuevo á Francia, dejando que su rival ganase nuevas batallas en Irlanda y se afirmase sobre el trono. Ocupáronse entonces las escuadras francesas en reembarcar á los que habian combatido inútilmente, y á las familias irlandesas que siendo sobrado pobres en su pais quisieron ir á subsistir en Francia de las liberalidades de Luis.

Colúmbrase fácilmente que la fortuna tuvo poca parte en esta revolucion, desde sus asomos hasta su fin: todo se debió principalmente á los opuestos caracteres de Guillermo y de Jacobo. Los que gustan traslucir por la conducta de los hombres la causa de los acontecimientos, notarán que Guillermo despues de su victoria hizo publicar una amnistía general, y que por el contrario Jacobo vencido, al pasar por una pequeña ciudad nombrada Galloval mandó ahorcar á algunos ciudadanos que habian sido de parecer que se le cerrasen las puertas. Entre dos hombres cuya conducta se manifestaba tan

diferente, era bien fácil conocer quien debía lograr la preferencia.

Aun poseía Jacobo algunas ciudades en Irlanda; entre otras Limerick, donde habia mas de doce mil soldados. El monarca francés, que se habia puesto á pecho sostener á todo trance al destronado rey, hizo aun pasar á Limerick tres mil hombres de tropas regulares, y para colmo de liberalidad mandó allá todo cuanto puede servir á las necesidades de los soldados y de un gran pueblo. Cuarenta buques de transporte, escoltados por doce de guerra, condujeron todos los socorros posibles en hombres, en utensilios y equipajes; ingenieros, artilleros, doscientos peones, sillas, bridas y correaje para mas de veinte y seis mil hombres; víveres, uniformes, y hasta veinte y seis mil pares de zapatos. Sitiada Limerick, pero tan largamente socorrida, esperaba ver á su rey combatir por su defensa. Pero Jacobo no compareció, la ciudad tuvo que rendirse, y aun volvieron allá los navíos franceses para recibir á bordo unos veinte mil irlandeses, así soldados como ciudadanos fugitivos.

La revolucion de Inglaterra triunfaba. Pero lo mas admirable tal vez es que no por esto se dió Luis XIV por vencido. Por aquel tiempo sostenia una guerra difícil contra casi toda la Europa. Sin embargo, probó todavía por si le era posible cambiar la fortuna de Jacobo por medio de una empresa decisiva, desembarcando veinte y cinco mil hombres en Inglaterra. Contaba con el partido que Jacobo conservaba en Inglaterra. Las tropas estaban reunidas entre Cherburgo y Hogue. Mas de trescientos

tos buques de transporte estaban preparados en Brest. Tourville con cuarenta y cuatro grandes navíos de línea los esperaba en las costas de Normandía, y D' Estrées llegaba del puerto de Tolon con otros treinta buques. Si hay desastres originados de una mala direccion, hay tambien otros que solo pueden ser imputados á la fortuna. El viento, favorable al principio á la escuadra de D' Estrées, cambió de golpe; por manera que no pudo reunirse á Tourville. Los cuarenta y cuatro navíos de este fueron á poco atacados por las escuadras reunidas de Inglaterra y de Holanda, fuertes de mas de cien velas. Venció la superioridad numérica, cediendo los franceses despues de un combate de diez horas, y siendo perseguidos durante dos dias por el almirante inglés Russel. Catorce navíos, entre ellos dos de ciento y cuatro cañones, se estrellaron contra la costa, y sus capitanes los incendiaron para que no lo practicase el enemigo. Viendo Jacobo desde la orilla del mar tamaño desastre, acabó de perder todas sus esperanzas.

Esta fué la mas insigne victoria que alcanzó la libertad inglesa despues de su última revolucion; este fué tambien el primer descalabro que sufrió por mar el poder de Luis XIV. Seignelai, que despues de Colbert su padre habia perfeccionado la marina, habia muerto á fines de 1690. Pontchartrain, elevado al empleo de secretario de estado de marina, no la dejó perecer en Francia, porque el genio del soberano lo abarcaba y daba impulso á todo. Despues de tan sensible desgracia, la Francia reunió seguramente escuadras tan numerosas como

las que tenían antes, porque Tourville se encontró al frente de sesenta navíos de línea, y D' Estrées mandaba treinta sin contar los que existían en los puertos; y aun cuatro años despues (1696). Luis hizo un armamento mas colosal que los anteriores para conducir á Jacobo á Inglaterra á la cabeza de veinte mil franceses; pero nada pudo lograr, ya porque el Inglés era dueño del mar, como por lo mal que secundaron tantos esfuerzos los partidarios de Jacobo y del despotismo en Inglaterra.

No quedó otro recurso al partido del rey destronado que algunas conspiraciones contra la vida de su rival. Los que las tramaron dieron fin casi todos á su existencia en el cadalso; y es probable que aunque hubiesen logrado su objeto la revolucion inglesa no habria salido perjudicada, ni mucho menos hubiera reinado Jacobo. Este pasó el resto de sus dias en San-German, donde vivió de las generosidades de Luis, y de una pension de setenta mil francos, que tuvo la debilidad de recibir secretamente de su misma hija María que le habia destronado. Murió en 1700 en San-German. Algunos jesuitas irlandeses pretendieron que se obraban milagros sobre su tumba: hasta se llegó á asegurar que sus reliquias habian sanado de una fístula á un Obispo. Aun despues de su muerte se trató de canonizar en Roma á ese rey á quien el papa habia abandonado cuando vivo.

Pocos príncipes fueron mas desgraciados que él; y la historia ofrece pocos ejemplos de una familia tan combatida del infortunio. El primero de los reyes de Escocia, sus abuelos, llamado tambien Jaco-

bo, despues de haber estado diez y ocho años prisionero en Inglaterra, murió asesinado con su esposa por manos de sus súbditos; Jacobo II, su hijo, murió á los veinte y nueve años combatiendo contra los ingleses; Jacobo III, encarcelado por su mismo pueblo, pereció despues en una batalla á manos de los revoltosos; Jacobo IV acabó sus dias en un combate donde fué vencido; María Estuardo, su nieta, destronada, fugitiva en Inglaterra, y sumergida en un calabozo durante diez y ocho años, fué condenada á muerte por jueces ingleses y decapitada; Cárlos primero, rey de Escocia y de Inglaterra, vendido por los escoceses y juzgado por los ingleses, murió en un cadalso; Jacobo su hijo, séptimo de este nombre y segundo en Inglaterra, fué desterrado de los tres reinos: y para colmo de desgracia, se negó á su hijo el honor de su cuna. Este, solo probó á ocupar el trono de sus padres para hacer perecer á sus amigos á manos del verdugo; y el último vástago de los Estuardos, el príncipe Cárlos Eduardo, á pesar de su denuedo y sus virtudes, sufrió los mayores infortunios. Si algun hecho justifica á los que creen en una fatalidad á la que nada puede sustraerse será sin duda esa no interrumpida serie de desgracias que persiguió á la familia de los Estuardos durante mas de trescientos años.

Capítulo octavo.

La restauracion en Escocia. — Reaccion episcopal. — Reaccion realista. — Turbulencias. — Refractarios. — Persecucion. — Dragonadas. — Batalla de Loudon-Hill. — Claverhouse y Burley. — Batalla del puente de Bothwell.

PARA completar este apéndice en que nos hemos propuesto recorrer suscintamente los acontecimientos de Inglaterra desde la primera revolucion de que fué víctima Carlos I, hasta la segunda en que fué destronado Jacobo, falta solo hacer mencion de los acontecimientos de Escocia durante la restauracion de Carlos II y la revolucion de 1688. Con esto habrémos finalizado el cuadro de que era objeto este apéndice, valiéndonos para ello de las relaciones de los mas acreditados escritores.

Si el entronizamiento de Carlos II, no fué recibido en Escocia con menos entusiasmo que en Inglaterra, tambien es indudable que no quedaron allí menos cruelmente engañadas las esperanzas de los súbditos. El olvido de todas las promesas fué acarreado con el tiempo el odio de todos los partidos contra el gobierno.

Las guarniciones inglesas fueron licenciadas: medida popular, como la demolicion de los fuertes y ciudadelas, porque equivalia esto á reconocer plenamente la independendencia nacional de la Escocia.

Pero no era menos anhelada tambien de la masa del pueblo escocés la independenciam de la iglesia, tal como habia sido jurada por el tratado de Breda. Cárlos no quiso recordarlo; el marqués de Argile, cuyo crédito era entonces grande entre los presbiterianos, fué juzgado y condenado á muerte. Guthrie, sacerdote entusiasta, fué así mismo víctima de la restauracion, y ajusticiado. Los cortesanos amigos ó interesados por Cárlos le persuadieron que el presbiterianismo era solo la religion de algunos oscuros fanáticos. Varios ministros apóstatas, seducidos con halagos y dignidades, entre otros Sharp, nombrado primado de Escocia, le afirmaron en esta opinion. Decretóse la gerarquía episcopal, se consagraron los prelados, se abolió el pacto, y se reemplazó á los curas ó se les sometió á una reeleccion: todo por medio de la violencia mas imprudente. El pueblo no protestó en sus principios contra el episcopado sino rehusando asistir á las ceremonias: no fué otro el origen de los conventículos. Cada domingo los celosos presbiterianos salian en masa de su iglesia y parroquia, y se dirigian á escuchar á su antiguo pastor, bien fuese en alguna casa, ó ya en la calle cuando aquella no podia recibir á la muchedumbre.

Habíase reunido el parlamento escocés, pero elecciones ilegales habian hecho de él un parlamento servil; por otra parte el gobierno residia en un consejo privado, presidido por Lauderdale, hombre ambicioso, en otro tiempo amigo del pacto y ahora del episcopado, siempre amigo de los partidos extremos, violento y sanguinario.

Organizóse la proscripción contra los predicadores y sus adherentes. Las multas eran el azote de los ricos, y las ejecuciones militares perseguían á todas las clases. El temor, supuesto al principio y bien pronto real, de una insurrección, fué un motivo para aumentar las tropas. Los refractarios fueron *dragonados*, espresion histórica, que recuerda á la vez los famosos dragones de Claverhouse, y los misioneros no menos temidos de las Cevenas en Francia. La insurrección estalló por fin en las provincias del Oeste. Un pobre anciano de los alrededores de Dumfries habia sido arrestado por no poder pagar su cupo á la iglesia, y maniatado lo conducían á la cárcel. Indignados los paisanos á vista de tan bárbaro tratamiento desarmaron á los soldados. Este acto, que no habia sido premeditado, fué seguido al instante del temor del castigo; solo el número podia preservar de él á los culpados; dieron al instante el grito de alarma; reuniéronseles los fugitivos de las lagunas y de las montañas; y formaron un ejército de dos mil hombres mandados por dos oficiales oscuros, Learmont y Wallace. Esta primera chispa de rebelión fué estinguida en el combate de Pentlands-Hills, tan célebre en las baladas populares de Escocia. Wallace dió muestras de valor y de talento, tomó una posición muy fuerte, y rechazó dos cargas de caballería; pero á la tercera fueron arrollados y enteramente dispersados los rebeldes. Este combate tuvo lugar el 28 de noviembre de 1666, y su aniversario van á celebrarle todavía sobre el campo de batalla los restos de la secta de los cameronianos.

Pero, subieron de punto las violentas precauciones del gobierno, y los predicadores continuaron protestando contra « las impiedades de Achab. » Pretendióse ganar su voluntad por medio de un pretendido acto de indulgencia. Algunos consintieron en ser tolerados, pero fueron cruelmente injuriados de sus contrarios, quienes los llamaban perros mudos, incapaces de ladrar. Solo tenia prestigio lo que llamaban voz del desierto, pronto resonó con mas fortaleza que nunca: sin embargo redoblaron con ello los rigores. Lauderdale comprendió que tenia necesidad de un ejército permanente, y llamó á las armas á seis mil highlanders, á los que fueron entregados los condados del oeste como país conquistado. El robo, el saqueo, las depredaciones de toda clase, y los actos mas atroces acabaron de exasperar la poblacion contra la cual habia sido tan fácil hacer revivir los antiguos odios de los montañeses. Retiráronse los highlanders, pero quedaron cinco mil hombres de tropas regulares para explotar pacíficamente el terror causado por su invasion.

La insurreccion pasó á ser una verdadera guerra civil, que empezó por la derrota de los soldados realistas en Loudon-Hill, y acabó con la derrota de los Whigs en el puente de Bothwell. Estos dos combates, á los que el moderno Novelista escocés ha dado todo el interés de una epopea, merecen ciertamente una relacion detallada, y no creemos que les pese á nuestros lectores ver como los describe el mismo Walter Scott, quien habla ante todo del héroe de los sublevados, el famoso Burley d' Old-Mortality.

John Balfour de Kinloch , comunmente llamado Burley , fué uno de los mas feroces individuos de los sectarios proscritos. « Era , dice su biógrafo , un gentilhombre celoso , honrado , animoso en sus empresas , y bravo soldado ; rara vez lograba escapársele el enemigo en quien clavaba sus miradas. » Creighton dice que en otro tiempo habia sido tesorero del arzobispo Sharp , y que encontrando un enorme déficit en la caja , ora fuese por culpa ó por negligencia suya , determinó asesinar á su señor ; pero , no existe otra prueba en apoyo de esta asercion que una alusion de Wodrow. Burley era cuñado de Hackston y Rathillet , entusiasta feroz que unia un valor osado y el hábil manejo de las armas á un celo ardiente por su secta. El mismo Burley era menos notable por su ardor religioso que por la parte activa y violenta que tomó siempre en las empresas de su partido. Sin embargo , no se encuentra su nombre entre los revoltosos denunciados por el acontecimiento de Pentland-Hills. Mas en 1677 , Roberto Hamilton , posteriormente comandante de los rebeldes en Loudon-Hill y en el puente de Bothwell , se encontraba con otros no conformistas en una asamblea secreta en la casa de Burley. Allí fueron atacados por un destacamento de soldados mandados por un capitan llamado Carstairs , al que rechazaron hiriendo gravemente á un individuo de su tropa. Esta resistencia á la autoridad los hizo declarar rebeldes , y pronto fué seguida de un hecho mas sangriento y horriblemente célebre. James Sharp , arzobispo de San Andreas , era mirado de los rígidos presbiterianos , no solo como un renegado que

había abandonado el carril espiritual, sino también como el principal instigador de las medidas severas dictadas contra su secta. El principal agente de su opresión era un sujeto nombrado Carmichael, gentilhomme arruinado. Su actividad, las denuncias y penas fulminadas contra los no-conformistas, excitaron los resentimientos de los cameronianos, y nueve entre ellos, los principales Burley y Hackston, se reunieron para armarle una emboscada y asesinarle. Mientras estaban aguardando recibieron la noticia de que el mismo arzobispo iba á pasar.

Pusiéronse en oración, y sacaron la unánime consecuencia de que el Señor les entregaba al impío Aman. Para ejecutar esta pretendida voluntad del cielo, quisieron escoger un gefe, y rogaron á Hackston de Rathillet que se pusiese á su cabeza; pero se negó á ello, alegando que si aceptaba el encargo podría atribuirse el asesinato á una querrela particular que existía entre él y el arzobispo. Ofrecióse entonces el mando á Burley, quien lo aceptó sin escrúpulo, y entonces echaron todos el galope hácia el coche del arzobispo, donde iba el prelado con su hija. Como iban bien montados, lo alcanzaron bien pronto, y desarmaron la escolta del prelado. Burley exclamó: «Date á prision, Judas!» Corrió al coche, hirió al postillon, y cortó las riendas de uno de los caballos. Entonces disparó dentro del coche una pistola cargada de muchas balas, y lo hizo tan de cerca que llegó á quemar la ropa del arzobispo. Los demas, echando pie á tierra; arrancaron del coche al arzobispo ya herido. Este desgraciado prelado se arrastró hácia Hackston que permanecía á

caballo, y le pidió la vida. Pero el feroz entusiasta le respondió solamente, que no sería él quien pudiese las manos sobre su Ilustrísima. Burley y los suyos descargaron todavía sus armas sobre el anciano de rodillas, é iban á alejarse, cuando uno de ellos que se habia detenido un momento oyó desgraciadamente á la hija de su víctima que clamaba á un doméstico esclamando que su dueño vivia todavía. Burley bajó de nuevo de caballo, echó á rodar con un puntapie el sombrero del prelado, y le hundió el sable en el cráneo, aunque uno de su tropa esclamaba: «Perdonad esos cabellos blancos.» Los demas consumaron la obra.

Despues de haber robado el coche, se alejaron en fin dejando junto al cadáver á la hija del prelado, que tambien habia sido herida probando á defender á su padre. Este memorable ejemplo de venganza fanática tuvo lugar el 3 de mayo de 1679 en Magnus-Muir cerca de San Andreas.

Los asesinos quedaron en la firme persuasion de que el obispo estaba á prueba de bala, y uno de ellos dijo á Wodrow, que solo á la vista de sus espadas desmayó el denuedo de la víctima. Ya no les quedó duda alguna encontrando en su bolsillo un pequeño rollo de seda alrededor de un pedazo de pergamino, sobre el cual estaban trazadas dos largas palabras hebreas ó siríacas. En consecuencia quedó por tradicion que las balas solo dejaron en el cuello y el pecho del desgraciado unas manchas azules, aunque se le habian tirado á boca de jarro.

Nada mas notable por aquellos tiempos que la ceremonia á que dió lugar este acontecimiento. Cuan-

do se cogia á algun partidario del pacto se le hacia esta solemne pregunta: «¿La muerte del Arzobispo es un asesinato?» En el interrogatorio de Isabel Kalison, que fué ejecutada en Edimburgo en 1681, el consejo privado le preguntó si habia hablado con David Hackston: «Le he hablado, respondió, y loado sea Dios porque solo he visto en él á un buen jóven lleno de piedad.» Preguntáronla así mismo si el homicidio del obispo era una accion piadosa, y contestó:—Jamás he oido decir que le hubiese muerto, pero sí añadía que si Dios hubiese incitado y obligado á alguien para ejecutar este justo castigo, nada tenia que decir.»

Burley, segun se cree, se vió obligado á abandonar el condado de Fife, y el 25 del mismo mes llegó á Evandale en el condado de Lanarck, acompañado de Hackston y de otro sugeto llamado Daniel que habia formado parte de la misma banda. Allí encontró á su antiguo amigo Hamilton, de quien hemos ya tenido ocasion de hablar, y habiéndose determinado á tomar las armas, reunieron bien pronto gran número de proscritos del Oeste. Alentados por designios generosos resolvieron empezar sus correrías el 29 de mayo de 1679, aniversario de la restauración, con cuyo motivo habia el parlamento consagrado una fiesta que aquellos miraban como una ceremonia profana. En consecuencia, Hamilton, Burley y Hackston, á la cabeza de ochenta caballeros bastante bien armados, entraron en el pueblo de Rutherglen, enlutaron la festividad, quemaron al pie de las cruces los actos del parlamento en favor del episcopado y supresion de los

conventículos, y destruyeron tambien los actos del consejo de estado que regulaban las licencias concedidas á los presbiterianos. Hicieron además una protesta solemne, ó un testimonio, como decian ellos, y atándole á la cruz finalizaron la ceremonia con salmos y oraciones.

Un cuerpo de infantería, numeroso pero mal armado, se les unió á poco, subiendo su número á unos seiscientos hombres, con los cuales acamparon en Loudon-Hill. Claverhouse que se encontraba entonces de guarnicion en Glasgow, marchó rápidamente contra los rebeldes á la cabeza de su escuadron de caballería, y de algunas otras fuerzas en número de ciento cincuenta hombres. El primero de junio llegó á Hamilton tan repentinamente, que hizo prisionero á King, famoso predicador de los rebeldes, y continuó su marcha llevándose consigo hasta la aldea de Drumclog situada á una milla al este de Loudon-Hill y á doce millas de Hamilton. A alguna distancia se encontraban los rebeldes bien atrincherados tras de un pantano casi impenetrable á la caballería, y cubierto además de anchas zanjas.

Los dragones de Claverhouse dispararon sus carabinas, y ensayaron de dar una carga; pero, la naturaleza del suelo los puso en el mayor desorden. Al propio tiempo Burley que mandaba el reducido cuerpo de caballería de los wighs, los condujo contra la de Claverhouse, que fué al propio tiempo atacada vigorosamente por la infantería al mando del bravo Cleland (1) y del fanático Hackston. El mismo

(1) William Cleland, hombre de mucho talento, fué

Claverhouse se vió obligado á huir, y por poco cayó en poder del enemigo: su caballo, á quien abrieron el vientre, anduvo arrastrando durante mas de una milla sus entrañas. Pasando el fugitivo comandante junto á King, ese ministro al que habia hecho prisionero, y á quien abandonaron en la confusion sus soldados, le dijo: « Detente, y lleva contigo á tu prisionero, » ó segun otros: « Detente y escucha el sermón de la tarde. » Claverhouse pudo por fin mudar de caballo, y continuó su retirada hácia Glasgow. Habia perdido en esta escaramuza unos veinte caballeros, y á mas su corneta y su pariente Roberto Grahame, de quien habla la balada popular. Los wighs no perdieron mas que cuatro hombres. « Los rebeldes, dice Cricthon, encontrando el cuerpo del corneta é imaginando que era el de Claverhouse, le trataron con inaudita barbarie, le cortaron la nariz, le arrancaron los ojos, y le atravesaron con cien estocadas (1).

Burley desplegó la mayor actividad durante el combate, á pesar de que no era el general del cuer-

autor de muchos poemas impresos en 1697. Traslúcese su opinion anti-monárquica en estos versos: ¿Desearia saber si los halcones cometerian un crimen matando á una aguilá? Era un escrupuloso no-conformista. Después de la revolucion de 1688 fué coronel del regimiento de Angus, llamado el cameroniano. Le mataron el 21 de agosto de 1689 junto á Dunkeld, en un punto defendido bizarramente por sus tropas contra un numeroso cuerpo de montañeses.

(1) Memorias del capitán Cricthon.

po de whigs, honor que se habia conferido á Roberto Hamilton, inspirado como todos sus soldados por el mas salvaje fanatismo. Una relacion presbiteriana de este combate conviene en que Hamilton dió pruebas de mucho talento y valor durante el combate y la persecucion. Pero, mientras que él y algunos bravos perseguian con calor al enemigo, muchos soldados se ocupaban del pillaje, por poco considerable que fuese, despreciando la coyuntura de completar la victoria. Otros, sin conocimiento de Hamilton y contra sus órdenes positivas, dieron cuartel á cinco de sus crueles enemigos, á los que soltaron. Hamilton supo con pesar que se habia perdonado á los hijos de Babel, despues que el Señor los habia puesto en sus manos para estrujarles el cráneo sobre los guijarros. »

El mismo Hamilton habla de esta circunstancia en su relacion, diciendo : « Que esta piedad fué su primer pecado, y que temia que el Señor no quisiese honrarle mas dándole encargo de defender su causa. Añade que no quiere conceder ni recibir socorro de los enemigos de Dios. » Burley, que no era hombre para incurrir en culpa de indulgencia, desarmó sin embargo á uno de los domésticos del duque de Hamilton (muy distinto del otro individuo de su nombre), y le encargó que dijese á su dueño que guardaria hasta que le encontrase las pistolas que acababa de tomar. El doméstico al hacer al duque la pintura de Burley, dijo que era un hombre pequeño y fornido, y de una fisonomía feroz.

Cuando llegaron á Loudon-Hill los rumores de este acontecimiento, muchos gentilhombres, pre-

dicadores y paisanos, que habian adoptado dogmas mas moderados, se reunieron al ejército de Hamilton, creyendo que una diferencia de opinion no debia impedirles dedicarse á la causa comun. Los rebeldes fueron rechazados en un ataque que dieron á Glasgow, poblacion que sin embargo se vió Claverhouse precisado á evacuar algun tiempo despues. Entonces fueron aquellos libres poseedores de casi todo el oeste de la Escocia. Establecieron su acampamento en Hamilton, donde, lejos de ocuparse en disciplinar sus soldados, los cameronianos y los erastienses, nombres que los mas violentos daban á los moderados, solo pensaban en discutir en sus consejos de guerra los motivos que les habian hecho tomar las armas. Hamilton, su general, era el gefe del partido exagerado; John Walsh, ministro, dirigia á los erastienses. Estos últimos llegaron á hacer adoptar un manifiesto en el que se reconocia la autoridad del rey: mas esta publicacion dió lugar á nuevas querellas. Cada faccion tenia sus gefes de los que la mayor parte querian ser oficiales; y habia en efecto dos consejos de guerra, donde se dictaban á un tiempo órdenes y proclamaciones contrarias. Unos reconocian á Carlos II, y otros le llamaban tirano, bárbaro y perjuro.

Entre tanto se exageraba su número y su fanatismo en Edimburgo, donde se estaba en la mayor zozobra temiendo que iban á hacer movimiento hácia el Este. No solo se hizo incontinenti un llamamiento á la milicia de infantería, si que tambien se esparcieron proclamas en que se mandaba á todos los propietarios de los condados del Norte, del

Sud y del Oeste, presentarse al ejército del rey con sus mejores caballos, sus armas, y vasallos. En el condado de Fife y en otros donde dominaban las doctrinas presbiterianas, muchos gentilhombres no dieron cumplimiento á estas disposiciones. La mayor parte se escusaron con el temor de alarmar á sus mugeres.

Pronto se reunió con todo un ejército considerable, del que vino á tomar el mando por orden de Carlos el duque de Bucleugh y de Monmouth. Las tropas reales se pusieron lentamente en marcha hácia Hamilton, y el 22 de junio de 1679 llegaron á Bothwell-Moor. Los rebeldes estaban acampados gran parte en el parque del duque de Hamilton á lo largo del rio Clide, que separaba los dos ejércitos.

El puente de Bothwell, largo y estrecho, fué atrincherado por los wighs, que trataron de hacer una enérgica resistencia. La defensa de este punto fué confiada á trescientos hombres escogidos, mandados por Hackston de Rathillet y Hall de Haughhead. Al amanecer esta pequeña tropa pasó el puente y se tiroteó con la vanguardia real, que se habia adelantado hasta el pueblo de Bothwell; pero pronto Hackston volvió á situarse al otro lado del puente.

Mientras que el duque de Monmouth anunciaba por sus disposiciones que iba á forzar el paso, los mas moderados entre los rebeldes determinaron ofrecer una transaccion. Ferguson de Kaitloch, propietario, y David Hume, eclesiástico, llevaron al duque de Monmouth una súplica, en la que pedian el libre ejercicio de su religion, un parlamento libre, y una asamblea general emancipada de su

iglesia. El duque los escuchó con su dulzura ordinaria, y les aseguró que hablaría á su majestad en su favor si le prometian deponer las armas y dispersarse incontinentemente. Si todos los rebeldes hubiesen profesado opiniones moderadas, esta proposicion aceptada entonces hubiera ahorrado mucha sangre, y sin duda no hubiera dejado de ser ventajosa á su partido; así mismo, si todos ellos hubiesen sido cameronianos la defensa hubiera sido tenaz y desesperada. Pero mientras que los oficiales de todos los partidos discutian las proposiciones del duque, la artillería de este estaba ya asestada del otro lado del río para proteger el ataque de la infantería al mando de Livingstone que iba á forzar el puente. Hackston se defendió obstinadamente, y solo cuando hubo consumido todas las municiones, y perdido toda esperanza de socorro, abandonó aun á pesar suyo aquel importante punto. En cuanto se hubo retirado, el ejército del duque desfiló lentamente por el puente, precedido de la artillería, y se formó en batalla á medida que llegaba á la otra orilla. El duque mandaba la infantería, y Claverhouse la caballería. Es probable que este movimiento no se hubiese podido ejecutar fácilmente si el enemigo hubiese querido oponer una resistencia seria: pero los wighs estaban ocupados en distintos planes. Por una estraña fatalidad habian escogido precisamente este momento para descartarse de sus gefes y elegir otros: el estampido del cañon vino á turbarlos en esta operacion. A la primera descarga la caballería de los sublevados volvió riendas arrollando en su fuga á la infantería. Los autores ca-

meronianos echan la culpa al comandante de aquella arma; pero los más moderados hacen recaer la falta sobre Hamilton, cuya conducta hace difícil decidir si fué mas cobarde que traidor ó imbécil. El generoso Monmouth deseaba ahorrarse la sangre de sus compatriotas obcecados, y esto le acarreó tambien mil quejas de parte de los realistas exaltados. Circunstancia muy feliz fué para los rebeldes que no se hubiese dado la batalla un dia mas tarde, puesto que llegó el anciano Dalziell que compartia con Claverhouse el odio y el temor que inspiraba á los wighs: traia una orden que quitaba á Monmouth el mando en jefe para transferírsele á él. Se dice que públicamente echó en cara al duque su escesiva blandura, y que espresó su anhelo de que aquella orden hubiese llegado un dia mas pronto, porque, dijo, que hubiera impedido á aquellos malvados turbar nunca mas el pais. Tenia un carácter duro y terrible. Un prisionero á quien interrogaba delante del consejo privado le llamó fiera de Moscovia que hacia asar á los hombres, y furioso aquel al oírlo, le hirió el rostro con el puño de su sable, de manera que le hizo derramar sangre. Habia jurado despues de la muerte de Carlos I, no afeitarse jamás; la barba le bajaba hasta la cintura, y como llevase siempre un vestido de piel á la antigua usanza, siempre era seguido de los muchachos y de la canalla. Carlos II le instaba á que no diese mas motivo á los muchachos á que le siguiesen, y á que arreglase su traje para evitar los accidentes á que su vista podria dar lugar. Para obedecer al monarca,

compareció un dia en palacio vestido á la moda, pero conservando siempre su barba.

A pesar de las órdenes dadas por el duque, hizo la caballería un horroroso estrago entre los fugitivos, de los que perecieron cuatrocientos.

La venganza de Claverhouse tenia una causa mas importante, si bien que menos natural, que el deseo de vengar la muerte del corneta, pariente suyo, muerto en Loudon-Hill. Hay quien atribuye con franqueza la muerte de Monmouth posterior á estos hechos á su querrela con Claverhouse. Este tenia un carácter sanguinario, altivo é implacable, y le bastó que aquel le avisase á mostrarse blando con los fugitivos para que los persiguiese con un encono inhumano.

Es probable que si los cameronianos hubiesen salido vencedores no les hubieran ido en zaga en punto á crueldad á los realistas. Cricthon refiere que tenian preparada en el campamento una alta horca y gran cantidad de cuerdas destinadas á la ejecucion de los prisioneros que hiciesen: alaba con este motivo la clemencia de los soldados realistas que condujeron á sus prisioneros al pie de la horca y los guardaron sin hacer ademan de querer ahorcar á uno siquiera.

La clemencia de Monmouth habia tenido que combatir en Escocia los consejos sanguinarios de Claverhouse y de Dalziell. Cuando fué llamado á Londres osó hacer reclamaciones á Carlos en nombre de la humanidad, y apoyar las peticiones de los escoceses contra la tiranía de Louderdale. El rey respondió que todo habia sido ejecutado por orden suya y en bien de sus intereses. Cuando estos dictan

al Monarca que sea cruel, muy vacilante debe de estar seguramente su trono.

La ausencia de Monmouth dejó libre rienda á las ejecuciones militares, á las torturas y á las exacciones hasta que por fin los vencidos obtuvieron tres meses de respiro con el nombramiento del duque de York para el gobierno de Escocia.

Desde cierta época habia este príncipe concebido proyectos de contrarrevolucion, y para llevarlos á cabo tenia necesidad de grangearse partidarios. Tuvo el talento de mostrarse imparcial entre las facciones, y de hacerse agradable con su afabilidad á todas las clases: pero á los tres meses cesó en el mandó, y dejó tras sí los mismos rigores que solo habia podido suspender. Entonces nació la secta irreconciliable de los cameronianos, así llamada de Cameron, uno de los gefes que pudieron escapar de la matanza de Bothwell-Bridge. Exasperado por la persecucion, Cameron leyó en público y fijó en el mercado de Sanguhar una declaracion de que Carlos Estuardo, violando sus juramentos habia tambien desatado á los súbditos de los suyos.

Los realistas marcharon contra la nueva secta, á cuyos individuos sorprendieron en Aerdmoss: Cameron y su hermano murieron con las armas en la mano. Hackston de Rathillet y otros quince cayeron prisioneros; el resto pudo salvarse; el predicador Carquill continuó á pesar de esto predicando por los campos, y escomulgó audazmente á todos sus perseguidores, comprendiendo entre ellos al duque de York y al rey.

Cuando el duque volvió por segunda vez á Esco-

cia se dispensó de disimular su orgullo y su religion, y ya no daba muestras de benevolencia sino para con los gefes torys. Habiendo obtenido para su propio culto la tolerancia á que aspiraba así como el acto que aseguraba la sucesion del trono á un príncipe católico, se encargó de justificar las atrocidades del consejo privado, continuando en ellas: el descubrimiento de una conspiracion le dió desgraciadamente nuevos pretextos para ello. El verdugo vino á ser el hombre mas ocupado del país, segun espresion de un autor de cierta crónica, y la justicia se vió indignamente prostituida á la venganza de los episcopales. Despues de haber declarado que no habria paz en Escocia mas que cuando hubiese hecho de ella un vasto cementerio, hizo el duque formar una lista de proscripcion de dos mil personas, y por último se propuso en pleno consejo un degüello general, firmado por el mismo rey, segun asegura Wodrow. Los escritores mas favorables al episcopado convienen en que es necesario correr un velo de horror sobre esta época. Dicen sin embargo que Carlos comprendió ser harto violento para duradero este régimen de terror y de suplicio; pero murió á poco de un ataque de apoplejía en 1685 en el seno de la iglesia católica. Seria tal vez injusto juzgar á este príncipe solo por su gobierno tiránico en Escocia: tuvo algunas virtudes en Inglaterra, si bien que jamás se le pudo nombrar entre los buenos reyes. Carlos II, si esta escusa vale, hizo poco mal por sí mismo, pero dejó que otros lo hiciesen bastante para ser comparado por sus súbditos de Irlanda y de Escocia á los tiranos mas odiosos del bajo imperio.

Capítulo nono.

Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia. — Esperanzas de las distintas sectas. — Jesuitas. — Proscripcion.

ACEPTANDO á Jacobo II por dueño las distintas sectas de Escocia creyeron garantir por medio de un compromiso su seguridad particular. Los presbiterianos esperaban no ser sacrificados por mas tiempo á los episcopales, y estos algo mas indiferentes en punto á su religion despues del triunfo solo conservaban sus sentimientos de torys. Por otra parte, se reputaba tan fuera de lo posible el restablecimiento del catolicismo, que á los ojos de todos los hombres sensatos hubiera sido locura emprenderlo. Desgraciadamente para Jacobo, la ambicion de algunos jesuitas probó que tal proyecto de contrarevolucion religiosa era en efecto un acto de demencia política. Proclamóse en Escocia una amnistia; pero casi al mismo tiempo, para cruel desengaño, se esceptuó á todas las personas esclusos los jornaleros y paisanos. La persecucion estendió poco á poco su círculo, y llegó aun á ser ingeniosa para ejercer sus caprichos de venganza.

Los proscritos y los desterrados creyeron favorable el momento para entrar armados en su pais natal. El hijo del duque de Argile que se encontraba en Holanda, desembarcó al improviso en su condao, é hizo recorrer la cruz de fuego por las mon-

tañas; cinco mil hombres se alistaron bajo su bandera; pero los demas de su clase eran católicos y adictos á Jacobo, ó enemigos de Campbell; en el Oeste la declaracion del duque no satisfizo plenamente á los fanáticos cameronianos: ademas el país estaba ocupado militarmente y comprimido. Argile, reducido á sus propias fuerzas, y perdido en una marcha mal calculada sobre Glasgow, perdió su caballería y su bagaje en un pantano, y vió penetrar el desórden entre los suyos, que se dispersaron casi sin combatir. El mismo, fugitivo, disfrazado, y hecho prisionero por soldados ingleses fué reconocido por Shaw de Greenock en vista de la barba que se habia dejado crecer desde que escapara de la prision en tiempo de Cárlos II. Se resignó á su suerte con valor; la monarquía creyó vengar á Montrose tratando á Argile del mismo modo que aquel lo habia sido de los republicanos. El desgraciado duque sufrió con admirable valor todas las indignidades que se le prodigaron, y luego el último suplicio: el heroismo pertenece á todos los partidos.

Monmouth habia combinado en Inglaterra su insurreccion con la de Argyle, ya hemos visto que no fué tampoco mas feliz, y que Jacobo fué inexorable para con su sobrino. Pronto la Inglaterra no tuvo nada que envidiar á la Escocia en punto á tiranía, en tiempo en que el juez Jeffrees de odiosa memoria vendia la justicia á su dueño. El rey en sus cartas escribia: «Mi supremo corregidor ha entrado en campaña; ha condenado ya á centenares, de los que muchos han sido ajusticiados ya y otros lo serán en breve, enviando los restantes á las colonias.» La

poblacion de ambos reinos se cansó al cabo de verse de este modo diezmada. Encontrábanse los papistas á la cabeza de la administracion, y recayó sobre de ellos lo mas odioso de la tiranía. Habíase fundado en Edimburgo en el palacio mismo de Holyrood un colegio de jesuitas para instruccion gratuita de la juventud, y se preparó una capilla para la celebracion de la misa; pero, un domingo, se levantó en tumulto el pueblo, atacó en el altar al sacerdote, y le obligó á abjurar públicamente. En los rangos mas elevados del estado la oposicion osó así mismo presentarse amenazadora, á pesar del conde de Murray, nuevamente convertido, que parecia querer espiar por su celo las persecuciones de su abuelo contra el catolicismo. Los presbiterianos, no pudiendo ya dudar, atendidos los actos del gobierno, que iba á ser restablecido el papismo, parecieron despertar de su estupor. Todos los votos se dirigian hácia el príncipe de Orange, heredero protestante de Jacobo. Hubiérase sin embargo aguardado con resignacion la muerte del príncipe reinante; pero el nacimiento de un hijo, cuyo acontecimiento tomó Jacobo á milagro de la Providencia en favor del catolicismo, no ofreció á la Inglaterra ni mas menos que á la Escocia mas que un cambio de dinastía para la comun salvacion. Reuníanse en masa los descontentos alrededor de Guillermo; tenia lugar la correspondencia mas activa entre ellos y sus adherentes que habian permanecido en la Gran Bretaña, y por último llegó el dia en que debia completarse como hemos visto ya en los capítulos anteriores la

obra grande de la revolucion de Inglaterra, y la ruina del absolutismo.

Al principio dió muestras de alguna indiferencia el cuerpo de la nacion; el populacho cometió algunos excesos contra los papistas, los que fueron reprimidos por las clases elevadas, que se apoderaron al cabo de la revolucion y lograron que marchase con una calma majestuosa é imponente.

Capítulo décimo.

Consecuencias de la revolucion de 1688 en Escocia. —
El vizconde de Dundee. — Batalla de Killiegrankie. —
Mortandad de Glencoe.

LA revolucion dió pasos agigantados en Escocia como en Inglaterra: los soldados no pudieron resistir á los primeros sacudimientos del pueblo. Una convencion de los estados declaró que Jacobo habia abdicado; de este modo eludian la nota de rebelion los partidarios del derecho hereditario. El recuerdo de once generaciones de Estuardos era todavía y sin duda alguna un encanto para los Escoceses; pero su lealtad se habia debilitado por la permanencia en Inglaterra de los cuatro últimos soberanos de este nombre. Una revolucion republicana habia enseñado ya que la legitimidad es solo una ficcion política; y Jacobo, haciendo de sus defensores los instrumentos de la tiranía, habia acabado de despopularizar su dinastía en el pais que fué su cuna. Sin embargo, entre los highlanders se encontraban todavía algunas tribus que habian recibido de Jacobo bastantes favores: se mostraron por tanto reconocidos, fuera de que los highlanders tuvieron siempre intereses distintos que los habitantes del pais bajo. Tal vez el nombre del vizconde de Dundee era necesario á pesar de todas las disposiciones del pais para encender una guerra civil en Escocia: en efecto, acre-

ditó la experiencia que la insurreccion estaba destinada á sucumbir, habiendo perecido Claverhouse (Dundee por otro nombre) ganando la batalla de Killiegrankie.

Deseoso de imitar los hechos de armas de Montrose, su deudo, aquel general, á la cabeza de los montañeses, parecia dispuesto á conquistar toda la Escocia. Se le opuso Mackay, que salió de Dunkeld con tres mil infantes y dos regimientos de caballería.

Dundee solo tenia unos dosmil hombres; dejó que se empeñase el enemigo en los desfiladeros, y alineó sus soldados en batalla sobre una eminencia. Los dos comandantes escitaron á sus tropas á que cumpliesen debidamente con sus deberes. Mackay habló á los suyos de la justicia de su causa, y además les demostró que era imposible su retirada, rodeados como se veian de montañas y de precipicios.

Dundee recordó á sus soldados el valor de sus tribus, y los glorias de que habian sido testigos aquellos peñascos, que eran para ellos la patria y la muralla de su independenciam. El fué quien dió la señal una hora antes de ponerse el sol. Los highlanders bajaron en columnas cerradas despreciando el fuego del enemigo, y reservándose contestar á él hasta que estuviesen á algunos pasos de la línea enemiga. Entonces, despues de una descarga cerrada, desenvainaron sus espadas antes que los soldados de Mackay hubiesen podido armar con las bayonetas sus fusiles. De consiguiente así se dió cuerpo á cuerpo el combate, y en el llevaron los montañeses

toda la ventaja. El mismo Mackay, casi enteramente rodeado de los enemigos, quiso abrirse paso hácia dos regimientos que permanecian todavía intactos á su izquierda. En este momento el mismo Dundee señalaba aquellos dos cuerpos al impetuoso denuedo de sus soldados; pero al levantar la mano para dar esta última señal de victoria, y cuando espoleaba él mismo su caballo, recibió una bala en el hombro. Dundee sobrevivió todavía á esta herida el tiempo suficiente para escribir á Jacobo un parte conciso de la batalla. Erigióse en aquel mismo lugar una lápida á su memoria. Célebre en las baladas nacionales, ha sido llamado en su epitafio el último de los escoceses.

Casi espontáneamente se dispersaron los montañeses poco tiempo despues de esta victoria fatal, y los jacobitas ya no formaron en Escocia mas que un partido oscuro, que sirvió de apoyo por intervalos á varios descontentos estraños á su causa hasta 1715. Algunos movimientos parciales fueron fácilmente sufocados entre los highlanders, aun mas por el oro del tesoro real que por la fuerza de las armas las disensiones de los mismos montañeses sirvieron desde entonces poderosamente á la causa de la revolucion y de Guillermo: por esto supieron mantenerlas sus agentes. Solo á instigacion de algunos gefes codiciosos pudo incitar á aquel monarca á que autorizase la famosa matanza de 1692.

Magdonaldo Glencoe y su tribu habian sido los últimos á someterse al nuevo gobierno. Aun llegó á negarse esta sumision, y el degüello de la tribu fué

representado el acto mas propio para la pacificacion de los highlanders.

Glencoe, contando con la amnistía, hacia mas de un mes que permanecia pacífico entre las suyos, cuando llegó del fuerte de William un destacamento bajo las órdenes de Campbell de Glenllion. Los soldados fueron recibidos como amigos, y alojados entre los habitantes del valle. Su comandante recibia hacia quince dias la hospitalidad en la casa misma de Glencoe, que compartia con él su mesa. Habian pasado juntos la velada jugando á los naipes, y los oficiales estaban convidados á comer el dia siguiente con el gefe. Pero aquella misma noche llegó la orden de degollar á todos los miembros de la tribu, perdonando solo á los ancianos cuya edad pasase de los setenta. No se dió el menor plazo; cuando amaneció la aurora los dos tercios de la desgraciada tribu habian ya perecido. La muger de Glencoe fué desnudada por los soldados, que le arrancaron con los dientes las joyas que llevaba: murió á poco de horror y de desesperacion. Fué fusilado un anciano de ochenta años, y á otro le quemaron vivo. Los que pudieron salvarse ganaron las montañas; pero todos los desfiladeros estaban tomados, y solo una tempestad pudo arrancarlos de manos de sus verdugos. Esta ejecucion militar no dejó de producir el efecto que se deseaba de inspirar terror á los rebeldes; pero el descontento fué general, y cincuenta años despues del degüello de Glencoe sirvió de texto á los jacobitas para clamar fuertemente contra la usurpacion.

Sin embargo, la revolucion de 1688 y el reinado

de Guillermo ofrecieron pocos ejemplos de semejantes actos, y este príncipe, aunque tuviese defectos, fué por lo menos el primer rey de Inglaterra y de Escocia, desde la reforma, que deseó francamente la tolerancia religiosa y el afianzamiento de las libertades públicas.

Capítulo undécimo.

Reinado de Ana. — Acto de seguridad. — Nuevo Parlamento. — Fletcher de Saltoun. — Lord Belhaven. — Union de los dos reinos de Escocia y de Inglaterra consiguiente á la union de las coronas efectuada mucho tiempo antes.

ANA era la única hija protestante de Jacobo II. Si su advenimiento al trono gustaba á los wighs á causa de su religion, su persona era sin embargo un Estuardo para los torys, y su reinado lo reputaban como una semi-restauracion. En efecto, los torys invadieron la administracion en Inglaterra. En Escocia los jacobitas continuaron siendo escludidos de ella; pero echaron mano de una oposicion legal, lisonjeándose que la reina Ana, fiel á los vínculos de sangre, podria legar la corona á su hermano. Mas, la reina logró que confirmase el parlamento de Escocia los estatutos que garantizaban la sucesion protestante. Como este parlamento se hubiese perpetuado hacia ya dos años en contraposicion á la ley de una reeleccion anual, todos los ministerios precedentes habian tenido tiempo de reclutarse partidarios en su seno. Solo como por fuerza, y despues de largos plazos, fué por fin renovado; con todo, el gobierno influyó en un gran número de nuevas elecciones, halagando las esperanzas de los jacobitas que votaron contra la oposicion presbite-

riana. El nuevo parlamento se ocupó ante todo del porvenir de la monarquía con respecto á la Escocia; siguiéronse debates animados á la proposición de un *acto de seguridad* que tendia á limitar la prerogativa real sobre muchos puntos, y entre otros, tocante á la sucesion de la corona.

Este acto interesaba vivamente á la independenciam de Escocia como nacion: en consecuencia fué combatido del ministerio, y solo se le dió curso en la segunda legislatura, cuando el parlamento rehusando los subsidios obtuvo el consentimiento del gabinete, ganándole en cierto modo por el hambre. Por este acto estaban autorizados los estados del reino escocés á reunirse cuando muriese la reina, para nombrar un sucesor de sangre real y de religion protestante; pero nunca el mismo que pudiese suceder al trono de Inglaterra, á menos que anteriormente no hubiese garantido la religion, las libertades y el comercio de la Escocia. Entre los oradores que mas se distinguieron para lograr del gobierno esta ley, se distinguió un miembro muy elocuente llamado Fletcher de Saltoun, digno de ser comparado á Fox y á Sheridam.

Columbraron los Ingleses que la Escocia tendia á separarse de ellos; sus propias prevenciones habian contribuido no poco en los reinados anteriores á hacer infructuoso todo proyecto de incorporacion ó union de los dos paises. Y estas mismas prevenciones se mostraron por un momento mas hostiles, pero muy pronto cedieron á la perspectiva de reducir la Escocia al rango de provincia inglesa.

Empezóse por asegurarse por medio de la cor-

rupcion un partido inglés entre los escoceses ; se hicieron hábilmente resaltar las ventajas reales que resultarian para la Escocia de esta fusion de dos estados ; y cuando se hubo asegurado el logro , mas por secretos manejos que por discusiones preparatorias , se escogieron comisionados para arreglar los artículos de esta importante negociacion.

Conociendo que la union no podia ser popular en Escocia , sus comisionados opusieron frecuentemente á este acto objeciones fundadas en los derechos legítimos de su pais ; pero cada objecion era interpretada por la Inglaterra como una amenaza de rompimiento , y los representantes escoceses , que estaban ganados secretamente , se apresuraron á advertir al gobierno que solo oponian resistencia para salvar las formas. De este modo se arreglaron á gusto de la Inglaterra las bases de un impuesto territorial, y el derecho de representacion en un parlamento comun. Este tratado preliminar debia ser discutido por el parlamento nacional , al que se reservaba por última funcion el derecho de abolirse á sí mismo para siempre. Al publicarse los artículos la alarma y la indignacion fué general ; los pasquines , y las alocuciones públicas eran objeto de los mas animados debates en toda Escocia. Los presbiterianos temian la futura influencia del episcopado anglicano ; los episcopales preveian que iban á ser sacrificados al presbiterianismo en favor de la union ; los pobres clamaban sobre todo contra los pechos que iban á aumentar el precio de los géneros mas necesarios á la vida , y los comerciantes contra los tributos que equivalian para ellos á una prohibi-

cion de negociar; todas las clases, todos los estados, todos los partidos sentían renacer el antiguo patriotismo escocés á la idea de ver borrado el nombre de su pais natal de la lista de las naciones independientes. En tal agitacion de los ánimos, que fué seguida de algunas conmociones, se juzgó necesaria la fuerza real para proteger la calma de las deliberaciones: pero la proteccion de las bayonetas acostumbra con frecuencia á ser funesta á la libertad.

Los partidarios de la corte no escaseaban buenos argumentos para recomendar la union: el tiempo ha apoyado sus raciocinios, sin empero absolver á unos de su obsequioso y aun servil rendimiento, ni á otros de su venalidad. Por otra parte, quizás el mismo decurso de tiempo hubiera tambien probado que la Escocia independiente podia procurarse por otros medios no menores ventajas. La union, decian, solo viene á ser una alianza mas íntima; estinguense para siempre las antipatías nacionales; ¡cuantos vínculos naturales! qué de semejanzas en las leyes y las costumbres! qué de intereses comunes llaman á las dos naciones á componer solo una tarde ó temprano! Además, subsistirian aun despues de la fusion distintos matices que formarian un todo hermoso. ¿La misma Escocia no contiene dos razas distintas, la de los highlanders y la de lowlanders, en otro tiempo enemigas, pero ya unidas y multiplicando cada una sus mutuas relaciones? Resta el vano fantasma de la independendencia; ¿se encuentra la Escocia en estado de defenderla contra su vecina? Solo le queda un medio de conservarla honrosamente, asociándola á la independendencia inglesa, al

modo que una vírgen casta y prudente, y que posee el convencimiento de su debilidad, acepta una ilustre alianza, y salva con ageno nombre el honor de su persona. La gloria y el comercio de la Inglaterra nos pertenecerán igualmente, y la industria del pais florecerá con las artes y la paz: ¡ qué, se disminuye vuestra representacion!... pero lo constitucion inglesa se altera así mismo, porque quien admite un asociado en su casa ya no tiene él solo la administracion esclusiva de sus negocios domésticos. Por otra parte, un parlamento inglés no puede tener otro interés que el bien comun, y ambas naciones pueden disfrutar en adelante de la felicidad y de la seguridad bajo una misma legislatura, mientras que la religion, la libertad y la sucesion protestante son garantidas por la union.

La oposicion, designada con el título de partido patriota, sostuvo que en todo gobierno hay ciertas bases fundamentales, que por ningun título podia la legislatura violar ni alterar, cualesquiera que fuese el origen de los poderes de los miembros de una asamblea electiva; bien fuesen nombrados por la corona, ó directamente por sus comitentes, poseian solo una delegacion, un mandato sagrado, severamente limitado á la observancia y á la conservacion de la carta establecida, ó fundada por el pueblo. Sin la voluntad espresa de este, y aun menos en oposicion á esta voluntad declarada, un parlamento no podia anular ni transferir á otro su poder legislativo. Además, ¿qué resultaria de una union reprobada de toda la nacion? Descontentos eternos, y frecuentes rebeldías. ¿Qué importa un aumento

de riquezas ó bienestar para quien prefiere el bien , menos palpable tal vez , pero no menos real de la independencia? En vez de abrir todos los mercados de Europa al comercio de Escocia , la union no haria mas que absorberlos en los mercados ingleses : ¿qué equivalentes podian garantir á la pobre Escocia? Aun , si en el parlamento inglés se admitiesen una porcion razonable de pares y de diputados populares ; pero los pares conservados por un sistema electivo se reducian á diez y seis , un décimo de la alta cámara de Escocia , y en la misma proporcion solo cuarenta y cinco miembros entraban en la cámara de los comunes.

Fletcher de Saltoun osó decir la verdad desnuda , acusando á los comisionados de traicion : el duque de Hamilton le apoyó , y lord Belhaven , elevándose en sus declamaciones , y dominando desde la tribuna para aterrar á los malos ciudadanos vendidos al rey de Macedonia , pronunció este discurso :

« Creo ver un reino libre é independiente abandonar el precioso privilegio que en todos tiempos ha puesto en alarma á todos los estados del mundo : el de arreglar sus propios negocios. Veo los pares actuales de la Escocia , cuyos ascendientes iban á coger tributos en las provincias inglesas , reducidos á recorrer por esos palacios como procuradores ingleses , mientras que en la misma Escocia un administrador recibirá mas homenajes y respeto del que fueron jamás objeto sus abuelos. Veo nuestros barones , bravos defensores de nuestras libertades , poner el sello del silencio sobre sus labios para evitar multas fulminadas por leyes desconocidas ; y

los ciudadanos oprimidos con odiosas restricciones en su comercio escurrirse con mengua al través de las desiertas calles de las ciudades, despues de haber comido su sopa sin sal, y bebido agua en vez de cerveza. Veo los propietarios abrumados con impuestos y reducidos á pedir limosna; y sobre todo, ahí está vuestra madre comun, la antigua Caledonia, sentada como César en medio de nuestro senado, mirando en torno suyo con ojos llorosos, cubriéndose de su manto real, y exclamando al recibir de nuestras manos la copa fatal: «Y tú tambien, hijo mio!» El *patricida* es peor que el parricida; y nosotros cuyos mayores fundaron esta monarquía independiente, y nos legaron su constitucion y sus leyes intactas, ¿permaneceremos mudos cuando la patria peligra? serémos traidores á lo que tan caro costó á nuestros padres? Los Ingleses son una nacion grande y gloriosa, sus ejércitos claman victoria en todas partes; su marina es el terror de la Europa; su comercio abraza todo el globo, y su capital se ha hecho el centro de la tierra. Nosotros formamos una nacion obscura, pobre, despreciada, si bien que en otro tiempo digna de mas estimacion, situada en un rincon del orbe, sin alianza y sin nombre! ¿Quien nos impide sepultar en lo profundo todas nuestras animosidades, y reunirnos cordialmente cuando nuestra existencia como nacion está amenazada? El enemigo está á nuestras puertas, Annibal se presenta al pie de las murallas, Annibal está junto al trono, que pronto habrá destruido para ganar sus despojos, y desterrarnos para siempre mas de nuestros hogares. ¡Donde están los Douglas, los Graha-

mes, los Campbells, nuestros pares y gefes, que con su espada rechazaron á los Eduardos de Inglaterra, cuando querian usurpar esta independendencia que vamos á perder con un solo voto? Veo la constitucion inglesa quedar estable, con las mismas cámaras del parlamento, los mismos tributos, las mismas corporaciones comerciales, las mismas leyes y la misma judicatura, mientras que nuestras instituciones están sometidas á nuevas reglas, ó humilladas para siempre. Y porqué? á fin de ser admitidos al honor de pagar los atrasos de la deuda inglesa; y servir de caucion á los nuevos acreedores que tome. Mi corazon está para romperse de indignacion y de dolor á vista del triunfo que los Ingleses obtienen hoy dia sobre un pueblo valeroso y fiero, que ha combatido largo tiempo por su independencia; pero, aunque la Inglaterra fuese la primera en ofrecernos las condiciones que pudiésemos pedirla, jamás consentiria en abandonar nuestra soberanía, sin la cual, á menos que las partes contratantes permanezcan independientes, la seguridad de todo tratado se parece á la del hombre que estipulase para la conservacion de su propiedad quedando en cambio esclavo.»

Nada se contestó á esta patética manifestacion; estaba preparado el oro, y cuando se pasó á la votacion, una mayoría de treinta y tres votos pronunció la incorporacion de la Escocia á la Inglaterra.

A esta noticia cesa toda desunion entre los partidos; los cameronianos se unen á los jacobitas, y los highlanders con los habitantes del pais bajo: se organiza una formidable conspiracion; están tomadas

todas las medidas : si en este momento se hubiese presentado un Estuardo su causa estaba ganada. El duque de Hamilton es reconocido por gefe, él es quien debe dar la señal ; pero el secreto ha encontrado traidores ; falsas instrucciones hacen retardar el dia de la esplosion , y el mismo duque, comprado por la corte é instado en vano por sus amigos , finge una enfermedad y abandona cobardemente la causa nacional.

Por ventajoso que fuese el acto de union á la Inglaterra, forzoso fué poner en movimiento los resortes de la astucia mas refinada para hacerle adoptar de la cámara de los comunes.

En fin todo se consumó, con la adopcion de la ley inglesa tocante á los crímenes de alta traicion ; los patriotas mas adictos espieron en profundos calabozos su osada resistencia, en tanto que los traidores acudieron á Lóndres á reclamar unos su salario y otros los favores, precio convenido de su pretendida imparcialidad.

De las dos rebeliones que protestaron bajo el estandarte de los Estuardos contra la union, solo la primera tuvo á esta por causa inmediata ; hablamos de la de 1715 conducida por el inhábil conde de Mar y sufucada por el conde de Argyle, habiendo estallado en seguida de la reaccion que á la muerte de la reina Ana ejercieron los vighs entrados en el poder contra los torys de todos colores. El conde de Mar era un adherente de la casa de Hanover ; político tímido , que la desesperacion de la desgracia y la persecucion habian echado en el jacobinismo, estaba á la vez falto de talento , de conviccion y de

valor : tuvo por contrario al hijo del primer duque de Argyle , discípulo de Marlboroug que se habia distinguido en Oadenarde y Malplaquet. El duque atacó á los higlanders entre Dumblane y Sherif-Moor solo pudo darles una batalla dudosa : esta bastó sin embargo para desalentar á aquellos á quienes la ventaja del número parecia menos esencial que la ventaja de un nuevo gefe. Al año siguiente vino el pretendiente á reunirse al conde de Mar ; pero no le distinguia ninguna de las ventajas que dieron fama su hijo unos treinta años despues , y se vió en la precision de reembarcarse para su destierro.

Argyle se mostró clemente para con los vencidos, y no menos hábil político que valiente general logró apaciguar una insurreccion tan mal conducida. Se enseña todavía junto á Dumblane una ancha piedra sobre la cual los higlanders aguzaron sus aceros la víspera de la batalla de Sherif-Moor ; pero solo sirvió para marcar el límite donde se detuvieron en su marcha á Edimburgo.

En 1719 hizo la España otra tentativa á favor de los Estuardos , pero fué tan infructuosa como las anteriores.

La insurrección de 1745 fué mas seria , y el estandarte de Cárlos Eduardo se adelantó hasta treinta leguas de Lóndres. Jorge II , á quien parecia gustar mas su electorado de Hanover que la corona de los tres reinos , se encontraba entonces en sus estados de Alemania. El Marqués de Iweeddale ejercia las funciones de secretario de estado de Escocia , como si dijésemos virey. El mando militar estaba confiado al general Cope. La historia de esta espedicion ca-

balleresca tiene su parte de novela. Pronto el joven príncipe tuvo á su favor los prestigios de los antiguos recuerdos y el brillo de sus rápidos sucesos. A las seis semanas le pertenecía ya la Escocia entera : desgraciadamente contó demasiado con la cooperacion de los jacobitas ingleses. Algunos papeles recientemente descubiertos en Roma en la testamentaria del cardenal de York le absuelven de la tacha de loca temeridad. El aislamiento en que se encontró su pequeño ejército en los condados de Inglaterra desalentó á los gefes highlanders ; la retirada solo la efectuó el príncipe contra su voluntad. El gobierno inglés tuvo tiempo de volver en sí de su estupor , y de hacer marchar tropas regulares contra el pretendiente. Esta fué la última vez que la revolucion de Inglaterra se vió amenazada terriblemente por la restauracion : de entonces mas la libertad inglesa se ha visto afianzada para siempre.

La batalla de Culloder desvaneció todas las esperanzas de los Estuardos : los cadalsos y las ejecuciones militares domaron últimamente la Escocia de los highlanders y los del pais bajo. La barrera de montañas que habia detenido á los Romanos , á los Sajones , á los Normandos y al terrible Cromwell , se vió franqueada y abierta de todas partes. La Escocia unida á la revolucion de Inglaterra es hermana suya y libre como ella ; pero la independenciam de la Caledonia , y el nombre de sus antiguos reyes ya solo se encuentran en las crónicas , en las baladas nacionales , y en las páginas dictadas al primer novelista del siglo ; Walter Scott , por el patriotismo y el genio.

En las obras de este célebre Autor se halla sin embargo un vivo retrato de las inmensas dificultades que ofreció el espíritu indomable é independiente de los Escoceses para completar esta union; pues aun quando fuese el mismo el sistema de gobierno en ambos paises y formasen una sola nacion; pasó aun mucho tiempo antes de establecerse la verdadera union de sentimientos, y sofocarse antiguas antipatías y discordancias que habian encontrado recíprocamente estos dos pueblos.



INDICE

DEL TOMO TERCERO.

Pág.

LIBRO VIII.—Reunion de Ware.—Cromwell reprime á los agitadores y despues se reconcilia con ellos.—El parlamento dirige al rey cuatro hills, condiciones preliminares de la paz.—El rey los rehusa y trata en secreto con los Escoceses.—El parlamento vota que no tendrá jamás ninguna relacion con el rey.—Descontento general y reaccion en favor del rey.—Embarazo de los Independientes y de Cromwell.—Esplosion de la segunda guerra civil.—Campaña de Fairfax en el Este y alrededores de Lóndres, de Cromwell en el Oeste y de Lamberto en el Norte.—Sitio de Colchester.—Los Escoceses entran en Inglaterra.—Cromwell marcha contra ellos.—Batallas de Preston, Wigan y Warrington.—Cromwell en Escocia.—Los presbiterianos recobran su ascendiente en Lóndres.—El parlamento vuelve á empezar sus tratos con el rey.—Tratados de Newport.—Vicisitudes en el estado.—El ejército hace arrebatar al rey de la isla de Wight.—Es conducido al castillo de Hurst, y despues á Windsor.—Ultimo esfuerzo de los presbiterianos en su favor.—El ejército marcha sobre Lóndres.—Espurgo de la cámara de los comunes.—Proceso y muerte del rey.—Abolicion de la dignidad real. 1

INDICE

DEL TOMO TERCERO.

174

L. 1740. VIII.—Reunión de *Warr*.—*Cromwell* repone a los ex-
labores y después se reanuda con ellos.—El parlamento
dirige al rey cuatro bills, condiciones preliminares de la paz.
—El rey las repasa y trata en secreto con los *Parliament*.—El
parlamento vota que no tendrá jamás ninguna relación con el
rey.—*Decretario General* y reacción en favor del rey.—
Embargo de los *Independientes* y de *Cromwell*.—Expulsión
de la segunda guerra civil.—*Campaña de Farnham* en el Este
y alrededores de *London*, de *Cromwell* en el Oeste y de
London en el Norte.—*Sir* de *Calisher*.—Los *Parliament*
están en *legislación*.—*Cromwell* marcha contra ellos.—*De*-
las de *Farnham*, *Wigan* y *Warrington*.—*Cromwell* en *Farn-*
ham.—Los *Parliament* vuelven en acuerdo en *London*.
—El parlamento vuelve a emprender sus tareas con el rey.—
Treaty of Warrington.—*Vindicado* en el estado.—El ejército
pasa a *Warrington* al rey de la *Warrington*.—Es nombrado el
castillo de *Warrington* y después a *Warrington*.—Último estado de
los *Parliament* en su favor.—El ejército marcha sobre
London.—Espago de la *Warrington* de los *Parliament*.—*Proces*
y muerte del rey.—*Abolición* de la *Warrington*.

ANOTACIONES Y PIEZAS HISTORICAS CORRESPONDIENTES

AL TOMO TERCERO.

NUM. I.—Piezas relativas á la intervencion de los Estados-Unidos en favor de Carlos I.	99
NUM. II.—Instrucciones para los señores embajadores de sus altas potestades, enviados á Londres en el año 1649.	101
NUM. III.—Primer parte de los señores embajadores extraordinarios en Inglaterra, á los señores Estados generales.	105
NUM. IV.—Segundo parte.	109
NUM. V.—Tercer parte.	111
NUM. VI.—Cuarto parte.	112
NUM. VII.—Quinto parte.	114

— Engrandissement des loys	125
Cap. III. Le clerc de parlement. — Cromwell le Clerc. — Nouve règlement de ses fonctions. — Sa place au Parle- ment. — Pouvoir du Clerc.	126
Cap. IV. Représentation par Cromwell. — Ses négocia- tions pour servir le parlement des protestans. — Conférence de Cromwell. — Discours. — Sa dégradation ecclésiastique. — Sa mort. — Ses restes en l'île de Jersey. — Sépulture de sa tête. — Sépulture ecclésiastique de Cromwell.	128
Cap. V. Lettre de réprimande. — Louis Dubois. — Mort. — Sa sépulture.	130
Cap. VI. Plaine du prince de Orange. — Les galions de sa- vois. — Expédition de sa flotte en le détroit. — Com- plément de la convention de Westminster. — Le traité de Utrecht. — Le traité de la Haye. — Le traité de la Haye et de Madrid.	132
Cap. VII. Plaine du prince de Orange. — Les galions de sa- vois. — Expédition de sa flotte en le détroit. — Com- plément de la convention de Westminster. — Le traité de Utrecht. — Le traité de la Haye. — Le traité de la Haye et de Madrid.	134
Cap. VIII. Les galions de Savoie. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell.	136
Cap. IX. Les galions de Savoie. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell.	138
Cap. X. Les galions de Savoie. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell. — Conférence de Cromwell.	140

AVANTAJES Y PÉRDAS HISTÓRICAS CORRESPONDIENTES

AL TOMO TERCERO.

100	Núm. I.—Pérez relativos a la intervención de los Estados-Unidos en favor de Cuba I
101	Núm. II.—Intenciones para las señoras empajadoras de sus alas patatas, enviadas a Londres en el año 1640
102	Núm. III.—Primer parte de las señoras empajadoras enviadas a las señoras Estados generales
103	Núm. IV.—Segunda parte
111	Núm. V.—Tercera parte
112	Núm. VI.—Cuarta parte
113	Núm. VII.—Quinta parte

Apéndice.

- CAPÍTULO I. Carlos como particular. — Carlos como rey. — Cromwell 119
- CAP. II. Actos del parlamento despues de la muerte de Carlos I.—La cámara alta.— Ereccion de un nuevo tribunal. — Preparativos del hijo de Carlos. — Sus penalidades entre los Escoceses. — Victoria de Cromwell. — Carlos II fugitivo. — Engrandecimiento del Usurpador. 122
- CAP. III. Se alarma el parlamento. — Cromwell le disuelve. — Nuevo parlamento ó sea sombra de él. — Tambien es disuelto. — Poder del Usurpador. 129
- CAP. IV. Reformas practicadas por Cromwell. — Sus subterfugios para evadir la voluntad del parlamento. — Conducta de Cromwell. — Descontento. — Su desgraciada existencia. — Su muerte. — Sucédele su hijo Ricardo. — Abdicacion de este. — Ejemplo anterior de Cristina de Suecia. 138
- CAP. V. Junta de seguridad. — Nuevo Parlamento. — Monk. — Su conducta. — Abre el camino á la restauracion. — Entronizamiento de Carlos II. — Su carácter. — Venganza deshonorosa. Sus actos y su reinado. — Defiende á Jacobo y se malquista con el parlamento. — Su muerte. — Le sucede Jacobo y hace degollar á su rebelde sobrino. 147
- CAP. VI. Planes del príncipe de Orange. — Mal gobierno de Jacobo. — Expedicion de su yerno. — Es destronado. — Complemento de la revolucion de Inglaterra. — El monarca fugitivo pasa á Francia. — Acogida que le da Luis XIV. — Expedicion de Irlanda. 156
- CAP. VII. Nuevas expediciones. — Combate naval. — Sitio de Londonderry. — Batalla de Boine en Irlanda. — Imprudentes regocijos en Paris. — Jacobo vuelve á Francia. — Su carácter y el de Guillermo. — Sitio de Limerick. — Nueva batalla naval. — Nuevas é infructuosas tentativas. — Muerte de Jacobo. — Los Estuardos. 164

- CAP. VIII. La restauracion en Escocia. — Reaccion episcopal. — Reaccion realista — Turbulencias. — Refractarios. — Persecucion. — Dragonadas. — Batalla de Loudon-Hill — Claverhouse y Burley. — Batalla del puente de Bothwell. 173
- CAP. IX. Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia. — Esperanzas de las distintas sectas. — Jesuitas. — Proscripcion. . . 191
- CAP. X. Consecuencias de la revolucion de 1688 en Escocia. — El vizconde de Dundee. — Batalla de Killiecrankie. — Mortandad de Glencoe. 195
- CAP. XI. Reinado de Ana. — Acto de seguridad. — Nuevo Parlamento. — Fletcher de Saltoun. — Lord Belhaven. — Union de los dos reinos de Escocia y de Inglaterra consiguiente á la union de las coronas efectuada mucho tiempo antes. 200

los Escoceses — Victoria de Cromwell — Carlos II fugitivo — Efectuamiento del Tratado. 173

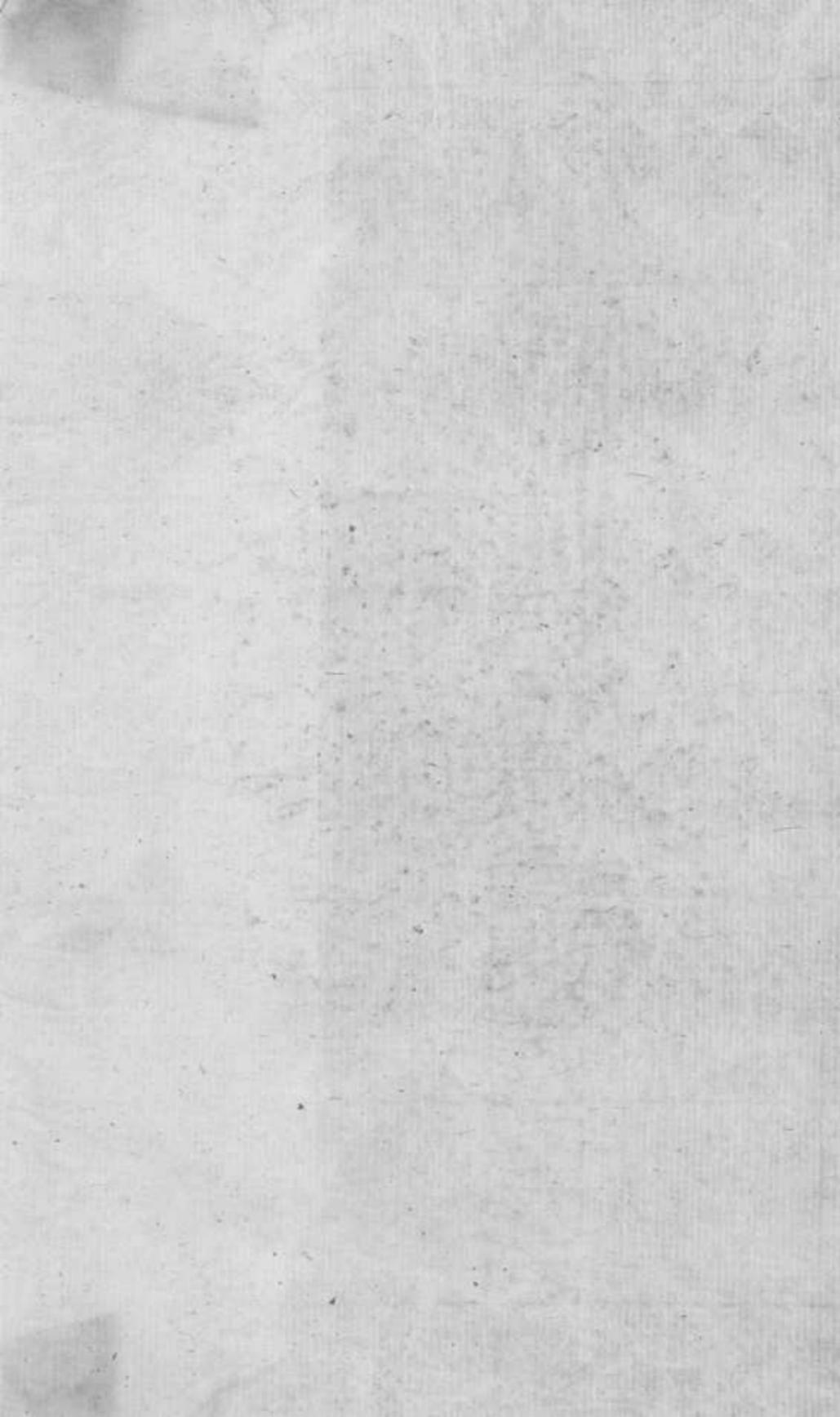
Car. III. Se afirma el parlamento — Cromwell le disuelve — Nuevo parlamento á tres semanas de él. — También se disuelve — Poder del Parlamento. 179

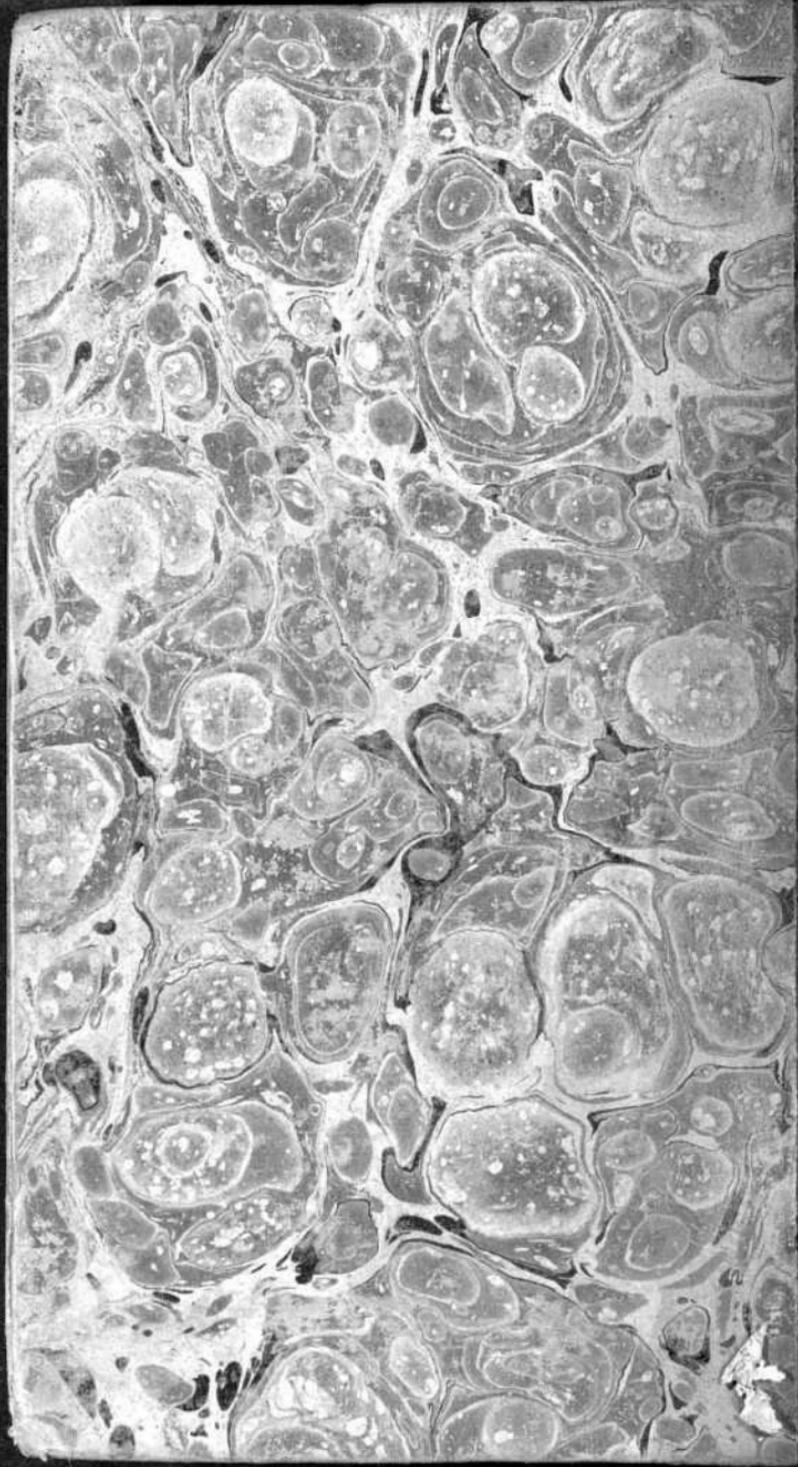
Car. IV. Reformas practicadas por Cromwell. — Sus resultados para evitar la voluntad del parlamento. — Conducta de Cromwell. — Descontento. — Su desgraciada existencia. — Su muerte. — Sucesión en hijo Ricardo. — Abdicacion de Carlos. — Ejemplo actual de libertad de conciencia. 183

Car. V. Teoría de seguridad. — Nuevo Parlamento. — Moral. — Su conducta. — Abren el camino á la restauracion. — Libertad. — Ejemplo de Carlos II. — Su carácter. — Virreynes deshonrosos. — Sus actos y su reinado. — Defensa á Jacobo y su matrimonio con el parlamento. — Su muerte. — La sucesión Jacobo y lazo de volver á su rebelde sobrino. 187

Car. VI. Huir del príncipe de Orange. — Mal gobierno de Jacobo. — Repeticion de su venida. — La destronada. — Complot de la revolucion de Inglaterra. — El monarca fugitivo para a Francia. — Acogida por la Luis XIV. — Expulsión de Irlanda. 191

Car. VII. Nuevas repeticiones. — Campaña naval. — Sitio de Londonderry. — Batalla de la Boyne en Irlanda. — Independencia repugnante en Francia. — Jacobo vuelve á Francia. — Su carácter y el de Guillermo. — Sitio de Limerick. — Nueva batalla naval. — Nuevas e infructuosas tentativas. — Muerte de Jacobo. — Los Estuardos. 195





41

REVOLUCI
DE
INGLATIA



77 (II)